

Antología literaria

2

SECUNDARIA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Dirección de Educación Secundaria

Antología literaria

2



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Título: Antología literaria 2

Ministerio de Educación
Calle Del Comercio N.º 193, San Borja
Lima 41, Perú
Teléfono: 615-5800
www.minedu.gob.pe

Primera edición: 2015
Cuarta reimpresión: noviembre de 2018
Tiraje: 518 078 ejemplares

Coordinadora
Karen Coral Rodríguez

Antologadores
Marco Bassino Pinasco
Marcel Velázquez Castro

Editor
Alfredo Acevedo Nestárez

Recopiladores de textos
Elizabeth Lino Cornejo
Agustín Prado Alvarado

Ilustrador
Oscar Casquino Neyra

Diseño y diagramación
Hungria Alipio Saccatoma

Impreso por:
Amauta Impresiones Comerciales S.A.C.
Se terminó de imprimir en diciembre del 2018, en los talleres gráficos de Amauta Impresiones Comerciales S.A.C.,
sito en Jr. Juan Manuel del Mar y Bernedo N° 1290 Urb. Chacra Ríos Sur - Lima.

© Ministerio de Educación
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin
permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2018-19172

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*



En esta antología, se ha optado por emplear términos en masculino para referirse a los géneros de las personas. Esta medida no implica faltar el respeto que todos los seres humanos merecemos. Asimismo, en los relatos, cuentos y poemas se ha respetado el uso de las variedades regionales del castellano cuando, por voluntad del narrador o autor, el texto original lo propone. Por último, se está aplicando la normativa ortográfica vigente del español, publicada el año 2010.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	7
LA COMPUERTA NÚMERO 12	12
Baldomero Lillo	
ES QUE SOMOS MUY POBRES	18
Juan Rulfo	
EL COLLAR	22
Guy de Maupassant	
EL ZAPATERO Y EL DIABLO	30
Antón Chéjov	
LOS MOTIVOS DEL LOBO	37
Rubén Darío	
VINIERON TODOS JUNTOS EN UN BARCO	42
Testimonio de Juan Yara y Margarita Higa	
LA MINA DE SAL DE SONOMORO	44
Tradición ashaninka y nomatsiguenga	
ACTIVIDADES	46
EL GUARDAGUJAS	54
Juan José Arreola	
LOS OJOS DE JUDAS	60
Abraham Valdelomar	
EL DRAGÓN	71
Ray Bradbury	
EL HIJO	74
Horacio Quiroga	
LA SENTENCIA	78
Wu Ch'eng-en	
ENIGMA	79
Amalia Bautista	
ACTIVIDADES	80
DISCURSO DEL OSO	88
Julio Cortázar	
LA PATA DE MONO	89
Willyam Wymark Jacobs	
EN LA CRIPTA	98
Howard Phillips Lovecraft	
LA RATONERA	108
Fernando Iwasaki	
LA PRINCESA Y EL DRAGÓN	109
Luis Alberto de Cuenca	

EL ENCUENTRO CON EL DIABLO	111
Tradición de la región Lima	
EL PÁJARO DORADO O LA MUJER QUE VIVÍA BAJO UN ÁRBOL DE PAN	112
Carlota Carvallo de Núñez	
ACTIVIDADES	118
LA CASA DE ASTERIÓN	126
Jorge Luis Borges	
EL HÉROE	129
Luis Loayza	
PETER PAN	131
Fernando Iwasaki	
LA MUJER CANARIO Y EL ORIGEN DEL MAÍZ	132
Tradición shipibo	
EL DEMONIO DE LA MÚSICA	134
Testimonio de Máximo Damián Huamaní	
ACTIVIDADES	138
POLEMISTAS	146
Luis Antuñaño	
EL HARAGÁN AFORTUNADO	147
Tradición quechua de La Jalca	
EL PASTOR Y LA PERDIZ	149
Tradición aimara de Potosí, Bolivia	
ACTIVIDADES	150
FRAGMENTOS DE UNA ALABANZA INCONCLUSA	156
Eduardo Chirinos	
DESPEDIDA	158
Federico García Lorca	
CANCIÓN DEL PIRATA	159
José de Espronceda	
EL DÍA DE TU SANTO	163
Jairo Aníbal Niño	
ACTIVIDADES	164
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	167

PRESENTACIÓN

El libro que tienes entre las manos tiene mucho que contarte. Sí, claro, los libros no hablan. Pero sí contienen historias. Algunos autores, entre ellos nuestro premio Nobel, Mario Vargas Llosa, sostienen que leer es una forma de vivir muchas vidas. ¿Por qué? Pues porque una buena historia te atrapa dentro de ella.

Una buena historia te cuenta aventuras en mundos remotos que nunca visitarás o en mundos fantásticos que solo existen en esa lectura. Te presenta personajes y, a veces, eres testigo de sus pensamientos, de sus más nobles y malvados deseos; de sus envidias, celos, amores, odios y alegrías. Una buena lectura te sumerge en las emociones de quien la escribe. Te hace ver el mundo desde otro punto de vista. Te enfrenta a otras formas de entender a las personas.

Leyendo esta colección sentirás lo que es estar atrapado en una mina, te preguntarás si perdonarías una traición, sentirás terror de pedir un deseo, comprenderás cómo se sienten de solos los que son diferentes, saldrás de aventura en un barco, te encontrarás con el diablo, verás dragones que se convierten en reyes, descubrirás que los muertos también se pueden vengar, que los osos te acarician cuando abres un caño para lavarte y mucho más.

Tal vez te hagas preguntas sobre la experiencia de vivir todas las vidas que te esperan entre estas páginas. Imaginamos que puedes tener algunas y aquí vamos con ellas y sus respuestas:

¿Tengo que leer todos los textos?

Lee los textos que quieras. Lee los textos que te atraigan. No todas las lecturas son para todos.

Una vez que he comenzado una lectura, ¿debo terminarla?

Las lecturas de esta colección están aquí para que las disfrutes. Ante la primera dificultad, no abandones, dales a la historia y a sus personajes una oportunidad de convencerte, de interesarte. Prueba con unas primeras páginas. Si te gusta, ¡adelante!

¿Hay un orden para leer los textos?

Empieza a leer por donde gustes. Cada texto es un mundo distinto. Hay lecturas que tienen su momento, su lugar. Un día quieres una aventura; otro, reírte un poco; otro, algo que te dé miedo; otro, despertar tu curiosidad y vivir el suspenso. Así como eliges qué comer, qué ropa usar, a dónde ir... puedes elegir qué texto leer.

¿Tengo que hacer las actividades?

Te aconsejamos que las revises, te pueden ayudar a orientarte en tu lectura, para que la compartas con otras personas, o a que mires un texto desde otro punto de vista, o tal vez a imaginar nuevas historias y escribirlas. Toda gran experiencia empieza con un paso.

¿Tengo que leer estos textos solamente en clase?

Puedes leerlos donde quieras: en el bus, en un parque, en tu casa, junto a un río, frente al mar o en el campo. Puedes leerlos donde te provoque. Este libro es tuyo.

Queremos que vivas muchas vidas en estas lecturas.

¡Vamos!

¡Pasa las páginas y vívelas!

Marco Bassino Pinasco

Con el fin de orientar el tratamiento de los textos seleccionados, se ofrece a los docentes una *Guía pedagógica para el uso de las antologías literarias*, que encontrará en el siguiente enlace: http://jec.perueduca.pe/?page_id=3208

INTRODUCCIÓN

Como el universo del cual formamos parte, la literatura está en constante movimiento y formando estrellas, galaxias y constelaciones. Esto no es otra cosa que una pluralidad de formas discursivas. Se han creado los géneros literarios, como un intento de ordenar y clasificar dicha multiplicidad. Los géneros épico, lírico y dramático poseen diversas especies particulares; entre las más conocidas: novelas, cuentos, odas, elegías, comedias y tragedias.

Esta antología ofrece cuentos de autores de nacionalidades diversas, como la peruana, chilena, argentina, mexicana, inglesa, rusa, china, francesa, estadounidense, entre otras. Algunos cuentos poseen una extensión regular, otros son microrrelatos; varios emplean una modalidad de representación realista, otros una modalidad fantástica o maravillosa; todos relatan desde la perspectiva de un narrador acciones emocionantes y significativas.

Para continuar quiero presentarte algunas de las especies literarias que encontrarás dentro de esta antología. El cuento posee casi siempre una gran intensidad verbal; con esto quiero decir que el trabajo de los autores sobre la palabra es muy laborioso con el fin de producir significados nuevos en cada lectura. Dentro del cuento, un tema importante es la tensión narrativa. Su trabajo comienza en la elección del narrador para establecer una secuencia de los acontecimientos que atrape al lector —a ti que abres este libro— y

lo conduzca sin pausa hacia el desenlace. Este puede ser la resolución inequívoca del conflicto o la apertura de nuevas preguntas y misterios.

Por su parte, la novela es una narración ficcional extensa y la especie épica más leída en tiempos contemporáneos. La novela crea un mundo verosímil, donde los personajes nos ofrecen transformaciones, dilemas y conflictos que sorprenden, y afectan al lector. En esta antología, incluimos algunos capítulos que prueban su gran poder.

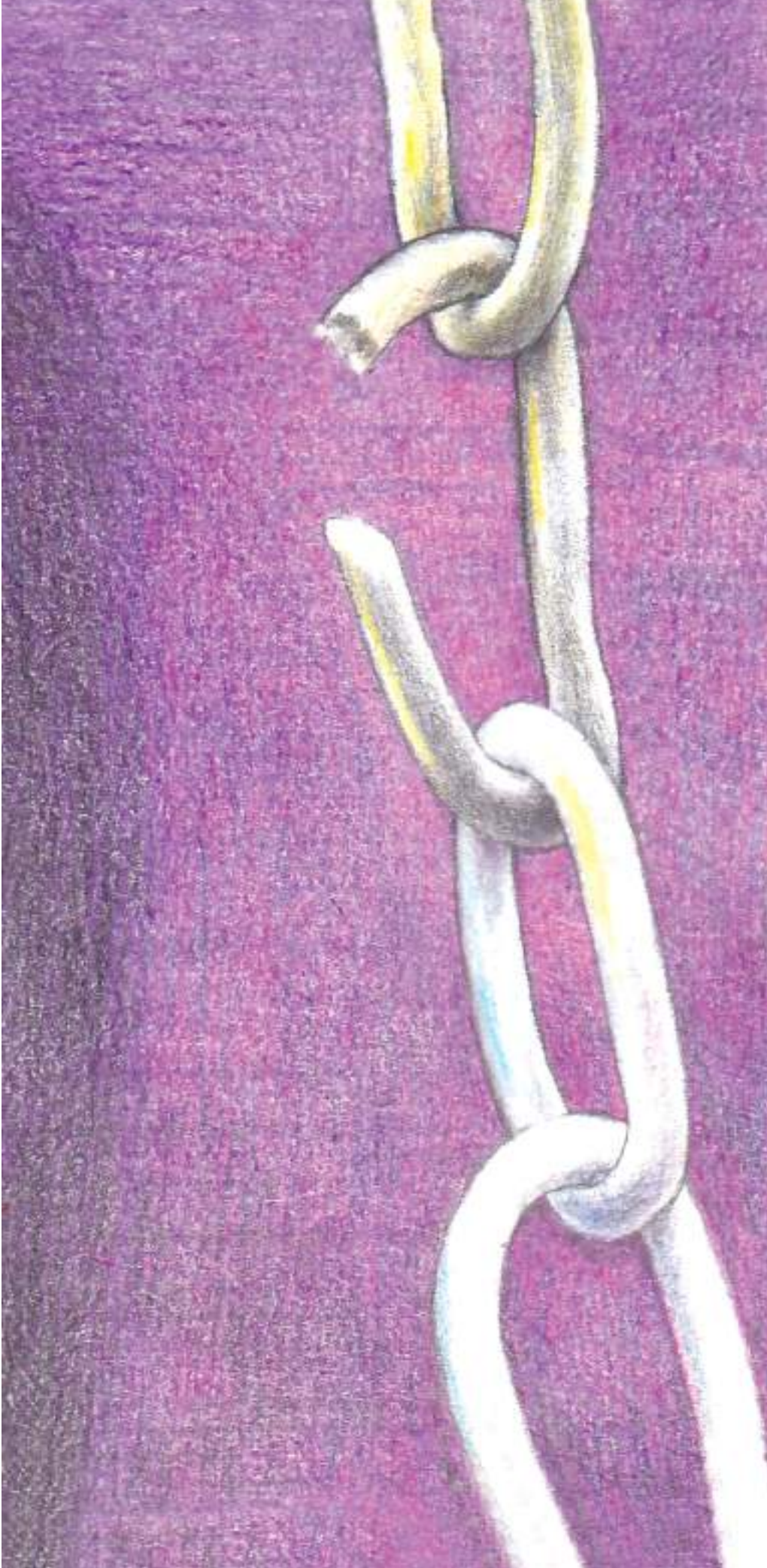
Además, en estas páginas encontrarás poemas. Los que hemos elegido ofrecen estilos y horizontes estéticos variados. Todos adoptan una perspectiva personal o subjetiva para construir, a pesar de su brevedad, sentimientos intensos de insatisfacción, pérdida, libertad o amor. Por increíble que parezca, los poemas también pueden, desde un punto de vista irónico e inédito, desmontar prejuicios o lugares comunes, como la oposición tajante entre la realidad y la ficción, la presencia de la mujer como personaje débil o el miedo a la muerte.

Por último, se han incluido varios textos de la abundante y heterogénea tradición oral del Perú. Relatos que explican una cosmovisión, validan una conducta social relevante o enseñan un sistema moral. Estos textos orales han sido recopilados en las culturas andinas, amazónicas, costeñas y afroperuanas. ¿Quiénes son los depositarios de esa memoria que perdura a lo largo del tiempo? Los individuos pertenecientes a sus respectivas comunidades poseen la capacidad de transmitir oralmente sus tradiciones. Evidentemente, unos más que otros están interesados y entrenados en esta tarea; varones y mujeres, jóvenes, adultos o ancianos nutren a su entorno social evocando la memoria de su espacio cultural, mediante una particular performance verbal. Ellos son el gran archivo de sus memorias locales y transmisores orales de la memoria que van heredando.

Por otro lado, todo texto literario amplía el rango de nuestras sensaciones y percepciones: nos convierte en seres más complejos y más libres. Leer literatura es un viaje sin pasaje de retorno por la condición humana y sus mundos reales e imaginarios.

Marcel Velázquez Castro





LA COMPUERTA NÚMERO 12

1904

BALDOMERO LILLO

(chileno)



Pablo se aferró instintivamente a las piernas de su padre. Zumbábanle los oídos y el piso que huía debajo de sus pies le producía una extraña sensación de angustia. Creíase precipitado en aquel agujero cuya negra abertura había entrevisto al penetrar en la jaula, y sus grandes ojos miraban con espanto las lóbregas paredes del pozo en el que se hundían con vertiginosa rapidez. En aquel silencioso descenso, sin trepidación ni más ruido que el del agua goteando sobre la techumbre de hierro, las luces de las lámparas parecían prontas a extinguirse y a sus débiles destellos se delineaban vagamente en la penumbra de las hendiduras y partes salientes de la roca, una serie interminable de negras sombras que volaban como saetas hacia lo alto.

Pasando un minuto, la velocidad disminuye bruscamente, los pies asentáronse con más solidez en el piso fugitivo y el pesado armazón de hierro, con un áspero rechinar de goznes y de cadenas, quedó inmóvil a la entrada de la galería.

El viejo tomó de la mano al pequeño y juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar y el movimiento de la mina no empezaba aún.

De la galería, bastante alta para permitir al primero erguir su elevada talla, solo se distinguía parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos. Las paredes laterales permanecían invisibles en la oscuridad profunda que llenaba la vasta y lóbrega excavación.

A cuarenta metros del pique se detuvieron ante una especie de gruta excavada en la roca. Del techo agrietado, de color de hollín, colgaba un candil de hojalata, cuyo macilento resplandor daba a la estancia la apariencia de una cripta enlutada y llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, un hombre pequeño, ya entrado en años, hacía anotaciones en un

enorme registro. Su negro traje hacía resaltar la palidez del rostro surcado por profundas arrugas. Al ruido de pasos levantó la cabeza y fijó la mirada interrogadora en el viejo minero, quien avanzó con timidez, diciendo con voz llena de sumisión y de respeto.

—Señor, aquí traigo el chico.

Los ojos penetrantes del capataz abarcaron de una ojeada el cuerpecillo endeble del muchacho. Sus delgados miembros y la infantil inconciencia del moreno rostro en el que brillaban dos ojos muy abiertos como de medrosa bestezuela, lo impresionaron desfavorablemente, y su corazón endurecido por el espectáculo diario de tantas miserias, experimentó una piadosa sacudida a la vista de aquel pequeñuelo arrancado a sus juegos infantiles y condenado como tantas infelices criaturas a languidecer miserablemente en las húmedas galerías, junto a las puertas de ventilación. Las duras líneas de su rostro se suavizaron y con fingida aspereza le dijo al viejo, que, muy inquieto por aquel examen, fijaba en él una ansiosa mirada:

—¡Hombre!, ese muchacho es todavía muy débil para el trabajo. ¿Es hijo tuyo?

—Sí, señor.

—Pues debías tener lástima de sus pocos años y antes de enterrarlo aquí, enviarlo a la escuela por algún tiempo.

—Señor —balbuceó la ruda voz del minero, en la que vibraba un acento de dolorosa súplica—, somos seis en casa y uno solo el que trabaja. Pablo cumplió ya los ocho años y debe ganarse el pan que come, y, como hijo de minero, su oficio será el de sus mayores, que no tuvieron nunca otra escuela que la mina.

Su voz opaca y temblorosa se extinguió repentinamente en un acceso de tos, pero sus ojos húmedos imploraban con la insistencia, que el capataz, vencido por aquel mudo ruego, llevó a sus labios un silbato y arrancó de él un sonido agudo que repercutió a lo lejos en la desierta galería. Oyose un rumor de pasos precipitados y una oscura silueta se dibujó en el hueco de la puerta.

—Juan —exclamó el hombrecillo, dirigiéndose al recién llegado—, lleva a ese chico a la compuerta número 12, reemplazará al hijo de José el carretillero, aplastado ayer por la corrida.

Y volviéndose bruscamente hacia el viejo, que empezaba a murmurar una frase de agradecimiento, díjole en tono duro y severo:

—He visto que en la última semana no has alcanzado a los cinco cajones que es el mínimo diario que se exige en cada barretero. No olvides que si esto sucede otra vez, será preciso darte de baja para que ocupe tu sitio otro más activo.

Y haciendo con la diestra un ademán enérgico, lo despidió.

Los tres se marcharon silenciosos y el rumor de sus pisadas fue alejándose poco a poco en la oscura galería. Caminaban entre dos hileras de rieles, cuyas traviesas hundidas en el suelo fangoso trataban de evitar alargando o acortando el paso, guiándose por los gruesos clavos que sujetaban las barras de acero. El guía, un hombre joven aún, iba delante y más atrás con el pequeño Pablo de la mano, seguía el viejo con la barba sumida en el pecho, hondamente preocupado. Las palabras del capataz y la amenaza en ellas contenida, habían llenado de angustia su corazón. Desde algún tiempo su decadencia era visible para todos, cada día se acerca más el fatal lindero que una vez traspasado convierte al obrero viejo en un trasto inútil dentro de la mina. En balde desde el amanecer hasta la noche, durante catorce horas mortales, revolviéndose como un reptil en la estrecha *labor*, atacaba la hulla furiosamente, encarnizándose contra el filón inagotable que tantas generaciones de forzados como él arañaban sin cesar en las entrañas de la tierra.

Pero aquella lucha tenaz y sin tregua convertía muy pronto en viejos decrepitos a los más jóvenes y vigorosos. Allí, en la lóbrega madriguera húmeda y estrecha, encorvábanse las espaldas y aflojábanse los músculos y como el potro resabiado que se estremece tembloroso a la vista de la vara, los viejos mineros cada mañana sentían tiritar sus carnes al contacto de la veta. Pero el hambre es aguijón más eficaz que el látigo y la espuela, y reanudaban taciturnos la tarea agobiadora y la veta entera acribillada por mil partes por aquella carcoma humana, vibraba sutilmente, desmoronándose pedazo a pedazo, mordida por el diente cuadrangular del pico, como la arenisca de las riberas a los embates del mar.

La súbita detención del guía arrancó al viejo de sus tristes cavilaciones. Una puerta les cerraba el camino en aquella dirección y en el suelo, arrimado a la pared, había un bulto pequeño cuyos contornos se destacaron confusamente, heridos por las luces vacilantes de las lámparas: era un niño de diez años, acurrucado en un hueco de la muralla.

Con los codos en las rodillas y el pálido rostro entre las manos enflaquecidas, mudo e inmóvil, pareció no percibir a los obreros que traspusieron el umbral y lo dejaron de nuevo sumido en la oscuridad. Sus ojos abiertos, sin expresión, estaban fijos obstinadamente hacia arriba, absortos tal vez en la contemplación de un panorama imaginario, que, como el miraje desierto, atraía sus pupilas sedientas de luz, húmedas por la nostalgia del lejano resplandor del día.

Encargado del manejo de esa puerta, pasaba las horas interminables de su encierro, sumergido en un ensimismamiento doloroso, abrumado por

aquella lápida enorme que ahogó para siempre en él la inquieta y grácil movilidad de la infancia, cuyos sufrimientos dejan en el alma que los comprende una amargura infinita y un sentimiento de execración acerbo por el egoísmo y la cobardía humanos.

Los dos hombres y el niño, después de caminar algún tiempo por un estrecho corredor, desembocaron en una alta galería de arrastre, de cuya techumbre caía una lluvia continua de gruesas gotas de agua. Un ruido sordo y lejano, como si un martillo gigantesco golpease sobre sus cabezas la armadura del planeta, escuchábase a intervalos. Aquel rumor, cuyo origen Pablo no acertaba a explicarse, era el choque de las olas en las rompientes de la costa. Anduvieron aún un corto trecho y se encontraron, por fin, delante de la compuerta número 12.

—Aquí es —dijo el guía, deteniéndose junto a la hoja de tablas que giraba sujeta a un marco de madera incrustado en la roca.

Las tinieblas eran tan espesas que las rojizas luces de las lámparas, sujetas a las viseras de las gorras de cuero, apenas dejaban entrever aquel obstáculo.

Pablo, que no se explicaba este alto repentino, contemplaba silencioso a sus acompañantes, quienes, después de cambiar entre sí algunas palabras breves y rápidas, se pusieron a enseñarle con jovialidad y empeño el manejo de la compuerta. El rapaz, siguiendo sus indicaciones, la abrió y cerró repetidas veces, desvaneciendo la incertidumbre del padre, que temía que las fuerzas de su hijo no bastasen para aquel trabajo.

El viejo manifestó su contento, pasando la callosa mano por la inculta cabellera de su primogénito, quien hasta allí no había demostrado cansancio ni inquietud. Su juvenil imaginación impresionada por aquel espectáculo nuevo y desconocido se hallaba aturdida, desorientada. Parecíale a veces que estaba en un cuarto a oscuras y creía ver a cada instante abrirse una ventana y entrar por ella los brillantes rayos del sol, y aunque su inexperto corazoncillo no experimentaba ya la angustia que le asaltó en el pozo de bajada, aquellos mimos y caricias a que no estaba acostumbrado despertaron su desconfianza.

Una luz brilló a lo lejos en la galería y luego se oyó el chirrido de las ruedas sobre la vía, mientras un trote pesado y rápido hacía retumbar el suelo.

—¡Es la corrida! —exclamaron a un tiempo los dos hombres.

—Pronto, Pablo —dijo el viejo—, a ver cómo cumples tu obligación.

El pequeño, con los puños apretados, apoyó su diminuto cuerpo contra la hoja, que cedió lentamente hasta tocar la pared. Apenas efectuada esta operación, un caballo oscuro, sudoroso y jadeante, cruzó rápido delante de ellos, arrastrando un pesado tren cargado de mineral.

Los obreros se miraron satisfechos. El novato era ya un portero experimentado, y el viejo, inclinando su alta estatura, empezó a hablarle zalameramente: él no era ya un chicuelo, como los que quedaban allá arriba, que lloran por nada y están siempre cogidos de las faldas de las mujeres, sino un hombre, un valiente, nada menos que un obrero, es decir, un camarada a quien había que tratar como tal. Y en breves frases le dio a entender que les era forzoso dejarlo solo; pero que no tuviese miedo, pues había en la mina muchísimos otros de su edad, desempeñando el mismo trabajo; que él estaba cerca y vendría a verlo de cuando en cuando, y una vez terminada la faena, regresarían juntos a casa.

Pablo oía aquello con espanto creciente, y por toda respuesta se cogió con ambas manos de la blusa del minero. Hasta entonces no se había dado cuenta exacta de lo que se exigía de él. El giro inesperado que tomaba lo que creyó un simple paseo, le produjo un miedo cervical y dominado por un deseo vehementísimo de abandonar aquel sitio, de ver a su madre y a sus hermanos y de encontrarse otra vez a la claridad del día, solo contestaba a las afectuosas razones de su padre con un «¡Vamos!» quejumbroso y lleno de miedo. Ni promesas ni amenazas lo convencían y el «¡Vamos, padre!» brotaba de sus labios cada vez más dolorido y apremiante.

Una violenta contrariedad se pintó en el rostro del viejo minero, pero al ver aquellos ojos llenos de lágrimas, desolados y suplicantes, levantados hacia él, su naciente cólera se trocó en una piedad infinita: ¡era todavía tan débil y pequeño! Y el amor paternal adormecido en lo íntimo de su ser recobró de súbito su fuerza avasalladora.

El recuerdo de su vida, de esos cuarenta años de trabajos y sufrimientos, se presentó de repente a su imaginación y con honda congoja comprobó que de aquella labor inmensa solo le restaba su cuerpo exhausto que tal vez muy pronto arrojarían de la mina como un estorbo, y al pensar que idéntico destino aguardaba a la triste criatura, le acometió de improviso un deseo imperioso de disputar su presa a ese monstruo insaciable, que arrancaba del regazo de las madres los hijos apenas crecidos para convertirlos en esos parias, cuyas espaldas reciben con el mismo estoicismo el golpe brutal del amor y las caricias de la roca en las inclinadas galerías.

Pero aquel sentimiento de rebelión que empezaba a germinar en él se extinguió repentinamente ante el recuerdo de su pobre hogar y de los seres hambrientos y desnudos de los que era el único sostén, y su vieja experiencia le demostró lo insensato de su quimera. La mina no soltaba nunca al que había cogido y, como eslabones nuevos que se sustituyen a los viejos y gastados de una cadena sin fin, allí abajo los hijos sucedían a los padres y en el hondo pozo el subir y bajar de aquella marea viviente no se interrumpía

jamás. Los pequeñuelos, respirando el aire emponzoñado de la mina, crecían raquíticos, débiles, paliduchos, pero había que resignarse, pues para eso habían nacido.

Y con el resuelto ademán, el viejo desenrolló de su cintura una cuerda delgada y fuerte, y a pesar de la resistencia y súplica del niño, lo ató con ella por mitad del cuerpo y aseguró, en seguida, la otra extremidad en un grueso perno incrustado en la roca. Trozos de cordel adherido a aquel hierro indicaban que no era la primera vez que prestaba un servicio semejante.

La criatura, medio muerta de terror, lanzaba gritos penetrantes de pavorosa angustia y hubo que emplear la violencia para arrancarle de entre las piernas del padre, a las que se había asido con todas sus fuerzas. Sus ruegos y clamores llenaban la galería, sin que la tierna víctima, más desdichada que el bíblico Isacc, oyese una voz amiga que detuviera el brazo paternal armado contra su propia carne, por el crimen y la iniquidad de los hombres.

Sus voces llamando al viejo que se alejaba tenían acentos tan desgarradores, tan hondos y vibrantes, que el infeliz padre sintió de nuevo flaquear su resolución. Mas, aquel desfallecimiento solo duró un instante, y tapándose los oídos para no escuchar aquellos gritos que le atenaceaban las entrañas, apresuró la marcha apartándose de aquel sitio. Antes de abandonar la galería, se detuvo un instante y escuchó una vocecilla tenue como un soplo, que clamaba allá muy lejos, debilitada por la distancia: «¡Madre! ¡Madre!».

Entonces echó a correr como un loco, acosado por el doliente vagido y no se detuvo sino cuando se halló delante de la veta, a la vista de la cual su dolor se convirtió de pronto en furiosa ira, y, empuñando el mango del pico, la atacó rabiosamente. En el duro bloque caían los golpes como espesa granizada sobre sonoros cristales, y el diente de acero se hundía en aquella masa negra y brillante, arrancando trozos enormes que se amontonaban entre las piernas del obrero, mientras un polvo espeso cubría como un velo la vacilante luz de la lámpara.

Las cortantes aristas del carbón volaban con fuerza, hiriéndole el rostro, el cuello y el pecho desnudo. Hilos de sangre mezclábanse al copioso sudor que inundaba su cuerpo, que penetraba como una cuña en la brecha abierta, ensanchándola con el afán del presidiario que horada el muro que lo oprime; pero sin la esperanza que alienta y fortalece al prisionero: hallar al fin de la jornada una vida nueva, llena de sol, de aire y de libertad.



ES QUE SOMOS MUY POBRES

1953

JUAN RULFO

(mexicano)



Aquí todo va de mal en peor. La semana pasada se murió mi tía Jacinta, y el sábado, cuando ya la habíamos enterrado y comenzaba a bajársenos la tristeza, comenzó a llover como nunca. A mi papá eso le dio coraje, porque toda la cosecha de cebada estaba asoleándose en el solar. Y el aguacero llegó de repente, en grandes olas de agua, sin darnos tiempo ni siquiera a esconder aunque fuera un manojo; lo único que pudimos hacer, todos los de mi casa, fue estarnos arrimados debajo del tejabán, viendo cómo el agua fría que caía del cielo quemaba aquella cebada amarilla tan recién cortada.

Y apenas ayer, cuando mi hermana Tacha acababa de cumplir doce años, supimos que la vaca que mi papá le regaló para el día de su santo se la había llevado el río.

El río comenzó a crecer hace tres noches, a eso de la madrugada. Yo estaba muy dormido y, sin embargo, el estruendo que traía el río al arrastrarse me hizo despertar en seguida y pegar el brinco de la cama con mi cobija en la mano, como si hubiera creído que se estaba derrumbando el techo de mi casa. Pero después me volví a dormir, porque reconocí el sonido del río y porque ese sonido se fue haciendo igual hasta traerme otra vez el sueño.

Cuando me levanté, la mañana estaba llena de nublazones y parecía que había seguido lloviendo sin parar. Se notaba en que el ruido del río era más fuerte y se oía más cerca... Se oía, como se huele una quemazón, el olor a podrido del agua revuelta.

A la hora en que me fui a asomar, el río ya había perdido sus orillas. Iba subiendo poco a poco por la calle real, y estaba metiéndose a toda prisa en la casa de esa mujer que le dicen *la Tambora*. El chapaleo del agua se oía al entrar por el corral y al salir en grandes chorros por la puerta. *La Tambora* iba y venía caminando por lo que era ya un pedazo de río,

echando a la calle sus gallinas para que se fueran a esconder a algún lugar donde no les llegara la corriente.

Y por otro lado, por donde está el recodo, el río se debía de haber llevado, quién sabe desde cuándo, el tamarindo que estaba en el solar de mi tía Jacinta, porque ahora ya no se ve ningún tamarindo. Era el único que había en el pueblo, y por eso nomás la gente se da cuenta de que la creciente esta que vemos es la más grande de todas las que ha bajado el río en muchos años.

Mi hermana y yo volvimos a ir por la tarde a mirar aquel amontonadero de agua que cada vez se hace más espesa y oscura y que pasa ya muy por encima de donde debe estar el puente. Allí nos estuvimos horas y horas sin cansarnos viendo la cosa aquella. Después nos subimos por la barranca, porque queríamos oír bien lo que decía la gente, pues abajo, junto al río, hay un gran ruidazal y solo se ven las bocas de muchos que se abren y se cierran y como que quieren decir algo; pero no se oye nada. Por eso nos subimos por la barranca, donde también hay gente mirando el río y contando los perjuicios que ha hecho. Allí fue donde supimos que el río se había llevado a *la Serpentina*, la vaca esa que era de mi hermana Tacha porque mi papá se la regaló para el día de su cumpleaños y que tenía una oreja blanca y otra colorada y muy bonitos ojos.

No acabo de saber por qué se le ocurriría a *la Serpentina* pasar el río este, cuando sabía que no era el mismo río que ella conocía de a diario. *La Serpentina* nunca fue tan atarantada. Lo más seguro es que ha de haber venido dormida para dejarse matar así nomás por nomás. A mí muchas veces me tocó despertarla cuando le abría la puerta del corral, porque si no, de su cuenta, allí se hubiera estado el día entero con los ojos cerrados, bien quieta y suspirando, como se oye suspirar a las vacas cuando duermen.

Y aquí ha de haber sucedido eso de que se durmió. Tal vez se le ocurrió despertar al sentir que el agua pesada le golpeaba las costillas. Tal vez entonces se asustó y trató de regresar; pero al volverse se encontró entreverada y acalambrada entre aquella agua negra y dura como tierra corrediza. Tal vez bramó pidiendo que le ayudaran. Bramó como solo Dios sabe cómo.

Yo le pregunté a un señor que vio cuando la arrastraba el río si no había visto también al becerrito que andaba con ella. Pero el hombre dijo que no sabía si lo había visto. Solo dijo que la vaca manchada pasó patas arriba muy cerquita de donde él estaba y que allí dio una voltereta y luego no volvió a ver ni los cuernos ni las patas ni ninguna señal de vaca. Por el río rodaban muchos troncos de árboles con todo y raíces y él estaba muy ocupado en sacar leña, de modo que no podía fijarse si eran animales o troncos los que arrastraba.

Nomás por eso, no sabemos si el becerro está vivo, o si se fue detrás de su madre río abajo. Si así fue, que Dios los ampare a los dos.

La apuración que tienen en mi casa es lo que pueda suceder el día de mañana, ahora que mi hermana Tacha se quedó sin nada. Porque mi papá con mucho trabajo había conseguido a *la Serpentina* desde que era una vaquilla, para dársela a mi hermana, con el fin de que ella tuviera un capitalito y no se fuera a ir de piruja como lo hicieron mis otras dos hermanas las más grandes.

Según mi papá, ellas se habían echado a perder porque éramos muy pobres en mi casa y ellas eran muy retobadas. Desde chiquillas ya eran rezongonas. Y tan luego que crecieron les dio por andar con hombres de lo peor, que les enseñaron cosas malas. Ellas aprendieron pronto y entendían muy bien los chiflidos, cuando las llamaban a altas horas de la noche. Después salían hasta de día. Iban cada rato por agua al río y a veces, cuando uno menos se lo esperaba, allí estaban en el corral, revolcándose en el suelo, todas encueradas y cada una con un hombre trepado encima.

Entonces mi papá las corrió a las dos. Primero les aguantó todo lo que pudo; pero más tarde ya no pudo aguantarlas más y les dio carrera para la calle. Ellas se fueron para Ayutla o no sé para dónde; pero andan de pirujas.

Por eso le entra la mortificación a mi papá, ahora por la Tacha, que no quiere vaya a resultar como sus otras dos hermanas, al sentir que se quedó muy pobre viendo la falta de su vaca, viendo que ya no va a tener con qué entretenerse mientras le da por crecer y pueda casarse con un hombre bueno, que la pueda querer para siempre. Y eso ahora va a estar difícil. Con la vaca era distinto, pues no hubiera faltado quien se hiciera el ánimo de casarse con ella, solo por llevarse también aquella vaca tan bonita.

La única esperanza que nos queda es que el becerro esté todavía vivo. Ojalá no se le haya ocurrido pasar el río detrás de su madre. Porque si así fue, mi hermana Tacha está tantito así de retirado de hacerse piruja. Y mamá no quiere.

Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado tanto al darle unas hijas de ese modo, cuando en su familia, desde su abuela para acá, nunca ha habido gente mala. Todos fueron criados en el temor de Dios y eran muy obedientes y no le cometían irreverencias a nadie. Todos fueron por el estilo. Quién sabe de dónde les vendría a ese par de hijas suyas aquel mal ejemplo. Ella no se acuerda. Le da vuelta a todos sus recuerdos y no ve claro dónde estuvo su mal o el pecado de nacerle una hija tras otra con la misma mala costumbre. No se acuerda. Y cada vez que piensa en ellas, llora y dice: «Que Dios las ampare a las dos».

Pero mi papá alega que aquello ya no tiene remedio. La peligrosa es la que queda aquí, la Tacha, que va como palo de ocote crece y crece y que ya tiene unos comienzos de senos que prometen ser como los de sus hermanas: puntiagudos y altos y medio alborotados para llamar la atención.

—Sí —dice—, le llenará los ojos a cualquiera donde quiera que la vean. Y acabará mal; como que estoy viendo que acabará mal.

Esa era la mortificación de mi papá.

Y Tacha llora al sentir que su vaca no volverá porque se la ha matado el río. Está aquí, a mi lado, con su vestido color de rosa, mirando el río desde la barranca y sin dejar de llorar. Por su cara corren chorretes de agua sucia como si el río se hubiera metido dentro de ella.

Yo la abrazo tratando de consolarla, pero ella no entiende. Lloro con más ganas. De su boca sale un ruido semejante al que se arrastra por las orillas del río, que la hace temblar y sacudirse todita, y, mientras, la creciente sigue subiendo. El sabor a podrido que viene de allá salpica la cara mojada de Tacha y los dos pechitos de ella se mueven de arriba abajo, sin parar, como si de repente comenzaran a hincharse para empezar a trabajar por su perdición.



EL COLLAR

1884

GUY DE MAUPASSANT

(francés)



Era una de esas lindas y encantadoras muchachas nacidas como por un error del destino, en una familia de empleados. No tenía dote, ni esperanzas, ni el menor medio de que un hombre rico y distinguido la conociera, la comprendiera, la amara y la llevara al altar; y dejó que la casaran con un empleadillo del Ministerio de Instrucción Pública.

Al no poder engalanarse, fue sencilla, pero desgraciada como si hubiera venido a menos; pues las mujeres no tienen casta ni raza, y su belleza, su gracia y su encanto les sirven de nacimiento y de familia. Su natural finura, su instintiva elegancia, su agilidad de espíritu constituyen su única jerarquía, e igualan a las hijas del pueblo con las grandes señoras.

Sufría sin cesar, sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos. Sufría por la pobreza de su hogar, por la miseria de las paredes, por el desgaste de las sillas, por la fealdad de las telas. Todas esas cosas, en las cuales otra mujer de su casta ni siquiera habría reparado, la torturaban e indignaban. La visión de la joven bretona que le servía de criada despertaba en ella añoranzas desoladas y sueños enloquecidos. Pensaba en antecámaras mudas, acolchadas con colgaduras orientales, iluminadas por grandes hachones de bronce, y en dos altos lacayos de calzón corto durmiendo en los anchos sillones, amodorrados por el pesado calor del calorífero. Pensaba en grandes salones revestidos de viejas sedas, en muebles finos con chucherías inestimables, y en saloncitos coquetos, perfumados, hechos para la charla de las cinco con los amigos más íntimos, los hombres conocidos y buscados cuya atención ambicionan y desean todas las mujeres.

Cuando se sentaba, para cenar, ante la mesa redonda cubierta por un mantel de tres días, frente a su marido que destapaba la sopera, de-

clarando con aspecto arrobado: «¡Ah! ¡Qué buen cocido! No conozco nada mejor...», pensaba en cenas de gala, en servicios de plata resplandeciente, en tapicerías que poblaban las paredes con personajes antiguos y extrañas aves en medio de un bosque de cuento de hadas; pensaba en platos exquisitos servidos en vajillas maravillosas, en galanterías susurradas y escuchadas con sonrisa de esfinge, al tiempo que se paladeaba la carne rosada de una trucha o un alón de faisán.

No tenía hermosos trajes, ni joyas, nada. Y solo le gustaba eso; se sentía hecha para ello. ¡Habría dado tanto por agradar, ser deseada, ser seductora y asediada!

Tenía una amiga rica, una compañera del colegio de monjas a la que ya no iba a ver, porque sufría mucho al regresar a casa. Y lloraba durante días enteros, de pena, de nostalgia, de desesperación y de angustia.

Ahora bien, una noche su marido volvió a casa con aire triunfante, y llevando en la mano un ancho sobre.

—Mira —dijo—, aquí hay algo para ti.

Ella rasgó vivamente el papel y sacó una tarjeta impresa con estas palabras: «El ministro de Instrucción Pública y la señora de Ramponneau ruegan al señor y la señora Loisel les hagan el honor de pasar la velada del lunes 18 de enero en el hotel del ministerio».

En lugar de estar encantada, como esperaba su marido, tiró con despecho la invitación sobre la mesa, murmurando:

—¿Qué quieres que haga con eso?

—Pero, querida, pensaba que estarías contenta. No sales nunca, y es una ocasión. ¡Y estupenda! Me costó mucho trabajo conseguirla. Todo el mundo la quiere; es muy buscada, y no han dado muchas a los empleados. Verás allí a todo el mundo oficial.

Ella lo miraba con ojos irritados, y declaró con impaciencia:

—¿Y qué quieres que me ponga para ir?

Él no lo había pensado; balbució:

—¡Pues el traje con el que vas al teatro. Me parece muy bien, por lo menos a mí!...

Se calló, estupefacto, pasmado, al ver que su mujer lloraba. Dos gruesas lágrimas descendían lentamente de las comisuras de los ojos hacia las comisuras de la boca; tartamudeó:

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

Pero ella, con un violento esfuerzo, había domado su pena y respondió con voz tranquila, enjugándose las húmedas mejillas:

—Nada. Solo que, como no tengo nada que ponerme, no puedo ir a esa fiesta. Dale tu tarjeta a cualquier colega cuya mujer esté mejor trajeada que yo.

Él estaba desolado. Prosiguió:

—Veamos, Matilde. ¿Cuánto costaría un traje decente, que pudiera servirte en otras ocasiones, una cosa sencillita?

Ella reflexionó unos segundos, echando sus cuentas y pensando también en la suma que podía pedir sin atraerse una negativa inmediata y una pasmada exclamación del ahorrativo empleado.

Por fin, respondió vacilando:

—No sé exactamente, pero me parece que podría arreglarme con cuatrocientos francos.

Él palideció un poco, pues se reservaba exactamente esa suma para comprarse una escopeta y permitirse unas partidas de caza, al verano siguiente, en la llanura de Nanterre, con algunos amigos que salían a tirar a las alondras, por allí, los domingos.

Dijo, sin embargo:

—Está bien. Te doy cuatrocientos francos. Pero trata de conseguir un bonito vestido.

Se acercaba el día de la fiesta, y la señora Loisel parecía triste, inquieta, ansiosa. Sin embargo, su traje estaba preparado. Su marido le dijo una noche:

—¿Qué tienes? Veamos, llevas tres días muy rara.

Y ella respondió:

—Me fastidia no tener una joya, ni la más insignificante piedra, nada que ponerme. Así tendré un aire pobretón. Casi preferiría no ir a esa velada.

Él prosiguió:

—Ponte flores naturales. Esta temporada se llevan mucho. Por diez francos tendrás dos o tres rosas magníficas.

Ella no estaba muy convencida.

—No... no hay nada más humillante que tener pinta de pobre entre mujeres ricas.

Pero su marido exclamó:

—¡Qué tonta eres! Ve a ver a tu amiga, la señora Forestier, y pídele que te preste alguna joya. Tienes bastante amistad con ella para hacerlo.

Ella lanzó un grito de gozo:

—Es cierto. No se me había ocurrido.

Al día siguiente se dirigió a casa de su amiga y le contó su apuro.

La señora Forestier fue hacia su armario de luna, cogió un gran cofre, lo trajo, lo abrió, y le dijo a la señora Loisel:

—Escoge, querida.

Vio primero brazaletes, después un collar de perlas, luego una cruz veneciana, de oro y pedrería, un admirable trabajo. Se probó los aderezos

ante el espejo, vacilaba, no podía decidirse a quitárselos, a devolverlos. Preguntaba siempre:

—¿No tienes nada más?

—Claro que sí. Busca. No sé lo que puede agradarte.

De repente descubrió, en una caja de satén negro, un soberbio collar de brillantes; y su corazón empezó a latir con un deseo inmoderado. Sus manos temblaban al cogerlo. Lo sujetó en torno a su garganta, sobre su traje de cuello alto, y se quedó extasiada consigo misma.

Después preguntó, vacilante, llena de angustia:

—¿Puedes prestarme esto, solo esto?

—Claro que sí, desde luego.

Saltó al cuello de su amiga, la abrazó con arrebató, y después escapó con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora Loisel tuvo un verdadero triunfo. Estaba más linda que ninguna, elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, pedían que se la presentaran. Todos los directores generales querían valsar con ella. El ministro se fijó en ella.

Bailaba con entusiasmo, con arrebató, embriagada de placer, sin pensar en nada, entre el triunfo de su belleza, entre la gloria de su éxito, entre una especie de nube de felicidad compuesta por todos los deseos despertados, por esa victoria tan completa y tan dulce para el corazón de las mujeres.

Se marchó hacia las cuatro de la madrugada. Su marido dormía, desde medianoche, en un saloncito desierto, con otros tres señores cuyas mujeres se divertían mucho.

Él echó sobre los hombros la prenda que había traído para la salida, modesta prenda de la vida ordinaria, cuya pobreza chocaba con la elegancia del traje de baile. Ella lo notó y quiso escapar, para que no repararan en ella las otras mujeres que se envolvían en ricas pieles.

Loisel la retenía:

—Espera. Vas a coger frío afuera. Voy a llamar un simón.

Pero ella no lo escuchaba y bajaba rápidamente la escalera. Cuando estuvieron en la calle, no encontraron un coche; y empezaron a buscar, gritándoles a los cocheros que veían pasar a lo lejos.

Bajaban hacia el Sena, desesperados, tiritando. Por fin encontraron en el muelle uno de esos cupés noctámbulos que solo se ven en París cuando cae la noche, como si durante el día se avergonzaran de su pobreza.

Los llevó hasta la puerta, en la calle des Martyrs, y subieron tristemente a su casa. Se había acabado, para ella. Y él, por su parte, pensaba en que tendría que estar en el ministerio a las diez.

Ella se quitó la prenda con que se había cubierto los hombros, delante del espejo, con el fin de verse una vez más en plena gloria. Pero de pronto lanzó un grito.

¡Ya no llevaba el collar en torno del cuello!

Su marido, medio desvestido ya, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Se volvió hacia él, enloquecida:

—¡No..., no..., no tengo el collar de la señora Forestier!

Y buscaron entre los pliegues del traje, entre los pliegues del abrigo, en los bolsillos, por todas partes. No lo encontraron.

Él preguntó:

—¿Estás segura de que aún lo tenías al salir del baile?

—Sí, lo toqué en el vestíbulo del ministerio.

—Pero, si lo hubieras perdido en la calle, lo habríamos oído caer. Debe de estar en el simón.

—Sí, es probable. ¿Te quedaste con el número?

—No. Y tú, ¿no te has fijado?

—No.

Se contemplaban aterrados. Por fin Loisel volvió a vestirse.

—Voy a desandar todo el camino que seguimos a pie —dijo— a ver si lo encuentro.

Y salió. Ella se quedó vestida de gala, sin fuerzas para acostarse, caída en una silla, sin fuego, sin ideas.

Su marido regresó hacia las siete. No había encontrado nada.

Se dirigió a la prefectura de Policía, a los periódicos, para prometer una recompensa, a las compañías de coches de alquiler, en fin, a todos los lugares a donde lo empujaba un vislumbre de esperanza.

Ella esperó todo el día, en el mismo estado de pasmo ante aquel horrible desastre.

Loisel regresó por la noche, con el rostro hundido, pálido; no había descubierto nada.

—Hay que escribirle a tu amiga —dijo— que se te ha roto el cierre del collar y que lo están arreglando. Eso nos dará tiempo para solucionarlo.

Ella escribió al dictado.

Al cabo de una semana habían perdido toda esperanza.

Y Loisel, que había envejecido cinco años, declaró:

—Hay que pensar en sustituir esa joya.

Cogieron, al día siguiente, el estuche que la había encerrado, y se dirigieron al joyero cuyo nombre se encontraba en el interior. Consultó sus libros:

—No fui yo, señora, el que vendió ese collar; solo debí de proporcionar el estuche.

Entonces fueron de joyería en joyería, buscando un collar parecido al otro, consultando sus recuerdos, enfermos ambos de pesar y de angustia.

Encontraron, en una tienda del Palais Royal, una sarta de brillantes que les pareció enteramente igual a la que buscaban. Valía cuarenta mil francos. Se lo dejarían en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que no lo vendiera antes de tres días. Y pusieron la condición de que lo devolverían, por treinta y cuatro mil francos, si encontraban el primero antes de finales de febrero.

Loisel poseía dieciocho mil francos que le había dejado su padre. Pediría presado el resto.

Tomó en préstamo, pidiendo mil francos a uno, quinientos a otro, cinco luises por aquí, tres luises por allá. Hizo pagarés, adquirió compromisos ruinosos, tuvo tratos con usureros, con todas las razas prestamistas. Comprometió todo el final de su existencia, arriesgó su firma sin saber si podría hacer honor a ella, y, espantado por las angustias del futuro, por la negra miseria que iba a abatirse sobre él, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fue a recoger el nuevo collar, depositando sobre el mostrador del comerciante treinta y seis mil francos.

Cuando la señora Loisel le devolvió el collar a la señora Forestier, esta le dijo, con aire ofendido:

—Hubieras debido devolvérmelo antes, pues podía haberlo necesitado. No abrió el estuche, cosa que su amiga temía. Si se hubiera dado cuenta de la sustitución, ¿qué habría pensado?, ¿qué habría dicho? ¿No la habría tomado por una ladrona?

La señora Loisel conoció la horrible vida de los necesitados. Se resignó, por lo demás, de repente, heroica. Había que pagar aquella espantosa deuda. Pagaría. Despidieron a la criada, cambiaron de casa, alquilaron otra, una buhardilla bajo los tejados.

Conoció los trabajos pesados del hogar, las odiosas tareas de la cocina. Lavó la vajilla, desgastando sus rosadas uñas en los pucheros grasientos y el fondo de las cacerolas. Enjabonó la ropa sucia, las camisas y los paños de cocina, que tendía a secar en una cuerda; bajó a la calle, todas las mañanas, la basura y subió el agua, deteniéndose en cada piso para recobrar el resuello. Y vestida como una mujer del pueblo, fue a la frutería, a la tienda de ultramarinos, a la carnicería, con su cesto bajo el brazo, regateando, insultada, defendiendo céntimo a céntimo su miserable dinero.

Cada mes era preciso pagar unos pagarés, renovar otros, ganar tiempo. El marido trabajaba, por la tarde, pasando a limpio las cuentas de un comerciante, y de noche, a menudo hacía copias a veinticinco céntimos la página.

Y esta vida duró diez años.

Al cabo de diez años lo habían devuelto todo, todo, con los porcentajes de la usura y la acumulación de los intereses superpuestos.

La señora Loisel parecía vieja, ahora. Se había convertido en la mujer fuerte, y dura, de las parejas pobres. Mal peinada, con las sayas torcidas y las manos rojas, hablaba en voz alta, fregaba los suelos con agua fría. Pero a veces, cuando su marido estaba en la oficina, se sentaba junto a la ventana, y pensaba en aquella velada de antaño, en aquel baile, donde había estado tan hermosa y tanto la festejaron.

¿Qué habría ocurrido de no haber perdido aquel collar? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Qué singular es la vida, qué mudable! ¡Cuán poca cosa se necesita para perdernos o salvarnos!

Ahora bien, un domingo, habiendo ido a dar una vuelta por los Campos Elíseos para descansar de los quehaceres de la semana, vio de repente a una mujer que paseaba un niño. Era la señora Forestier, siempre joven, siempre hermosa, siempre seductora.

La señora Loisel se sintió emocionada. ¿Le hablaría? Sí, claro. Y ahora que había pagado, se lo diría todo. ¿Por qué no?

Se acercó

—Hola, Jeanne.

La otra no la reconocía, y se extrañó de que aquella burguesa la llamase con tanta familiaridad. Balbuceó:

—Pero... ¡señora!... Yo no sé... Usted debe de confundirse.

—No. Soy Matilde Loisel.

Su amiga lanzó un grito:

—¡Oh!... ¡Pobre Matilde, qué cambiada estás!...

—Sí, he pasado días muy duros, desde que dejé de verte; y muchas miserias... ¡y todo por tu culpa!...

—Por mi culpa... ¿Cómo?

—¿Recuerdas aquel collar de diamantes que me prestaste para ir a la fiesta del ministerio?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues lo perdí.

—¡Cómo! ¡Si me lo devolviste!

—Te devolví otro muy parecido. Y hace diez años que lo estamos pagando. Comprenderás que no fue fácil para nosotros, que no teníamos nada... En fin, ya se acabó, y estoy terriblemente contenta.

La señora Forestier se había detenido.

—¿Dices que compraste un collar de brillantes para sustituir el mío?

—Sí. No te habías dado cuenta, ¿eh? Eran muy parecidos.

Y sonreía con una alegría orgullosa e ingenua.

La señora Forestier, muy emocionada, le cogió las dos manos.

—¡Oh! ¡Pobre Matilde! Pero, ¡si el mío era falso! Valía a lo sumo quinientos francos...



EL ZAPATERO Y EL DIABLO

1888

ANTÓN CHÉJOV

(ruso)



Era la víspera de Navidad. María llevaba ya un buen rato roncando sobre la estufa y en la lamparilla había ardido ya todo el petróleo, pero Fiódor Nílov seguía trabajando. Lo habría dejado hacía tiempo y se habría marchado a la calle, pero un cliente en el callejón Kolokolni, que le había encargado unos empeines para sus botas dos semanas antes, había ido a verle el día anterior, le había insultado y le había ordenado que acabara sin falta el trabajo antes del servicio matinal.

—¡Vaya una vida! —rezongaba Fiódor mientras trabajaba—. Algunas personas llevan ya un buen rato durmiendo, otras pasándoselo bien, y yo aquí trabajando como una mula, cosiendo para el primero que llega...

Para no quedarse dormido, cogía de vez en cuando una botella que había debajo de la mesa y bebía, sacudiendo la cabeza después de cada trago y diciendo en voz alta:

—Que alguien me explique por qué mis clientes se divierten mientras yo tengo que coser para ellos. ¿Acaso porque ellos tienen dinero y yo soy pobre?

Odiaba a todos sus clientes, especialmente al que vivía en el callejón Kolokolni. Era un hombre de aspecto sombrío, con el pelo largo, tez amarillenta, grandes lentes azules y voz ronca. Tenía un apellido alemán impronunciable. Nadie parecía saber cuál era su profesión ni en qué se ocupaba. Dos semanas antes, cuando Fiódor fue a su casa a tomarle las medidas, lo había encontrado sentado en el suelo, machacando alguna cosa en un mortero. Antes de que Fiódor tuviera tiempo de saludarlo, el contenido del mortero relampagueó y empezó a despedir una llama roja y brillante, se levantó un olor a azufre y a plumas quemadas y toda la habitación se llenó de un espeso humo de color rosa que hizo a Fiódor es-

tornudar cinco veces. De camino a casa, pensaba: «Nadie que tenga temor de Dios podría ocuparse de esas tareas».

Cuando la botella se quedó vacía, Fiódor puso las botas sobre la mesa y se quedó pensativo. Apoyó la pesada cabeza en el puño y se hundió en consideraciones sobre su pobreza, sobre su vida triste y sombría. Luego pasó a ocuparse de los ricos, de sus grandes casas, de sus coches y de sus billetes de cien rublos... ¡Qué bien estaría si las casas de esos malditos ricos se vinieran abajo, sus caballos se murieran y sus abrigo y gorros de piel se desgastaran! ¡Qué bien estaría si los ricos poco a poco se volvieran pobres y no tuvieran nada para comer, y él, un pobre zapatero, se convirtiera en un hombre adinerado y se pavoneara ante un zapatero pobre la víspera de Navidad!

Fiódor ocupó algunos minutos en esas ensoñaciones, pero de pronto se acordó de su tarea y abrió los ojos.

«¡En qué estoy pensando! —pensó, contemplando las botas—. Hace tiempo que he terminado el trabajo y sin embargo sigo aquí sentado. ¡Tengo que llevárselas al cliente!».

Envolvió el calzado en un pañuelo rojo, se puso el abrigo y salió a la calle. Caía una nieve fina y pesada que punzaba su rostro como agujas. Hacía frío, reinaba la oscuridad y el suelo estaba resbaladizo. Las farolas de gas despedían una luz opaca; en toda la calle, por alguna razón, había tal olor a petróleo que Fiódor se vio obligado a toser y carraspear. En una y otra dirección pasaban hombres pudientes en sus carruajes, todos ellos con un jamón y una botella de vodka. Desde los coches y los trineos ricas señoritas miraban a Fiódor, le sacaban la lengua y le gritaban entre sonrisas:

—¡Un mendigo! ¡Un mendigo!

Detrás de él caminaban algunos estudiantes, oficiales, mercaderes y generales, y todos le insultaban:

—¡Borracho! ¡Borracho! ¡Zapatero sin Dios! ¡No crees más que en tus suelas! ¡Mendigo!

Todo eso era ofensivo, pero Fiódor guardó silencio y se limitó a escupir. Cuando se encontró con Kuzmá Lebedkin, un maestro zapatero natural de Varsovia, este le dijo:

—Yo me he casado con una mujer rica y en mi taller trabajan aprendices. Pero tú eres pobre y no tienes nada que llevarte a la boca.

Fiódor no se contuvo y se lanzó tras él. Le estuvo persiguiendo hasta que llegó al callejón Kolokolni. Su cliente vivía en la cuarta casa contando desde la esquina, en un apartamento situado en la planta más alta. Para llegar hasta allí había que atravesar un patio largo y oscuro, luego subir por una escalera muy alta y resbaladiza que se tambaleaba. Cuan-

do Fiódor entró en la vivienda, encontró a su cliente sentado en el suelo, triturando alguna sustancia en el mortero, igual que dos semanas antes.

—¡Le traigo sus botas, Excelencia! —exclamó Fiódor con aire sombrío.

El cliente se levantó y empezó a ponerse las botas en silencio. Con intención de ayudarlo, Fiódor hincó una rodilla en tierra y le quitó una de las botas viejas, pero inmediatamente se puso en pie y, aterrado, retrocedió hasta la puerta. En lugar de pie aquel hombre tenía una pezuña de caballo.

«¡Vaya! —pensó Fiódor—. ¡Menuda historia!».

Lo primero que debía haber hecho era persignarse, dejarlo todo y escapar escaleras abajo; pero enseguida consideró que aquel era su primer encuentro, y probablemente el último, con el diablo y que sería una tontería no aprovecharse de sus servicios. Se dominó y trató de probar fortuna. Tras ocultar las manos en la espalda para no hacer la señal de la cruz, tosió respetuosamente y exclamó:

—La gente dice que no hay nada peor ni más vil en el mundo que el diablo, pero en mi opinión, Excelencia, el Señor de las Tinieblas es muy instruido. El diablo, dicho sea de paso con perdón, tiene pezuñas y rabo, pero es más inteligente que cualquier estudiante.

—Le agradezco mucho esas palabras —exclamó el cliente, sintiéndose halagado—. ¡Muchas gracias, zapatero! ¿Qué es lo que quieres?

Y el zapatero, sin pérdida de tiempo, se puso a quejarse de su suerte. Empezó diciendo que había sentido envidia de los ricos desde niño. Siempre le había molestado que no todas las personas vivieran en grandes casas y tuvieran buenos caballos. ¿Por qué, se preguntaba, él era pobre? ¿En qué era peor que Kuzmá Lebedkin, natural de Varsovia, que tenía su propia casa y una mujer que llevaba sombrero? Su nariz, sus manos, sus piernas, su cabeza y su espalda en nada se diferenciaban de las de los ricos; entonces, ¿por qué se veía obligado a trabajar mientras los otros se divertían? ¿Por qué estaba casado con María y no con una dama que desprendiera olor a esencia? En casa de los clientes ricos había visto con frecuencia bellas señoritas, pero ellas no le prestaban ninguna atención, solo a veces se reían y murmuraban entre sí:

—¡Vaya nariz roja que tiene este zapatero!

En verdad, María era una mujer buena, amable y trabajadora, pero carecía de educación, tenía una mano de hierro y pegaba fuerte. Además, cuando se hablaba de política o de algún tema elevado en su presencia, enseguida se entrometía, pronunciando las más disparatadas insensateces.

—¿Qué es lo que quieres? —le interrumpió su cliente.

—Ya que es usted tan amable, señor diablo, me gustaría que me hiciera rico, Excelencia.

—Muy bien. Pero debes entregarme tu alma a cambio. Antes de que canten los gallos, tienes que firmarme este papel asignándomela.

—¡Pero, Excelencia! —exclamó Fiódor respetuosamente—. Cuando me encargó usted esos empeines, yo no le pedí dinero por adelantado. Antes de exigir dinero hay que cumplir lo pactado.

—¡Bueno, de acuerdo! —convino el cliente.

De pronto en el mortero surgió una brillante llama, de la que se desprendió un humo rosado y denso, y a continuación empezó a oler a azufre y a plumas quemadas. Cuando el humo se disipó, Fiódor se frotó los ojos y advirtió que ya no era Fiódor el zapatero, sino otra persona distinta, ataviada con un chaleco, una leontina y unos pantalones nuevos, que se hallaba sentada en un sillón junto a una gran mesa. Dos lacayos le presentaban diversos platos, al tiempo que hacían profundas reverencias y exclamaban:

—¡Buen apetito, Excelencia!

¡Qué riqueza! Los lacayos le sirvieron una gran porción de cordero asado y un plato con pepinillos. Luego trajeron en una sartén un ganso asado y algo después cerdo al horno con salsa de rábanos. ¡Y qué noble y distinguido era todo! Fiódor comió, bebiendo un gran vaso de excelente vodka antes de cada plato, igual que un general o un conde cualquiera. Después del cerdo le trajeron unas gachas de avena con grasa de ganso asado y a continuación una tortilla con grasa de cerdo e hígado frito, alimentos todos que degustó y apreció. ¿Y qué más? También le sirvieron un pastel de cebolla y nabo al vapor con *kvas*.

«¡No sé cómo los señores no revientan con estas comidas!», pensó.

Como colofón le trajeron un gran tarro de miel. Después de la comida apareció el diablo con sus lentes azuladas y, haciéndole una profunda reverencia, le preguntó:

—¿Estás satisfecho de la comida, Fiódor Panteleich?

Pero Fiódor no pudo pronunciar palabra, tan lleno estaba. Después de ese exceso de comida se sentía incómodo y pesado. Tratando de distraerse, se puso a examinar la bota de su pie izquierdo.

—Por unas botas como estas yo no pediría menos de siete rublos y medio. ¿Qué zapatero las ha hecho? —preguntó.

—Kuzmá Lebedkin —contestó el lacayo.

—¡Traedme aquí a ese imbécil!

Al poco apareció Kuzmá Lebedkin, natural de Varsovia. Se detuvo en el quicio de la puerta, adoptando una actitud respetuosa, y preguntó:

—¿Qué ordena Su Excelencia?

—¡Cállate! —le gritó Fiódor, golpeando el suelo con el pie—. No te

atrevas a contestarme. ¡Acuérdate de tu condición de zapatero y de la clase de hombre que eres! ¡Estúpido! ¡No sabes hacer unas botas! ¡Te voy a partir la cara! ¿A qué has venido?

—A por mi dinero, señor.

—¿Qué dinero? ¡Vete! ¡Vuelve el sábado! ¡Criado, dale un tortazo!

Pero en ese momento recordó cuánto le habían atormentado a él mismo sus clientes y sintió que se le encogía el corazón. Para distraerse, sacó del bolsillo una gruesa billetera y se puso a contar su dinero. Había muchísimo, pero Fiódor quería todavía más. El diablo de las lentes azuladas le trajo otro billetero aún más lleno, pero él ansiaba todavía más, y cuanto más contaba los billetes más insatisfecho se mostraba.

Al atardecer, el diablo le trajo una señorita alta y de generoso busto, ataviada con un vestido rojo, y le dijo que aquella era su nueva esposa. Pasó toda la tarde besándola y comiendo dulces. Por la noche se tumbó en un blando colchón de plumas, pero estuvo cambiando de postura cada dos por tres, incapaz de conciliar el sueño. Se sentía inquieto.

—Tenemos mucho dinero —le dijo a su esposa—, y eso puede atraer a los ladrones. ¡Coge una vela y vete a echar un vistazo!

No pegó ojo en toda la noche y no paró de levantarse para comprobar si el cofre estaba intacto. Al amanecer tenía que ir a la iglesia para asistir al oficio de maitines. En la iglesia ricos y pobres recibían idénticos honores. Cuando Fiódor era pobre, rezaba en la iglesia con estas palabras: «¡Señor, perdona a este pecador!». Esos mismos vocablos pronunció ahora que era rico, de modo que ¿dónde estaba la diferencia? Además, después de la muerte al rico Fiódor no lo enterrarían entre oro y diamantes, sino en la tierra negra, como al más pobre pedigüeño. Fiódor ardería en el mismo fuego que los zapateros. Todo eso le pareció ofensivo. De nuevo volvió a sentir en el cuerpo la pesadez de la comida; en lugar de oraciones, le venían a la cabeza distintas consideraciones relativas al cofre, el dinero, los ladrones y su alma vendida y condenada.

Salió contrariado de la iglesia. Para alejar de sí esos inoportunos pensamientos se puso a entonar una canción con todas sus fuerzas, como siempre había hecho. Pero nada más comenzar, un guardia se acercó a él y le dijo, llevándose una mano a la visera:

—¡Excelencia, no es propio de señores cantar en la calle! ¡Ni que fuera usted un zapatero!

Fiódor se reclinó contra una valla y trató de buscar otro entretenimiento.

—¡Señor! —le gritó un portero—. No se apoye demasiado en esa valla o se manchará el abrigo.

Fiódor entró en una tienda y se compró el mejor acordeón; a conti-

nuación salió a la calle y se puso a tocar. Todos los transeúntes le señalaban con el dedo y se reían.

—¡Vaya un señor! —se mofaban los cocheros—. ¡Se comporta como un zapatero!

—No podemos dejar que los señores perturben la paz —le dijo un guardia—. ¡Será mejor que se vaya a una taberna!

—¡Señor, por el amor de Dios! —le gritaban los pobres, rodeando a Fiódor por todos lados—. ¡Denos algo!

Antes, cuando era zapatero, los pobres no le prestaban la menor atención; ahora, en cambio, no se apartaban de él.

En casa se encontró con su nueva esposa, vestida con una blusa verde y una falda roja. Hizo intención de acariciarla, pero ya había levantado la mano con intención de propinarle un golpe en la espalda, cuando ella exclamó con enfado:

—¡Bruto! ¡Grosero! ¡No sabes cómo tratar a una dama! Si me amas, bésame la mano. Pero no voy a permitir que me pegues.

«¡Vaya una vida de perros! —pensó Fiódor—. ¡Y a esto le llaman vivir! No puede uno ni cantar ni tocar el acordeón ni pasárselo bien con su mujer... Uf!».

En cuanto se sentó con la señorita a tomar el té, apareció el diablo de las lentes azuladas y exclamó:

—Bueno, Fiódor Panteleich. He cumplido mi parte del acuerdo, así que firma ese papel y sígueme. Ahora sabes lo que significa ser rico, de modo que ya es suficiente.

Y sin más preámbulos arrastró a Fiódor al infierno, donde una multitud de diablos apareció volando por todas partes y se puso a gritar:

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¡Burro!

En el infierno había un olor a petróleo tan terrible que apenas se podía respirar.

De pronto todo desapareció. Fiódor abrió los ojos y vio su mesa, las botas y la lamparilla de hojalata. El cristal de la lamparilla estaba negro y de la pequeña llama de la mecha se elevaba un humo maloliente, semejante al de una chimenea. Junto a él estaba el cliente de las lentes azuladas, gritándole con enfado.

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¡Burro! ¡Voy a darte una lección, estafador! ¡Hace dos semanas que te hice este encargo y las botas aún no están listas! ¿Crees que tengo tiempo para venir aquí cinco veces al día a recogerlas? ¡Canalla, miserable!

Fiódor sacudió la cabeza y se ocupó de las botas. El cliente pasó un buen rato insultándolo y amenazándolo. Cuando al cabo de un rato se tranquilizó, Fiódor le preguntó con aire sombrío:

—¿En qué se ocupa usted, señor?

—Preparo bengalas y cohetes. Soy pirotécnico.

Carruajes y trineos con mantas de piel de oso se desplazaban en una y otra dirección. Por la acera paseaban comerciantes, señores y oficiales, junto con gente sencilla... Pero Fiódor ya no tenía envidia de nadie y no se quejaba de su suerte. Ahora pensaba que el destino de los ricos y pobres era igual de desdichado. Los unos podían ir en carro, los otros cantar con todas sus fuerzas y tocar el acordeón, pero a todos les esperaba la misma tumba. Nada había en la vida por lo que mereciera la pena entregar al diablo ni siquiera una pequeña parte del alma.



LOS MOTIVOS DEL LOBO

1914

RUBÉN DARÍO

(nicaragüense)



El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo
las fauces de furia, los ojos de mal;
el lobo de Gubbia, el terrible lobo,
rabioso ha assolado los alrededores,
cruel ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió;
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco, con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: —«¡Paz, hermano
lobo!». El animal
contempló al varón de tosco sayal;

dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: «¡Está bien, hermano Francisco!».
«¡Cómo! —exclamó el santo—. ¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?».

«¿La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de Nuestro Señor,
¿no han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso, su rencor eterno
Luzbel o Belial?».

Y el gran lobo, humilde: «¡Es duro el invierno,
y es horrible el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y a veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncadas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.

Y no era por hambre que iban a cazar».

Francisco responde: «En el hombre existe
mala levadura.

Cuando nace, viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener
desde hoy qué comer.

Dejarás en paz
rebaños y gente en este país.

¡Que Dios melifique tu ser montaraz!».

«Está bien, hermano Francisco de Asís».

«Ante el Señor, que todo ata y desata,
en fe de promesa tiéndeme la pata».

El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó.
Y dijo: «He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya vuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios». «¡Así sea!»,
contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
de contentamiento,
movió testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento.

*

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
iba por el monte, descendía al valle,
entraba en las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probó
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez sintiose el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;

colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma
pues la bestia fiera
no dio treguas a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos le buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
Se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña.
«En nombre del Padre del sacro universo,
conjúrote —dijo—, ¡oh lobo perverso!,
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho».
Como en sorda lucha, habló el animal,
la boca espumosa y el ojo fatal:
«Hermano Francisco, no te acerques mucho...
Yo estaba tranquilo allá en el convento;
al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.
Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes:
todas las criaturas eran mis hermanos,
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,

hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tienen que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad;
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad».

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
que era: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*



VINIERON TODOS JUNTOS EN UN BARCO

Testimonio de Juan Yara y Margarita Higa

Yo he nacido acá, en San Agustín. Mis padres, en cambio, sí son de Japón, ellos vinieron al Perú allá por el año 1925. Primero llegaron a Cañete y de ahí ya se vinieron para acá después de dos años. Cuando ellos vinieron ya estaban aquí algunos negros y criollos, también había chinos, pero en muy poca cantidad.

Lo que nuestros padres nos han contado es que ellos se vinieron todos juntos en un barco y la travesía duraba de cien a ciento veinte días, vinieron algo así como escapándose de la pobreza. Vinieron acá, su mira era regresar algún tiempo después a su tierra, pero ya la situación económica no daba para ello. Inclusive ellos fueron formando parejas acá, fueron aumentando las familias y, así, cada vez era más difícil regresar; por eso que la mayoría de los que se han venido con esa idea de regresar no han podido hacerlo. También allá, en Japón, había pobreza, la situación estaba mala y como ellos lo que sabían era el trabajo de agricultura, entonces, al llegar acá buscaron terreno para dedicarse a eso. Llegaban como contratados, y los hacendados de distintos sitios, a todos estos personales, no los llamaban por sus apellidos porque era muy difícil decirlos. Ellos les ponían un número a cada uno, entonces a uno le decían 50, a otro 100 y, así, hasta ahora último, después de la Segunda Guerra Mundial, los japoneses fueron llamados en esta forma.

Cuando llegaron los japoneses, al comienzo todos ellos vinieron como contratados, como mano de obra. De esta manera, llegaron primero a otros departamentos en el norte y el sur del Perú, antes de arribar a Lima, debido a que aquí todo era zona azucarera y no se les necesitaba; en cambio, en el norte y el sur, donde había tierras agrícolas, su presencia era requerida por la mano de obra. Ellos fueron primero al norte, de Huacho para arriba: Casma, Chimbote, Trujillo y Chiclayo, en menos cantidad; los lugares en

donde estaban concentrados eran entre Trujillo y Pativilca; de ahí ya fueron bajando más que nada porque se les vencía su contrato en las chacras donde trabajaban. Así, en su búsqueda de zonas agrícolas donde trabajar, llegaron a Chancay, a Cañete y ya después a Lima. Todos querían llegar a Lima por la misma situación, ellos veían a Lima muy diferente de las zonas donde habían estado: «Hay más facilidades», decían, por las enfermedades, por la fiebre amarilla que estaba dando mucho, entonces todos fueron viniendo a Lima, poco a poco, por seguridad. Aquí, pues, era más fácil curarse que en las provincias, ya que en estas, en Cañete, por ejemplo, no era como ahora que solo toma dos o tres horas de camino, antes no era así, sino que te demorabas una semana para llegar hasta aquí y poder atenderte. Todos se transportaban en camiones, pero no todos los días, además estos demoraban mucho porque no había pista como ahora, solo carretera. Cuando había viento fuerte, un paracazo, por ejemplo, los carros no podían avanzar porque las huellas se borraban, desaparecía el camino y no se podía ir a ninguna parte. Todas esas cosas, pues, había en ese entonces. La guía de la gente era, muchas veces, los cables tipo teléfono que se veían, había una especie de radio por líneas telefónicas, esa era su única señal para seguir adelante su camino.



LA MINA DE SAL DE SONOMORO

Tradición ashaninka y nomatsiguenga

A treinta minutos al sur del río Sonomoro de la comunidad nativa nomatsiguenga de San Antonio de Sonomoro, se encuentra un lugar, llamado por los lugareños Choiti, que significa zona salada. Allí, desde épocas inmemoriales existía una mina de sal negra conformada por inmensas rocas de sal que alimentaba a muchas familias nomatsiguengas que vivían dispersadas en esa época.

Cuando llegaron los españoles al Perú el año de 1535, pasaron por estos lugares encontrando a los indígenas nomatsiguenga que en sus *tsimengoti* (canasta que sirve para guardar alimentos) guardaban pedazos de sal negra que les servía de alimento.

Entonces los hombres blancos averiguaron la procedencia de esta sal negra, y como no encontraban respuesta positiva, empezaron a matar a los nativos hasta que alguien condujo a estos hombres al lugar llamado Choiti.

Los españoles quedaron boquiabiertos al descubrir la majestuosidad de los bloques de sal natural que sobresalían por encima de los inmensos árboles de caoba.

Muy envidiosos, los españoles quisieron destruirlo perforándolo con inmensos taladros para luego dinamitarlo, pero sucedió que cuando llegaron al corazón de la roca, escucharon un desgarrador grito de dolor: ¡Ayabeeeee...! Y desde las entrañas de la roca de sal brotó un torrente de sangre hirviente: ¡Shsssssss!, quemando a todos los españoles hasta dejarlos esqueletos. Nadie se salvó.

Después de lo sucedido la inmensa roca de sal se transformó en una bella mujer que, muy asustada y desesperada, llamó a sus hermanos los Santóbaris (moscas de colores) para que la lleven a otro lugar muy lejos y

escondarse de los españoles. Sus hermanos obedientes construyeron balsas de topa y la llevaron río debajo de Sonomoro.

Habiendo avanzado treinta minutos, llegaron a la comunidad de San Antonio y vieron a la gente que lloraba por la destrucción de la sal que durante muchos años les dio vida. A la mujer le dio mucha pena y pidió a sus hermanos para quedarse con ellos. Entonces sus hermanos le dijeron que no podían quedarse porque estaba muy cerca de los hombres blancos que querían seguir destruyéndola. Al ruego de la mujer, se quedaron y se fueron caminando por las orillas del río Tsóriri a diez minutos de la comunidad de Sonomoro. Allí se transformó nuevamente en una roca.

Como la llegada de los españoles era incesante por estos lugares, la sal se transformó nuevamente en una mujer y se alejaron para siempre del lugar. Bajaron por el río Sonomoro llegando al río Perené, surcaron por sus aguas y la mujer se estableció para siempre convertida en mina de sal negra en el alto Perené, distrito de Mariscal Cáceres en Chanchamayo para seguir alimentando a los colonos asháninkas del lugar.

En el lugar (Tsóriri) donde quiso quedarse la mujer, la orina que dejó se convirtió en una mina de sal líquida que hoy sigue alimentando a los nomatsiguenga, haciendo hervir sus aguas para transformarlo en sal sólida. Sus hermanos, las moscas de colores, lo seguimos viendo hoy, bajando y surcando el río Sonomoro para chupar las piedras saladas y fastidiando a los bañistas en este majestuoso río.



LA COMPUERTA NÚMERO 12

En «La compuerta número 12», se nos describe a la mina como una especie de monstruo que se traga la vida de los mineros. El protagonista siente que su vida de minero ha sido inútil, que solo le ha dejado un cuerpo débil y enfermo luego de décadas de trabajo. ¿Por qué debe llevar a su hijo a trabajar en la mina?

Cuando su hijo comprende con desesperación que debe quedarse a trabajar solo, el padre se entenece y quiere por un momento evitar que el hijo tenga la misma vida que él ha tenido. ¿Qué hace que, a pesar de todo, obligue a su hijo a trabajar en la mina?

El narrador destaca que los obreros de la mina son como eslabones de una cadena. ¿A qué se refiere?

¿Qué hace el padre con su hijo para que se quede a trabajar?

Al final del cuento, por la cólera que siente, el padre arremete con fuerza contra la veta de mineral, pero el cuento termina con una comparación desesperanzada. ¿Crees que el padre tiene salida? ¿Con qué compara la veta de mineral para transmitir esa desesperanza?

ES QUE SOMOS MUY POBRES

En «Es que somos muy pobres», el narrador protagonista es un muchacho que tiene una hermana. Los padres habían comprado y criado con mucho esfuerzo una vaca para su hermana. ¿Por qué es tan importante esa vaca para la familia? ¿Qué piensas de eso?

¿Cómo te das cuenta de que el narrador quiere a *la Serpentina*?

La última escena del cuento es desgarradora. La muchacha ha perdido la vaca porque se la ha llevado el río y ella llora desconsoladamente abrazada a su hermano. Pero no llora solo de pena porque quería a su vaca. ¿Por qué otra razón llora?

EL COLLAR

En «El collar», el narrador presenta a la protagonista como una dama de familia poco distinguida, casada con un empleado. En el contexto que se relata, ¿qué hace sufrir a la mujer?

El esposo de la protagonista recibe una invitación para una velada en un hotel con personas muy importantes. La esposa, en lugar de alegrarse, siente cólera y pena, ¿por qué?



¿Qué sacrifica el marido para que ella se sienta contenta de ir a la fiesta?

¿Por qué la protagonista no se siente contenta con el vestido que ha podido comprar?

¿Qué cualidad de Matilde percibimos al leer que trabaja diez años para reponer el collar perdido?

Toda la vida de la pareja cambia cuando Matilde pierde el collar prestado. Ambos se sacrifican en trabajos intensos durante diez años para saldar las deudas asumidas al comprar un nuevo collar. Pero, en realidad, el collar perdido no era de brillantes auténticos. ¿Qué interpretas del hecho que Matilde haya escogido esa joya para asistir a esa reunión de personas tan ricas?

Trata de explicar por qué el cuento se titula «El collar» y no «Matilde».

EL ZAPATERO Y EL DIABLO

El protagonista de «El zapatero y el Diablo» no vivía feliz porque envidiaba a los ricos. ¿Qué envidiaba de ellos?

Cuando prueba la vida de rico, no se siente a gusto. ¿Qué cosas extrañaba de ser pobre?

Para algunos lectores, el final del cuento puede ser sorprendente. ¿Por qué crees que el final genera sorpresa?

LOS MOTIVOS DEL LOBO

En «Los motivos del lobo», se describe a un lobo fiero. ¿Qué hace el lobo para que quieran matarlo?

Cuando Francisco le pregunta por qué es tan feroz, el lobo contesta que en invierno no tiene qué comer y debe matar para alimentarse. Le responde, además, que el ser humano también mata, pero no lo hace siempre por hambre. ¿Qué le contesta Francisco cuando dice eso?

¿A qué acuerdo llegan Francisco, los pobladores y el lobo?



¿Por qué vuelve el lobo a ser fiero?

¿Por qué llora Francisco cuando escucha del lobo las razones por las que ha vuelto a ser salvaje?

De acuerdo con lo narrado en este poema, ¿quiénes crees que son más feroces, los seres humanos o los lobos? ¿Es así también en la realidad?

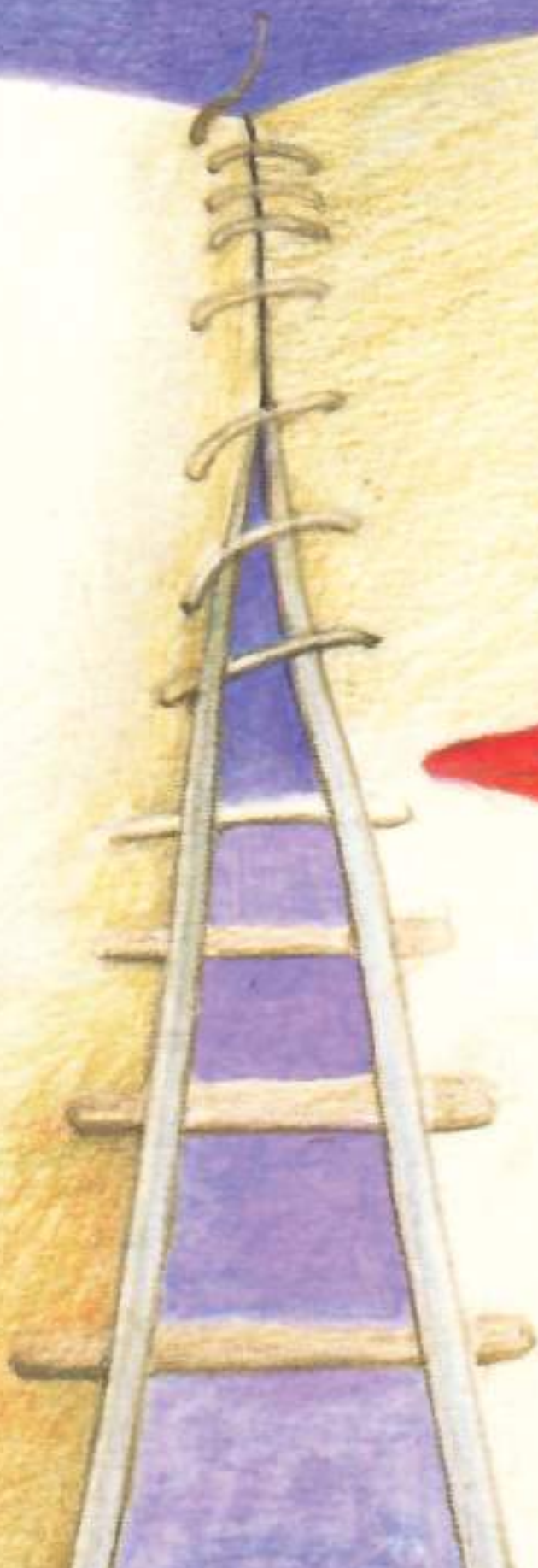
VINIERON TODOS JUNTOS EN UN BARCO

En «Vinieron todos juntos en un barco», se relata la llegada de inmigrantes japoneses a Lima. Según la lectura, ¿por qué migraron?

Ellos no pensaban quedarse a vivir en el Perú para siempre. ¿Qué les impidió regresar al Japón?

¿Por qué demoraba tanto, en aquella época, viajar de Cañete a Lima?

a ahora
refiere
viarios
boleto
mplan
lades





EL GUARDAGUJAS

1952

JUAN JOSÉ ARREOLA

(mexicano)

El forastero llegó sin aliento a la estación desierta. Su gran valija, que nadie quiso cargar, le había fatigado en extremo. Se enjugó el rostro con un pañuelo, y con la mano en visera miró los rieles que se perdían en el horizonte. Desalentado y pensativo consultó su reloj: la hora justa en que el tren debía partir.

Alguien, salido de quién sabe dónde, le dio una palmada muy suave. Al volverse el forastero se halló ante un viejecillo de vago aspecto ferroviario. Llevaba en la mano una linterna roja, pero tan pequeña, que parecía de juguete. Miró sonriendo al viajero, y este le dijo ansioso su pregunta:

—Usted perdone, ¿ha salido ya el tren?

—¿Lleva usted poco tiempo en este país?

—Necesito salir inmediatamente. Debo hallarme en T. mañana mismo.

—Se ve que usted ignora por completo lo que ocurre. Lo que debe hacer ahora mismo es buscar alojamiento en la fonda para viajeros —y señaló un extraño edificio ceniciento que más bien parecía un presidio.

—Pero yo no quiero alojarme, sino salir en el tren.

—Alquile usted un cuarto inmediatamente, si es que lo hay. En caso de que pueda conseguirlo, contrátelo por mes, le resultará más barato y recibirá mejor atención.

—¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo.

—Francamente, debería abandonarlo a su suerte. Sin embargo, le daré unos informes.

—Por favor...

—Este país es famoso por sus ferrocarriles, como usted sabe. Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho grandes cosas en lo que se refiere a la publicación de itinerarios y a la expedición de boletos. Las guías ferroviarias comprenden y enlazan todas las poblacio-

nes de la nación; se expenden boletos hasta para las aldeas más pequeñas y remotas. Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones. Los habitantes del país así lo esperan; mientras tanto, aceptan las irregularidades del servicio y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado.

—Pero, ¿hay un tren que pasa por esta ciudad?

—Afirmarlo equivaldría a cometer una inexactitud. Como usted puede darse cuenta, los rieles existen, aunque un tanto averiados. En algunas poblaciones están sencillamente indicados en el suelo, mediante dos rayas de gis¹. Dadas las condiciones actuales, ningún tren tiene la obligación de pasar por aquí, pero nada impide que eso pueda suceder. Yo he visto pasar muchos trenes en mi vida y conocí algunos viajeros que pudieron abordarlos. Si usted espera convenientemente, tal vez yo mismo tenga el honor de ayudarle a subir a un hermoso y confortable vagón.

—¿Me llevará ese tren a T.?

—¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo. Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente un rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?

—Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T. Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿no es así?

—Cualquiera diría que usted tiene razón. En la fonda para viajeros podrá usted hablar con personas que han tomado sus precauciones, adquiriendo grandes cantidades de boletos. Por regla general, las gentes previsoras compran pasajes para todos los puntos del país. Hay quien ha gastado en boletos una verdadera fortuna...

—Yo creí que para ir a T. me bastaba un boleto. Mírelo usted...

—El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con el dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario, cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la empresa.

—Pero el tren que pasa por T., ¿ya se encuentra en servicio?

—Y no solo ese. En realidad, hay muchísimos trenes en la nación, y los viajeros pueden utilizarlos con relativa frecuencia, pero tomando en cuenta que no se trata de un servicio formal y definitivo. En otras palabras, al subir a un tren, nadie espera ser conducido al sitio que desea.

—¿Cómo es eso?

—En su afán de servir a los ciudadanos, la empresa debe recurrir a ciertas medidas desesperadas. Hace circular trenes por lugares intransitables.

1 Gis: barra de yeso mate y greda. Se usa como lápiz para dibujar en lienzos.

Esos convoyes expedicionarios emplean a veces varios años en su trayecto, y la vida de los viajeros sufre algunas transformaciones importantes. Los fallecimientos no son raros en tales casos, pero la empresa, que todo lo ha previsto, añade a esos trenes un vagón capilla ardiente y un vagón cementerio. Es motivo de orgullo para los conductores depositar el cadáver de un viajero —lujosamente embalsamado— en los andenes de la estación que prescribe su boleto. En ocasiones, estos trenes forzados recorren trayectos en que falta uno de los rieles. Todo un lado de los vagones se estremece lamentablemente con los golpes que dan las ruedas sobre los durmientes. Los viajeros de primera —es otra de las previsiones de la empresa— se colocan del lado en que hay riel. Los de segunda padecen los golpes con resignación. Pero hay otros tramos en que faltan ambos rieles; allí los viajeros sufren por igual, hasta que el tren queda totalmente destruido.

—¡Santo Dios!

—Mire usted: la aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes. El tren fue a dar en un terreno impracticable. Lijadas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes. Los viajeros pasaron tanto tiempo juntos, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades estrechas. Algunas de esas amistades se transformaron pronto en idilios, y el resultado ha sido F., una aldea progresista llena de niños traviesos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.

—¡Dios mío, yo no estoy hecho para tales aventuras!

—Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en héroe. No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio. En una ocasión, doscientos pasajeros anónimos escribieron una de las páginas más gloriosas en nuestros anales ferroviarios. Sucede que en un viaje de prueba, el maquinista advirtió a tiempo una grave omisión de los constructores de la línea. En la ruta faltaba el puente que debía salvar un abismo. Pues bien, el maquinista, en vez de poner marcha atrás, arengó a los pasajeros y obtuvo de ellos el esfuerzo necesario para seguir adelante. Bajo su enérgica dirección, el tren fue desarmado pieza por pieza y conducido en hombros al otro lado del abismo, que todavía reservaba la sorpresa de contener en su fondo un río caudaloso. El resultado de la hazaña fue tan satisfactorio que la empresa renunció definitivamente a la construcción del puente, conformándose con hacer un atractivo descuento en las tarifas de los pasajeros que se atrevan a afrontar esa molestia suplementaria.

—¡Pero yo debo llegar a T. mañana mismo!

—¡Muy bien! Me gusta que no abandone usted su proyecto. Se ve que es usted un hombre de convicciones. Alójese por lo pronto en la fonda y tome

el primer tren que pase. Trate de hacerlo cuando menos; mil personas estarán para impedirselo. Al llegar un convoy, los viajeros, exasperados por una espera demasiado larga, salen de la fonda en tumulto para invadir ruidosamente la estación. Frecuentemente provocan accidentes con su increíble falta de cortesía y de prudencia. En vez de subir ordenadamente se dedican a aplastarse unos a otros; por lo menos, se impiden para siempre el abordaje, y el tren se va dejándolos amotinados en los andenes de la estación. Los viajeros, agotados y furiosos, maldicen su falta de educación, y pasan mucho tiempo insultándose y dándose de golpes.

—¿Y la policía no interviene?

—Se ha intentado organizar un cuerpo de policía en cada estación, pero la imprevisible llegada de los trenes hacía tal servicio inútil y sumamente costoso. Además, los miembros de ese cuerpo demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de pasajeros adinerados que les daban a cambio de ese servicio todo lo que llevaban encima. Se resolvió entonces el establecimiento de un tipo especial de escuelas, donde los futuros viajeros reciben lecciones de urbanidad y un entrenamiento adecuado, que los capacita para que puedan pasar su vida en los trenes. Allí se les enseña la manera correcta de abordar un convoy, aunque esté en movimiento y a gran velocidad. También se les proporciona una especie de armadura para evitar que los demás pasajeros les rompan las costillas.

—Pero una vez en el tren, ¿está uno a cubierto de nuevas dificultades?

—Relativamente. Solo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones. Podría darse el caso de que creyera usted haber llegado a T., y solo fuese una ilusión. Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son pura apariencia: han sido construidas en plena selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante. Pero basta poner un poco de atención para descubrir el engaño. Son como las decoraciones del teatro, y las personas que figuran en ellas están rellenas de aserrín. Esos muñecos revelan fácilmente los estragos de la intemperie, pero son a veces una perfecta imagen de la realidad: llevan en el rostro las señales de un cansancio infinito.

—Por fortuna, T. no se halla muy lejos de aquí.

—Pero carecemos por el momento de trenes directos. Sin embargo, bien podría darse el caso de que usted llegara a T. mañana mismo, tal como desea. La organización de los ferrocarriles, aunque deficiente, no excluye la posibilidad de un viaje sin escalas. Vea usted, hay personas que ni siquiera se han dado cuenta de lo que pasa. Compran un boleto para ir a T. Pasa un tren, suben, y al día siguiente oyen que el conductor anuncia: «Hemos llega-

do a T.». Sin tomar precaución alguna, los viajeros descienden y se hallan efectivamente en T.

—¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?

—Claro que puede usted. Lo que no se sabe es si le servirá de algo. Inténtelo de todas maneras. Suba usted al tren con la idea fija de que va a llegar a T. No trate a ninguno de los pasajeros. Podrán desilusionarlo con sus historias de viaje, y hasta se daría el caso de que lo denunciaran.

—¿Qué está usted diciendo?

—En virtud del estado actual de las cosas los trenes viajan llenos de espías. Estos espías, voluntarios en su mayor parte, dedican su vida a fomentar el espíritu constructivo de la empresa. A veces uno no sabe lo que dice y habla solo por hablar. Pero ellos se dan cuenta en seguida de todos los sentidos que puede tener una frase, por sencilla que sea. Del comentario más inocente saben sacar una opinión culpable. Si usted llegara a cometer la menor imprudencia, sería aprehendido sin más, pasaría el resto de su vida en un vagón cárcel, en caso de que no le obligaran a descender en una falsa estación, perdida en la selva. Viaje usted lleno de fe, consuma la menor cantidad posible de alimentos y no ponga los pies en el andén antes de que vea en T. alguna cara conocida.

—Pero yo no conozco en T. a ninguna persona.

—En ese caso redoble usted sus precauciones. Tendrá, se lo aseguro, muchas tentaciones en el camino. Si mira usted por las ventanillas, está expuesto a caer en la trampa de un espejismo. Las ventanillas están provistas de ingeniosos dispositivos que crean toda clase de ilusiones en el ánimo de los pasajeros. No hace falta ser débil para caer en ellas. Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales.

—¿Y eso qué objeto tiene?

—Todo esto lo hace la empresa con el sano propósito de disminuir la ansiedad de los viajeros y de anular en todo lo posible las sensaciones de traslado. Se aspira a que un día se entreguen plenamente al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que ya no les importe saber adónde van ni de dónde vienen.

—Y usted, ¿ha viajado mucho en los trenes?

—Yo, señor, solo soy guardaguijas. A decir verdad, soy un guardaguijas jubilado, y solo aparezco aquí de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. No he viajado nunca, ni tengo ganas de hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias. Sé que los trenes han creado muchas poblaciones

además de la aldea de F., cuyo origen le he referido. Ocurre a veces que los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que descendan de los vagones, generalmente con el pretexto de que admiren las bellezas de un determinado lugar. Se les habla de grutas, de cataratas o de ruinas célebres: «Quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual», dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor.

—¿Y los viajeros?

—Vagan desconcertados de un sitio a otro durante algún tiempo, pero acaban por congregarse y se establecen en colonia. Estas paradas intempestivas se hacen en lugares adecuados, muy lejos de toda civilización y con riquezas naturales suficientes. Allí se abandonan lotes selectos, de gente joven, y sobre todo con mujeres abundantes. ¿No le gustaría a usted acabar sus días en un pintoresco lugar desconocido, en compañía de una muchachita?

El viejecillo sonriente hizo un guiño, y se quedó mirando al viajero con picardía, sonriente y lleno de bondad. En ese momento se oyó un silbido lejano. El guardagujas dio un brinco, y se puso a hacer señales ridículas y desordenadas con su linterna.

—¿Es el tren? —preguntó el forastero.

El anciano echó a correr por la vía, desaforadamente. Cuando estuvo a cierta distancia, se volvió para gritar:

—¡Tiene usted suerte! Mañana llegará a su famosa estación. ¿Cómo dice que se llama?

—¡X! —contestó el viajero.

En ese momento el viejecillo se disolvió en la clara mañana. Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudentemente, al encuentro del tren.

Al fondo del paisaje, la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento.



LOS OJOS DE JUDAS

1914

ABRAHAM VALDELOMAR

(peruano)

I

El puerto de Pisco aparece en mis recuerdos como una mansísima aldea, cuya belleza serena y extraña acrecentaba el mar. Tenía tres plazas. Una, la principal, enarenada, con una suerte de pequeño malecón, barandado de madera, frente al cual se detenía el carro que hacía viajes «al pueblo»; otra, la desolada plazoleta donde estaba mi casa, que tenía por el lado de oriente una valla de toñuces¹; y la tercera, al sur de la población, en la que había de realizarse esta tragedia de mis primeros años.

En el puerto yo lo amaba todo y todo lo recuerdo porque allí todo era bello y memorable. Tenía nueve años, empezaba el camino sinuoso de la vida, y estas primeras visiones de las cosas, que no se borran nunca, marcaron de manera tan dulcemente dolorosa y fantástica el recuerdo de mis primeros años que así formose el fondo de mi vida triste. A la orilla del mar se piensa siempre; el continuo ir y venir de olas; la perenne visión del horizonte; los barcos que cruzan el mar a lo lejos sin que nadie sepa su origen o rumbo; las neblinas matinales durante las cuales los buques perdidos pitean clamorosamente, como buscándose unos a otros en la bruma, cual ánimas desconso-ladas en un mundo de sombras; las «paracas», aquellos vientos que arrojan a la orilla a los frágiles botes y levantan columnas de polvo monstruosas y livianas; el ruido cotidiano del mar, de tan extraños tonos, cambiantes como las horas; y a veces, en la apacible serenidad marina, el surgir de rugidores animales extraños, tritones pujantes, hinchados, de pequeños ojos y viscosa color, cuyos cuerpos chasquean las aguas al cubrirlos desordenadamente.

¹ Toñuz: hierbas o arbustos frecuentemente aromáticos.

En las tardes, a la caída del sol, el viaje de los pájaros marinos que vuelven del norte, en largos cordones, en múltiples líneas, escribiendo en el cielo no sé qué extrañas palabras. Ejércitos inmensos de viajeros de ignotas regiones, de inciertos parajes que van hacia el sur agitando rítmicamente sus alas negras, hasta esfumarse, azules, en el oro crepuscular. En la noche, en la profunda oscuridad misteriosa, en el arrullo solemne de las aguas, vanas luces que surgen y se pierden a lo lejos como vidas estériles... En mi casa, mi dormitorio tenía una ventana que daba hacia el jardín cuya única vid desmedrada y raquítica, de hojas carcomidas por el salitre, serpenteaba agarrándose en los barrotes oxidados. Al despertar abría yo los ojos y contemplaba, tras el jardín, el mar. Por allí cruzaban los vapores con su plumiza cabellera de humo que se diluía en el cielo azul. Otros llegaban al puerto, creciendo poco a poco, rodeados de gaviotas que flotaban a su lado como copos de espuma y, ya fondeados, los rodeaban pequeños botecillos ágiles. Eran entonces los barcos como cadáveres de insectos, acosados por hormigas hambrientas.

Levantábame después del beso de mi madre, apuraba el café humeante en la taza familiar, tomaba mi cartilla e íbame a la escuela por la ribera. Ya en el puerto, todo era luz y movimiento. La pesada locomotora, crepitante, recorría el muelle. Chirriaban como desperezándose los rieles enmohecidos, alistaban los pescadores sus botes, los fleteros empujaban sus carros en los cuales los fardos de algodón hacían pirámide, sonaba la alegre campana del «cohecito»; cruzaban en sus asnos pacientes y lanudos, sobre los hatos de alfalfa, verde y florecida en azul, las mozas del pueblo; llevaban otras en cestos de caña brava la pesca de la víspera, y los empleados, con sus gorritas blancas de viseras negras, entraban al resguardo, a la capitania, a la aduana y a la estación del ferrocarril. Volvía yo antes del mediodía de la escuela por la orilla cogiendo conchas, huesos de aves marinas, piedras de rara color, plumas de gaviotas y yuyos que eran cintas multicolores y transparentes como vidrios ahumados, que arrojaba el mar.

II

Mi padre, que era empleado en la Aduana, tenía un hermoso tipo moreno. Faz tranquila, brillante mirada, bigote pródigo. Los días de llegada de algún vapor vestíase de blanco y en la falúa rápida, brillante y liviana, en cuya popa agitada por el viento ondeaba la bandera, iba mar afuera a recibirlo. Mi madre era dulcemente triste. Acostumbraba llevarnos todas las tardes a mi hermanita y a mí a la orilla a ver morir el sol. Desde allí se veía el muelle, largo, con

sus aspas monótonas, sobre las que se elevaban las efes de sus columnas, que en los cuadernos, en la escuela, nosotros pintábamos así:

f f f f

xxxxxxx

Pues de los ganchitos de las efes pendían los faroles por las noches. Mi padre volvía por el muelle, al atardecer, nos buscaba desde lejos, hacíamos señales con los pañuelos y él perdíase un momento tras de las oficinas al llegar a tierra para reaparecer a nuestro lado. Juntos veíamos entonces «la procesión de las luces» cuando el sol se había puesto y el mar sonaba ya con el canto nocturno muy distinto del canto del día. Después de la procesión, regresábamos a casa y durante la comida papá nos contaba todo lo que había hecho en la tarde.

Aquel día, como de costumbre, habíamos ido a ver la caída del sol y a esperar a papá. Mientras mi madre sobre la orilla contemplaba silenciosa el horizonte, nosotros jugábamos a su lado, con los zapatos enarenados, fabricando fortalezas de arena y piedras, que destruían las olas al desmayarse junto a sus muros, dejando entre ellos su blanquísima espuma. Lentamente caía la tarde. De pronto mamá descubrió un punto en el lejano límite del mar.

—¿Ven ustedes? —nos dijo preocupada—, ¿no parece un barco?

—Sí, mamá —respondí—. Parece un barco...

—¿Vendrá papá? —interrogó mi hermana.

—Él no comerá hoy con nosotros, seguramente —agregó mi madre—. Tendrá que recibir ese barco. Vendrá de noche. El mar está muy bravo —y suspiró entristecida...

El sol se ahogó en sangre en el horizonte. El barco se divisó perfectamente recortado en el fondo ocre. Sobre el puerto cayó la noche. En silencio emprendimos la vuelta a casa, mientras encendían el faro del muelle y desfilaron «la procesión de las luces».

Así decíamos a un carro lleno de faroles que salía de la capitanía y era conducido sobre el muelle por un marinero, quien a cada cincuenta metros se detenía, colocando sobre cada poste un farol hasta llegar al extremo del muelle extendido y lineal; mas, como esta operación hacíase entrada la noche, solo se veían avanzando sobre el mar, las luces, sin que el hombre ni el carro ni el muelle se viesan, lo que daba a ese fanal un aspecto extraño y quimérico en la profunda oscuridad de esas horas.

Parecía aquel carro un buque fantasma que flotara sobre las aguas muertas. A cada cincuenta metros se detenía, y una luz suspendida por invisible mano iba a colgarse en lo alto de un poste, invisible también. Así, a medida que el carro avanzaba, las luces iban quedando inmóviles en el espacio como estrellas sangrientas; y el fanal iba disminuyendo su brillo y

dejando sus luces a lo largo del muelle, como una familia cuyos miembros fueran muriendo sucesivamente de una misma enfermedad. Por fin la última luz se quedaba oscilando al viento, muy lejos, sobre el mar que rugía en las profundas tinieblas de la noche.

Cuando se colgó el último farol, nosotros, cogidos de la mano de mi madre, abandonamos la playa tornando al hogar. La criada nos puso los delantales blancos. La comida fue en silencio. Mamá no tomó nada. Y en el mutismo de esa noche triste, yo veía que mamá no quitaba la vista del lugar que debía ocupar mi padre, que estaba intacto con su servilleta doblada en el aro, su cubierto reluciente y su invertida copa. Todo inmóvil. Solo se oía el chocar de los cubiertos con los platos o los pasos apagados de la sirvienta, o el rumor que producía el viento al doblar los árboles del jardín. Mamá solo dijo dos veces con su voz dulce y triste:

—Niño, no se toma así la cuchara...

—Niña, no se come tan de prisa...

III

Papá debió volver muy tarde, porque cuando yo desperté en mi cama, sobresaltado al oír una exclamación, sonaron frías, lejanas, las dos de la madrugada. Yo no oí en detalle la conversación de mis padres; pero no puedo olvidar algunas frases que se me han quedado grabadas profundamente.

—¡Quién lo hubiera creído! —decía papá—. Tú conoces a Luisa, sabes cuán honorable y correcto es su marido...

—¡No es posible, no es posible! —respondió mi madre, con voz medrosa.

—Ojalá no lo fuese. Lo cierto es que Fernando está preso; el juez cogió al niño y amenazó a Luisa con detenerlo si ella no decía la verdad, y ya ves, la pobre mujer lo ha declarado todo. Dijo que Fernando había venido a Pisco con el exclusivo objeto de perseguir a Kerr, pues había jurado matarlo por una vieja cuestión de honor...

—¿Y ella ha delatado a su marido? ¡Qué horrible traición, qué horrible!

—¿Y qué cuestión ha sido esa?...

—No ha querido decirlo. Pero, admírate. Esto ha ocurrido a las cuatro de la tarde; Kerr ha muerto a las cinco a consecuencia de la herida, y cuando trasladaban su cadáver se promovió en la calle un gran tumulto, oímos gritos y exclamaciones terribles, fuimos hacia allí y hemos visto a Luisa gritar, mesarse los cabellos y, como loca, llamar a su hijo. ¡Se lo habían robado!

—¿Le han robado a su hijo?

Sentí los sollozos de mi madre. Asustado me cubrí la cabeza con la sá-

bana y me puse a rezar, inconsciente y temeroso, por todos esos desdichados a quienes no conocía.

— *Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres...*

Al día siguiente, de mañana, trajeron una carta con un margen de luto muy grande y papá salió a la calle vestido de negro.

IV

Recuerdo que al salir de la población, pasé por la plazuela que está al fin del barrio Del Castillo y empecé a alejarme en la curva de la costa hacia San Andrés, entretenido en coger caracoles, plumas y yerbas marinas. Anduve largo rato y pronto me encontré en la mitad del camino. Al norte, el puerto ya lejano de Pisco aparecía envuelto en un vapor vibrante, veíanse las casas muy pequeñas, y los pinos, casi borrados por la distancia, elevábanse apenas. Los barcos del puerto tenían un aspecto de abandono, cual si estuvieran varados por el viento del sur. El muelle parecía entrar apenas en el mar. Recorrí con la mirada la curva de la costa que terminaba en San Andrés. Ante la soledad del paisaje, sentí cierto temor que me detuvo. El mar sonaba apenas. El sol era tibio y acariciador. Una ave marina apareció a lo lejos, la vi venir muy alto, muy alto, bajo el cielo, sola y serena como una alma; volaba sin agitar las alas, deslizándose suavemente, arriba, arriba. La seguí con la mirada, alzando la cabeza, y el cielo me pareció abovedado, azul e inmenso, como si fuera más grande y más hondo y mis ojos lo miraran más profundamente.

El ave se acercaba, volví la cara y vi la campiña tierra adentro, pobre, alargándose en una faja angosta, detrás de la cual comenzaba el desierto vasto, amarillo, monótono, como otro mar de pena y desolación. Una ráfaga ardiente vino de él hacia el mar.

En medio de esa hora me sentí solo, aislado, y tuve la idea de haberme perdido en una de esas playas desconocidas y remotas, blancas y solitarias donde van las aves a morir. Entonces sentí el divino prodigio del silencio; poco a poco se fue callando el rumor de las olas, yo estaba inmóvil en la curva de la playa y al apagarse el último ruido del mar, el ave se perdió a lo lejos. Nada acusaba ya a la Humanidad ni a la vida. Todo era mudo y muerto. Solo quedaba un zumbido en mi cerebro que fue extinguiéndose, hasta que sentí el silencio, claro, instantáneo, preciso. Pero solo fue un segundo. Un extraño sopor me invadió luego, me acosté en la arena, llevé mi vista hacia el sur, vi una silueta de mujer que aparecía a lo lejos, y mansamente, dulcemente, como una sonrisa, se fue borrando todo, todo, y me quedé dormido.

V

Desperté con la idea de la mujer que había visto al dormirme, pero en vano la buscaron mis ojos, no estaba por ninguna parte. Seguramente había dormido mucho, y durante mi sueño, la desconocida, que tenía un vestido blanco, había podido recorrer toda la playa. Observé, sin embargo, los pasos que venían por la orilla. Menudos rastros de mujer que el mar había borrado en algunos sitios, circundaban el lugar donde yo me había dormido y seguían hacia el puerto.

Pensativo y medroso no quise avanzar a San Andrés. El sol iba a ponerse ya, y restregándome los ojos, siguiendo los rastros de la desconocida, emprendí la vuelta por la orilla. En algunos puntos el mar había borrado las huellas, buscábalas yo, adivinándolas casi, y por fin las veía aparecer sobre la arena húmeda. Recogí una conchita rara, la eché en mi bolsillo y mi mano tropezó con un extraño objeto. ¿Qué era? Una medalla de la Purísima, de plata, pendiendo de una cadena delgada, larga y fría. Examiné mucho el objeto y me convencí de que alguien lo había puesto en mi bolsillo. Tuve una sospecha, la mujer; quise arrojarle, pero me detuve.

Guardé la medalla y cavilando en el hallazgo, llegué a casa cuando el sol se ponía. Mi curiosidad hizo que callara y ocultara el objeto; y al día siguiente, martes de Semana Santa, a la misma hora, volví. El mar durante la noche había borrado las huellas donde me acostara la víspera, pero aproximadamente elegí un sitio y me recosté. No tardó en aparecer la silueta blanca. Sentí un violento golpe en el corazón y un indecible temor. Y sin embargo tenía una gran simpatía por la desconocida que vestida de blanco se acercaba.

El miedo me vencía, quería correr y luchaba por quedarme. La mujer se acercaba cada vez más. Me miró desde lejos, quise irme aún; pero ya era tarde. El miedo y luego la apacible mirada de aquella mujer me lo impedían. Acercóse la señora. Yo, de pie, quitándome la gorra, le dije:

—Buenas tardes, señora...

—¿Me conoces?...

—Mamá me ha dicho que se debe saludar a las personas mayores...

La señora me acarició sonriendo tristemente y me preguntó:

—¿Te gusta mucho el mar?

—Sí, señora. Vengo todas las tardes.

—¿Y te quedas dormido?...

—¿Usted vino ayer, señora?...

—No; pero cuando los niños se quedan dormidos a la orilla del mar, y son buenos, viene un ángel y les regala una medalla. ¿A ti te ha regalado el ángel?...

Yo sonreí incrédulo; la dama lo comprendió, y conversando, perdido el temor hacia la señora vestida de blanco, cogido de su mano, emprendí la vuelta a la población.

Al llegar a la plazuela Del Castillo, vimos unos hombres que levantaban una especie de torre de cañas.

—¿Qué hacen esos hombres? —me preguntó la señora.

—Papá nos ha dicho que están preparando el castillo para quemar a Judas el Sábado de Gloria.

—¿A Judas? ¿Quién te ha dicho eso? —Y abrió desmesuradamente los ojos.

—Papá dice que Judas tiene que venir el sábado por la noche y que todos los hombres del pueblo, los marineros, los trabajadores del muelle, los cargadores de la estación, van a quemarlo, porque Judas es muy malo... Papá nos traerá para que lo veamos...

—¿Y tú sabes por qué lo queman?...

—Sí, señora. Mamá dice que lo queman porque traicionó al Señor...

—¿Y no te da pena que lo quemen?...

—No, señora. Que lo quemen. Por él los judíos mataron a nuestro Señor Jesucristo. Si él no lo hubiese vendido, ¿cómo habrían sabido quién era los judíos?...

La señora no contestó. Seguimos en silencio hasta la población. Los hombres se quedaron trabajando y al despedirse la señora blanca me dio un beso y me preguntó:

—Dime, ¿tú no perdonarías a Judas?...

—No, señora blanca; no lo perdonaría.

La dama se marchó por la orilla oscura y yo tomé el camino de mi casa. Después de la comida me acosté.

VI

Estuve varios días sin volver a la playa, pero el Sábado de Gloria en que debían quemar a Judas, salí a la playa para dar un paseo y ver en la plaza el cuerpo del criminal, pues según papá, ya estaba allí esperando su castigo el traidor, rodeado de marineros, cargadores, hombres del pueblo y pescadores de San Andrés. Salí a las cuatro de la tarde y me fui caminando por la orilla. Llegué al sitio donde Judas, en medio del pueblo, se elevaba, pero le tenían cubierto con una tela y solo se le veía la cabeza. Tenía dos ojos enormes, abiertos, iracundos, pero sin pupilas y la inexpresiva mirada se tendía sobre la inmensidad del mar. Seguí caminando y al llegar a la mitad de la curva, distinguí a la señora blanca que venía del lado de San Andrés. Pronto llegó

hasta mí. Estaba pálida y me pareció enferma. Sobre su vestido blanco y bajo el sombrero alón, su rostro tenía una palidez de marfil. ¡Era tan blanca! Sus facciones afiladas parecían no tener sangre; su mirada era húmeda, amorosa y penetrante. Hablamos largo rato.

—¿Has visto a Judas?

—Lo he visto, señora blanca...

—¿Te da miedo?...

—Es horrible... A mí me da mucho miedo...

—¿Y ya le has perdonado?...

—No, señora, yo no lo perdono. Dios se resentiría conmigo si le perdonase... ¿Usted viene esta noche a verlo quemar?...

—Sí.

—¿A qué hora?...

—Un poco tarde. ¿Tú me reconocerías de noche?... ¿No te olvidarías de mi cara? Fíjate bien —y me miró extrañamente—. Fíjate bien en mi cara... Yo vendré un poco tarde... Dime, ¿le has visto tú los ojos a Judas?...

—Sí, señora. Son inmensos, blancos, muy blancos...

—¿Dónde miran?...

—Al mar...

—¿Estás seguro? ¿Miran al mar? ¿Te has fijado bien?...

—Sí, señora blanca, miran al mar...

Sobre la arena donde nos habíamos sentado, la señora miró largamente el océano. Un momento permaneció silenciosa y luego ocultó su cara entre las manos. Aún me pareció más pálida.

—Vamos —me dijo.

Yo la seguí. Caminamos en silencio a través de la playa, pero al acercarnos a la plazuela donde estaba el cuerpo de Judas, la señora se detuvo y mirando al suelo, me dijo:

—Fíjate bien en él... Me vas a contar adónde mira. Fíjate bien... Fíjate bien.

Y al pasar ante el cuerpo, ella volvió la cara hacia el mar, para no ver la cara de Judas. Parecía temblar su mano, que me tenía cogido por el brazo, y al alejarnos me decía:

—Fíjate adónde mira, de qué color son sus ojos, fíjate, fíjate...

Pasamos. Yo tenía miedo. Sentí temblar fuertemente a la señora, que me preguntó nuevamente:

—¿Dónde miran los ojos?

—Al mar, señora blanca... Bien lejos, bien lejos...

Ya era tarde. La noche empezó a caer y las luces de los barcos se anunciaron débilmente en la bahía. Al llegar a la altura de mi casa, la señora me

dio un beso en la frente, un beso muy largo, y me dijo:

—¡Adiós!

La noche tenía un color brumoso, pero no tan negro como otras veces. Avancé hasta mi casa pensativo, y encontré a mi madre llorando, porque debía salir un barco a esa hora y papá debía ir a despacharlo. Nos sentamos a la mesa. Allí se oía rugir el mar, poderoso y amenazador. Madre no tomó nada y me atreví a preguntarle:

—Mamá, ¿no vamos a ver quemar a Judas?...

—Si papá vuelve pronto. Ahora vamos a rezar...

Nos levantamos de la mesa. Atravesamos el patiecillo. Mi hermana se había dormido y la criada la llevaba en brazos. La luna se dibujaba opacamente en el cielo. Llegamos al dormitorio de mi madre y ante el altar, donde había una Virgen del Carmen muy linda, nos arrodillamos. Iniciamos el rezo. Mamá decía en su oración:

—Por los caminantes, navegantes, cautivos cristianos y encarcelados...

Sentimos, inusualmente, ruidos, carreras, voces y lamentaciones. Las gentes corrían gritando y de pronto oímos un sonido estridente, característico, como el pitear de un buque perdido. Una voz gritó cerca de la puerta:

—¡Un naufragio!

Salimos despavoridos, en carrera loca, hacia la calle. El pueblo corría hacia la ribera. Mamá empezó a llorar. En ese momento apareció mi padre y nos dijo:

—Un naufragio. Hace una hora que he despachado el buque. Seguramente ha encallado...

El buque llamaba con un silbido doloroso, como si se quejara de un agudo dolor, implorante, solemne, frío. La luna seguía opacada. Salimos todos a la playa y pudimos ver que el barco hacía girar un reflector y que del muelle salían unos botes en su ayuda.

El pueblo se preparaba. Estaba reunido alrededor de la orilla, alistaba febrilmente sus embarcaciones, algunos habían sacado linternas y farolillos y auscultaban el aire. Una voz ronca recorría la playa como una ola, pasaba de boca en boca y estallaba:

—¡Un naufragio!

Era el eterno enemigo de la gente del mar, de los pescadores, que se lanzaban en los frágiles botes, de las mujeres que los esperaban temerosas, a la caída de la tarde; el eterno enemigo de todos los que viven a la orilla... El terrible enemigo contra el que luchan todas las creencias y supersticiones de los pueblos costaneros; que surge de repente, que a veces es el molino desconocido y siniestro que lleva a los pescadores hacia un vórtice extraño y no los deja volver más a la costa; otras veces el peligro surge en forma de

viento que aleja de la costa las embarcaciones para perderlas en la inmensidad azul y verde del mar. Y siempre que aparece este espíritu desconocido y sorprendente las gentes sencillas vibran y oran al apóstol pescador, su patrón y guía, porque seguramente alguna vida ha sido sacrificada.

Aún oímos el rumor de las gentes del mar. Cuando empezó a retirarse, se apagaron los reflectores y el piteo cesó. Nadie comprendía por qué el barco se alejaba; pero cuando este se perdía hacia el sur, todo el pueblo, pensativo, silencioso e inmenso, regresó por las calles y se encaminó a la plaza en la que Judas iba a ser sacrificado. Mamá no quiso ir, pero papá y yo fuimos a verle.

Caminamos todo el barrio Del Castillo y al terminarlo y entrar a la plazoleta, la fiesta se anunció con una viva luz sangrienta. A los pies de Judas ardía una enorme y roja llamarada que hacía nubes de humo y que iluminaba por dentro el deforme cuerpo del condenado, a quien yo quería ver de frente.

Pero al verlo tuve miedo. Miedo de sus grandes ojos que se iluminaban de un tono casi rosado. Busqué entre los que nos rodeaban a la señora blanca, pero no la vi. La plaza estaba llena, el pueblo la ocupaba toda y de pronto, de la casa que estaba a la espalda de Judas y que daba frente al mar, salieron varios hombres con hachones encendidos y avanzaron entre la multitud hacia Judas.

—¡Ya lo van a quemar! —gritó el pueblo. Los hombres llegaron. Los hachones besaron los pies del traidor y una llama inmensa apareció violentamente. Acercaron un barril de alquitrán y la llamarada aumentó.

Entonces fue el prodigio. Al encenderse el cuerpo de Judas, los ojos con el reflejo de la luz tornáronse rojos, con un rojo iracundo y amenazador; y como si toda aquella gente semiperdida en la oscuridad y en las llamas, hubiera pensado en los ojos del ajusticiado, siguió la mirada sangrienta de este que fue a detenerse en el mar. Un punto negro había al final de la mirada que casi todo el pueblo señaló. Un golpe de luz de la luna iluminó el punto lejano y el pueblo, que aquella noche estaba como poseído de una extraña preocupación, gritó abandonando la plaza y lanzándose a la orilla:

—¡Un ahogado, un ahogado!...

Se produjo un tumulto horrible. Un clamor general que tenía algo de plegaria y de oración, de maldición pavorosa y de tragedia, se elevó hacia el mar, en esa noche sangrienta.

—¡Un ahogado!

El punto era traído mansamente por las olas hacia la playa. Al grito unánime siguió un silencio absoluto en el que podía percibirse el nudo manso del mar. Cada uno de los allí presentes esperaba la llegada del desconoci-

do cadáver, con un presentimiento doloroso y silente. La luna empezó a clarear. Debía ser muy tarde y por fin se distinguió un cadáver ya muy cerca de la orilla, que parecía tener encima una blanca sábana. La luna tuvo una coloración violeta y alumbró aún el cadáver que poco a poco iba acercándose.

—¡Un marinero! —gritaron algunos.

—¡Un niño! —dijeron otros.

—¡Una mujer! —exclamaron todos. Algunos se lanzaron al mar y sacaron el cadáver a la orilla. El pueblo se agrupó al derredor. Le clavaban las luces de las linternas, se peleaban por verle, pero como allí en la orilla no hubiese luz bastante, lo cargaron y lo llevaron hacia los pies de Judas que aún ardía en el centro de la plaza. Todo el pueblo volvía a ella y con él yo —cogido siempre de la mano de papá—. Llegaron, colocaron en tierra el cadáver y ardió el último resto del cuerpo de Judas quedando solo la cabeza, cuyos dos ojos ya no miraban a ningún lugar sino a todos. Yo tenía una extraña curiosidad por ver el cadáver. Mi padre seguramente no deseaba otra cosa, hizo abrir sitio y como las gentes de mar lo conocían y respetaban, le hicieron pasar y llegamos hasta él.

Vi un grupo de hombres todos mojados, con la cabeza inclinada teniendo en la mano sus sombreros, silenciosos, rodeando el cadáver, vestido de blanco, que estaba en el suelo. Vi las telas destrozadas y el cuerpo casi desnudo de una mujer. Fue una horrible visión que no olvido nunca. La cabeza echada hacia atrás, cubierto el rostro con el cabello desgreñado. Un hombre de esos se inclinó, descubrió la cara y entonces tuve la más horrible sensación de mi vida. Di un grito extraño, inconsciente, y me abracé a las piernas de mi padre.

—¡Papá, papá, si es la *señora blanca*! ¡La *señora blanca*, papá!...

Creí que el cadáver me miraba, que me reconocía; que Judas ponía sus ojos sobre él y di un segundo grito más fuerte y terrible que el primero.

—¡Sí; perdono a Judas, *señora blanca*, sí, lo perdono!...

Padre me cogió como loco, me apretó contra su pecho, y yo, con los ojos muy abiertos, vi mientras que mi padre me llevaba, rojos y sangrientos, acusadores, siniestros y terribles, los ojos de Judas que miraban por última vez, mientras el pueblo se desgranaba silencioso y unos cuantos hombres se inclinaban sobre el cadáver blanco.

Ocultábase la luna...



EL DRAGÓN

1955

RAY BRADBURY

(estadounidense)



La noche soplaba en el escaso pasto del páramo. No había ningún otro movimiento. Desde hacía años, en el casco del cielo, inmenso y tenebroso, no volaba ningún pájaro. Tiempo atrás, se habían desmoronado algunos pedruscos convirtiéndose en polvo. Ahora, solo la noche temblaba en el alma de los dos hombres, encorvados en el desierto, junto a la hoguera solitaria; la oscuridad les latía calladamente en las venas, les golpeaba silenciosamente en las muñecas y en las sienas.

Las luces del fuego subían y bajaban por los rostros despavoridos y se volcaban en los ojos como jirones anaranjados. Cada uno de los hombres espiaba la respiración débil y fría y los parpadeos de lagarto del otro. Al fin, uno de ellos atizó el fuego con la espada.

—¡No, idiota, nos delatarás!

—¡Qué importa! —dijo el otro hombre—. El dragón puede oler nos a kilómetros de distancia. Dios, hace frío. Quisiera estar en el castillo.

—Es la muerte, no el sueño, lo que buscamos...

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡El dragón nunca entra en el pueblo!

—¡Cállate, tonto! Devora a los hombres que viajan solos desde nuestro pueblo al pueblo vecino.

—¡Que se los devore y que nos deje llegar a casa!

—¡Espera, escucha!

Los dos hombres se quedaron quietos.

Aguardaron largo tiempo, pero solo sintieron el temblor nervioso de la piel de los caballos, como tamboriles de terciopelo negro que repicaban en las argollas de plata de los estribos, suavemente, suavemente.

—Ah... —el segundo hombre suspiró—. Qué tierra de pesadillas. Todo sucede aquí. Alguien apaga el sol; es de noche. Y entonces, y *entonces*, ¡oh,

Dios, escucha! Este dragón, dicen que tiene ojos de fuego, y un aliento de gas blanquecino; se le ve arder a través de los páramos oscuros. Corre echando rayos y azufre, quemando el pasto. Las ovejas aterradas, enloquecen y mueren. Las mujeres dan a luz criaturas monstruosas. La furia del dragón es tan inmensa que los muros de las torres se conmueven y vuelven al polvo. Las víctimas, a la salida del Sol, aparecen dispersas aquí y allá, sobre los cerros. ¿Cuántos caballeros, pregunto yo, habrán perseguido a este monstruo y habrán fracasado, como fracasaremos también nosotros?

—¡Suficiente, te digo!

—¡Más que suficiente! Aquí, en esta desolación, ni siquiera sé en qué año estamos.

—Novecientos años después de Navidad.

—No, no —murmuró el segundo hombre con los ojos cerrados—. En este páramo no hay Tiempo, hay solo Eternidad. Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo habría desaparecido, la gente no habría nacido todavía, las cosas estarían cambiadas, los castillos no tallados aún en las rocas, los maderos no cortados aún en los bosques; no preguntes cómo sé; el páramo sabe y me lo dice. Y aquí estamos los dos, solos, en la comarca del dragón de fuego. ¡Que Dios nos ampare!

—¡Si tienes miedo, ponte tu armadura!

—¿Para qué? El dragón sale de la nada; no sabemos dónde vive. Se desvanece en la niebla; quién sabe a dónde va. Ay, vistamos nuestra armadura, moriremos ataviados.

Enfundado a medias en el corselete de plata, el segundo hombre se detuvo y volvió la cabeza.

En el extremo de la oscura campiña, henchido de noche y de nada, en el corazón mismo del páramo, sopló una ráfaga arrastrando ese polvo de los relojes que usaban polvo para contar el tiempo. En el corazón del viento nuevo había soles negros y un millón de hojas carbonizadas, caídas de un árbol otoñal, más allá del horizonte. Era un viento que fundía paisajes, modelaba los huesos como cera blanda, enturbiaba y espesaba la sangre, depositándola como barro en el cerebro. El viento era mil almas moribundas, siempre confusas y en tránsito, una bruma en una niebla de la oscuridad; y el sitio no era sitio para el hombre y no había año ni hora, sino solo dos hombres en un vacío sin rostro de heladas súbitas, tempestades y truenos blancos que se movían por detrás de un cristal verde; el inmenso ventanal descendente, el relámpago. Una ráfaga de lluvia anegó la hierba; todo se desvaneció y no hubo más que un susurro sin aliento y los dos hombres que aguardaban a solas con su propio ardor, en un tiempo frío.

—Mira... —murmuró el primer hombre—. Oh, mira, *allá...*

A kilómetros de distancia, precipitándose, un cántico y un rugido: el dragón.

Los hombres vistieron las armaduras y montaron los caballos, en silencio. Un monstruoso ronquido quebró la medianoche desierta, y el dragón, rugiendo, se acercó y se acercó todavía más. La deslumbrante mirada amarilla apareció de pronto en lo alto de un cerro, y en seguida, desplegando un cuerpo oscuro, lejano, impreciso, pasó por encima del cerro y se hundió en un valle.

—¡Pronto!

Espolearon las cabalgaduras hasta un claro.

—¡Por aquí pasa!

Los guanteletes empuñaron las lanzas y las viseras cayeron sobre los ojos de los caballos.

—¡Señor!

—Sí; invoquemos su nombre.

En ese instante, el dragón rodeó un cerro. El monstruoso ojo ambarino se clavó en los hombres, iluminando las armaduras con destellos y resplandores bermejos. Hubo un terrible alarido quejumbroso, y con ímpetu demolidor, la bestia prosiguió su carrera.

—¡Dios misericordioso!

La lanza golpeó bajo el ojo amarillo sin párpado y el hombre voló por el aire. El dragón se le abalanzó, lo derribó, lo aplastó y el hombre negro lanzó al otro jinete a unos treinta metros de distancia, contra la pared de una roca. Gimiendo, gimiendo siempre, el dragón pasó, vociferando, todo fuego alrededor y debajo: un sol rosado, amarillo, naranja, con plumones suaves de humo enceguedor.

—¿Viste? —gritó una voz—. ¿No te lo había dicho?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Un caballero con armadura! ¡Lo atropellamos!

—¿Vas a detenerte?

—Me detuve una vez; no encontré nada. No me gusta detenerme en este páramo. Me pone la carne de gallina. No sé que siento.

—Pero atropellamos *algo*.

—El tren silbó un buen rato; el hombre no se movió.

Una ráfaga de humo dividió la niebla.

—Llegaremos a Stokel a horario. Más carbón, ¿eh, Fred?

Un nuevo silbido, que desprendió el rocío del cielo desierto. El tren nocturno, de fuego y furia, entró en un barranco, trepó por una ladera y se perdió a lo lejos sobre la tierra helada, hacia el norte, desapareciendo para siempre y dejando un humo negro y un vapor que pocos minutos después se disolvieron en el aire quieto.



EL HIJO

1928

HORACIO QUIROGA

(uruguayo)



Es un poderoso día de verano en Misiones, con todo el sol, el calor y la calma que puede deparar la estación. La naturaleza, plenamente abierta, se siente satisfecha de sí.

Como el sol, el calor y la calma ambiente, el padre abre también su corazón a la naturaleza.

—Ten cuidado, chiquito —dice a su hijo, abreviando en esa frase todas las observaciones del caso y que su hijo comprende perfectamente.

—Sí, papá —responde la criatura mientras coge la escopeta y carga de cartuchos los bolsillos de su camisa, que cierra con cuidado.

—Vuelve a la hora de almorzar —observa aún el padre.

—Sí, papá —repite el chico.

Equilibra la escopeta en la mano, sonrío a su padre, lo besa en la cabeza y parte. Su padre lo sigue un rato con los ojos y vuelve a su quehacer de ese día, feliz con la alegría de su pequeño.

Sabe que su hijo es educado desde su más tierna infancia en el hábito y la precaución del peligro, puede manejar un fusil y cazar no importa qué. Aunque es muy alto para su edad, no tiene sino trece años. Y parecía tener menos, a juzgar por la pureza de sus ojos azules, frescos aún de sorpresa infantil.

No necesita el padre levantar los ojos de su quehacer para seguir con la mente la marcha de su hijo. Ha cruzado la picada roja y se encamina rectamente al monte a través del abra de espartillo.

Para cazar en el monte —caza de pelo— se requiere más paciencia de la que su cachorro puede rendir. Después de atravesar esa isla de monte, su hijo costeará la linde de cactus hasta el bañado, en procura de palomas, tucanes o tal cual casal de garzas, como las que su amigo Juan ha descubierto días anteriores.

Solo ahora, el padre esboza una sonrisa al recuerdo de la pasión cinegética de las dos criaturas. Cazan solo a veces un yacútoro¹, un surucúa² — menos aún— y regresan triunfales, Juan a su rancho con el fusil de nueve milímetros que él le ha regalado, y su hijo a la meseta con la gran escopeta Saint-Étienne, calibre 16, cuádruple cierre y pólvora blanca.

Él fue lo mismo. A los trece años hubiera dado la vida por poseer una escopeta. Su hijo, de aquella edad, la posee ahora y el padre sonrío...

No es fácil, sin embargo, para un padre viudo, sin otra fe ni esperanza que la vida de su hijo, educarlo como lo ha hecho él, libre en su corto radio de acción, seguro de sus pequeños pies y manos desde que tenía cuatro años, consciente de la inmensidad de ciertos peligros y de la escasez de sus propias fuerzas.

Ese padre ha debido luchar fuertemente contra lo que él considera su egoísmo. ¡Tan fácilmente una criatura calcula mal, sienta un pie en el vacío y se pierde un hijo! El peligro subsiste siempre para el hombre en cualquier edad; pero su amenaza amengua si desde pequeño se acostumbra a no contar sino con sus propias fuerzas.

De este modo ha educado el padre a su hijo. Y para conseguirlo ha debido resistir no solo a su corazón, sino a sus tormentos morales; porque ese padre, de estómago y vista débiles, sufre desde hace un tiempo de alucinaciones.

Ha visto, concretados en dolorosísima ilusión, recuerdos de una felicidad que no debía surgir más de la nada en que se recluyó. La imagen de su propio hijo no ha escapado a este tormento. Lo ha visto una vez rodar envuelto en sangre cuando el chico percutía en la morsa del taller una bala de *parabellum*, siendo así que lo que hacía era limar la hebilla de su cinturón de caza. Horrible caso... Pero hoy, con el ardiente y vital día de verano, cuyo amor a su hijo parece haber heredado, el padre se siente feliz, tranquilo y seguro del porvenir. En ese instante, no muy lejos, suena un estampido.

—La Saint-Étienne... —piensa el padre al reconocer la detonación. Dos palomas de menos en el monte...

Sin prestar más atención al nimio acontecimiento, el hombre se abstraer de nuevo en su tarea.

El sol, ya muy alto, continúa ascendiendo. Adónde quiera que se mire —piedras, tierra, árboles—, el aire enrarecido como en un horno, vibra con el calor. Un profundo zumbido que llena el ser entero e impregna el ámbito hasta donde la vista alcanza, concentra a esa hora toda la vida tropical.

El padre echa una ojeada a su muñeca: las doce. Y levanta los ojos al monte. Su hijo debía estar ya de vuelta. En la mutua confianza que depositan el uno en el otro —el padre de sienes plateadas y la criatura de trece años—, no se engañan jamás. Cuando su hijo responde: «Sí, papá», hará lo que dice. Dijo que volvería antes de las doce, y el padre ha sonreído al verlo partir.

¹ Yacútoro: ave pequeña de colores negro y rojo, ubicadas en Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador, Guyana, Paraguay, Perú y Venezuela.

² Surucúa: ave pequeña, cuyo hábitat son los bosques húmedos. Se encuentra en Argentina, Brasil y Paraguay.

Y no ha vuelto.

El hombre torna a su quehacer, esforzándose en concentrar la atención en su tarea. ¡Es tan fácil, tan fácil perder la noción de la hora dentro del monte, y sentarse un rato en el suelo mientras se descansa inmóvil!

El tiempo ha pasado; son las doce y media. El padre sale de su taller, y al apoyar la mano en el banco de mecánica sube del fondo de su memoria el estallido de una bala de *parabellum*, e instantáneamente, por primera vez en las tres horas transcurridas, piensa que tras el estampido de la Saint-Étienne no ha oído nada más. No ha oído rodar el pedregullo bajo un paso conocido. Su hijo no ha vuelto y la naturaleza se halla detenida a la vera del bosque, esperándolo.

¡Oh! No son suficientes un carácter templado y una ciega confianza en la educación de un hijo para ahuyentar el espectro de la fatalidad que un padre de vista enferma ve alzarse desde la línea del monte. Distracción, olvido, demora fortuita: ninguno de estos nimios motivos que pueden retardar la llegada de su hijo halla cabida en aquel corazón.

Un tiro, un solo tiro ha sonado, y hace mucho. Tras él, el padre no ha oído un ruido, no ha visto un pájaro, no ha cruzado el abra una sola persona a anunciarle que al cruzar un alambrado, una gran desgracia...

La cabeza al aire y sin machete, el padre va. Corta el abra de espartillo, entra en el monte, costea la línea de cactus sin hallar el menor rastro de su hijo.

Pero la naturaleza prosigue detenida. Y cuando el padre ha recorrido las sendas de caza conocidas y ha explorado el bañado en vano, adquiere la seguridad de que cada paso que da en adelante lo lleva, fatal e inexorablemente, al cadáver de su hijo.

Ni un reproche que hacerse, es lamentable. Solo la realidad fría, terrible y consumada: ha muerto su hijo al cruzar un...

¡Pero dónde, en qué parte! ¡Hay tantos alambrados allí, y es tan, tan sucio el monte...! ¡Oh, muy sucio...! Por poco que no se tenga cuidado al cruzar los hilos con la escopeta en la mano...

El padre sofoca un grito. Ha visto levantarse en el aire... ¡Oh, no es su hijo, no! Y vuelve a otro lado, y a otro y a otro...

Nada se ganaría con ver el color de su tez y la angustia de sus ojos. Ese hombre aún no ha llamado a su hijo. Aunque su corazón clama por él a gritos, su boca continúa muda. Sabe bien que el solo acto de pronunciar su nombre, de llamarlo en voz alta, será la confesión de su muerte.

—¡Chiquito! —se le escapa de pronto. Y si la voz de un hombre de carácter es capaz de llorar, tapémonos de misericordia los oídos ante la angustia que clama en aquella voz.

Nadie ni nada ha respondido. Por las picadas rojas de sol, envejecido en diez años, va el padre buscando a su hijo que acaba de morir.

—¡Hijito mío..! ¡Chiquito mío..! —clama en un diminutivo que se alza del fondo de sus entrañas.

Ya antes, en plena dicha y paz, ese padre ha sufrido la alucinación de su hijo rodando con la frente abierta por una bala al cromo níquel. Ahora, en cada rincón sombrío del bosque, ve centellos de alambre; y al pie de un poste, con la escopeta descargada al lado, ve a su...

—¡Chiquito...! ¡Mi hijo!

Las fuerzas que permiten entregar un pobre padre alucinado a la más atroz pesadilla tienen también un límite. Y el nuestro siente que las suyas se le escapan, cuando ve bruscamente desembocar de un pique lateral a su hijo.

A un chico de trece años bástale ver desde cincuenta metros la expresión de su padre sin machete dentro del monte para apresurar el paso con los ojos húmedos.

—Chiquito... —murmura el hombre. Y, exhausto, se deja caer sentado en la arena albeante, rodeando con los brazos las piernas de su hijo.

La criatura, así ceñida, queda de pie; y como comprende el dolor de su padre, le acaricia despacio la cabeza:

—Pobre papá...

En fin, el tiempo ha pasado. Ya van a ser las tres. Juntos ahora, padre e hijo emprenden el regreso a la casa.

—¿Cómo no te fijaste en el sol para saber la hora...? —murmura aún el primero.

—Me fijé, papá... Pero cuando iba a volver vi las garzas de Juan y las seguí...

—¡Lo que me has hecho pasar, chiquito!

—Piapiá³... —murmura también el chico.

Después de un largo silencio:

—Y las garzas, ¿las mataste? —pregunta el padre.

—No.

Nimio detalle, después de todo. Bajo el cielo y el aire candentes, a la descubierta por el abra de espartillo, el hombre vuelve a casa con su hijo, sobre cuyos hombros, casi del alto de los suyos, lleva pasado su feliz brazo de padre. Regresa empapado de sudor, y aunque quebrantado de cuerpo y alma, sonrío de felicidad.

Sonrío de alucinada felicidad... Pues ese padre va solo.

A nadie ha encontrado, y su brazo se apoya en el vacío. Porque tras él, al pie de un poste y con las piernas en alto, enredadas en el alambre de púa, su hijo bienamado yace al sol, muerto desde las diez de la mañana.



³ Piapiá: forma familiar de llamar al padre.

LA SENTENCIA

siglo XVI

WU CH'ENG-EN

(chino)

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los árboles en flor. Algo se arrodilló a sus pies y le pidió amparo. El emperador accedió; el suplicante dijo que era un dragón y que los astros le habían revelado que al día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño, el emperador juró protegerlo.

Al despertarse, el emperador preguntó por Wei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio; el emperador lo mandó buscar y lo tuvo atareado el día entero, para que no matara al dragón y hacia el atardecer le propuso que jugaran al ajedrez. La partida era larga, el ministro estaba cansado y se quedó dormido.

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después irrumpieron dos capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron: ¡Cayó del cielo!

Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó: Qué raro, yo soñé que mataba a un dragón así.



ENIGMA

aproximadamente 1990

AMALIA BAUTISTA

(española)



El primer día que salí contigo
dijiste que era extraño tu trabajo.
Nada más. Sin embargo, yo sentía
que mi piel se rasgaba hecha jirones
cada vez que tus manos me rozaban,
y que tus ojos eran como aceros
que hacían que los míos me dolieran.
En adelante siempre fue lo mismo:
tú te enorgullecías de tu arte,
más sutil y directo cada día,
y yo no comprendía nunca nada.
Ahora lo sé. Conozco ya tu oficio:
lanzador de cuchillos. Has lanzado
contra mi corazón el más certero.



EL GUARDAGUJAS

En el cuento «El guardagujas», a través de la descripción del funcionamiento de los trenes, se presenta un país de circunstancias absurdas. Describe tres formas en que estos trenes funcionan y que hacen que sintamos que estamos en un mundo insólito.

Al final del cuento, parece que el viajero va a abordar el tren que necesita. Pero cuando el guardagujas le pregunta por su destino, el viajero le dice otro. ¿Por qué crees que lo hace?

Según el cuento, algunas ciudades se han creado por el sistema de trenes. Hay dos formas en que esto ocurre. Explícalas.

¿Te subirías a un ómnibus o tren que funcionara como el del cuento?, ¿por qué?

LOS OJOS DE JUDAS

En «Los ojos de Judas» se describe la costumbre de la quema de un muñeco que representa a Judas en Semana Santa. ¿Por qué crees que lo queman?

Hay dos narraciones simultáneas: la preparación de la quema del muñeco y la de una señora que ha declarado que su esposo ha cometido un crimen. ¿Qué tienen en común la señora y Judas?

¿Por qué crees que la señora le pregunta al niño, narrador y protagonista de la historia, si perdonaría a Judas?

¿Por qué crees que se hace coincidir el final de la quema del muñeco de Judas con la aparición del cuerpo ahogado de la señora? Explica.

Relee cómo termina el cuento:

«—Sí, perdono a Judas, señora blanca, sí; lo perdono!... Padre me cogió como loco, me apretó contra su pecho, y yo, con los ojos muy abiertos, vi mientras que mi padre me llevaba, rojos y sangrientos, acusadores, siniestros y terribles, los ojos de Judas que miraban por última vez, mientras el pueblo se desgranaba silencioso y unos cuantos hombres se inclinaban sobre el cadáver blanco. Ocultábase la luna...»

¿Por qué dice el protagonista que sí perdona a Judas?

El final del cuento es trágico, ¿cómo crees que ayuda a crear ese ambiente de muerte la última oración del cuento («Ocultábase la luna...»)?



EL DRAGÓN

Al inicio del cuento «El dragón», nos describen a dos personajes que tienen mucho miedo. ¿A qué le temen?

¿Cómo te imaginas a este temido dragón? Dibújalo.

Uno de los personajes dice que en ese sitio no hay Tiempo. Solo Eternidad. Luego dice «Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo habría desaparecido, la gente no habría nacido todavía...». ¿Por qué esto nos sumerge en un mundo de fantasía?

Poco después escuchan y ven venir al dragón. ¿Qué hacen?

El cuento nos muestra la conversación de otros dos personajes que son los conductores de un tren. ¿Cómo sabemos que son ellos los que han atropellado a los personajes que esperaban al dragón?

EL HIJO

El cuento «El hijo», de Horacio Quiroga, nos relata la angustia de un padre por su hijo. El inicio de la historia, sin embargo, habla de un día radiante. Describe en tus propias palabras cómo te imaginas ese día.

Crear a su hijo, siendo viudo, ha significado un gran reto para el padre. ¿Qué teme que le pueda pasar a su hijo?

Para comunicar la angustia del padre por la suerte de su hijo, el narrador repite más de una vez que la naturaleza se ha detenido, ¿qué crees que significa esa expresión?

El narrador da cuenta de que el padre ha encontrado a su hijo. ¿Cómo sugiere que el hijo está vivo? ¿Te convence?

Observa que el penúltimo párrafo del cuento consta de solo dos oraciones: «Sonríe de alucinada felicidad... Pues ese padre va solo».

¿Por qué crees que el autor decidió aislar esas dos oraciones del párrafo final que es más largo?



LA SENTENCIA

En este minicuento, el emperador tiene un sueño que condiciona sus acciones cuando despierta. ¿Qué soñó el emperador? ¿Cómo actuó a partir de ese sueño?

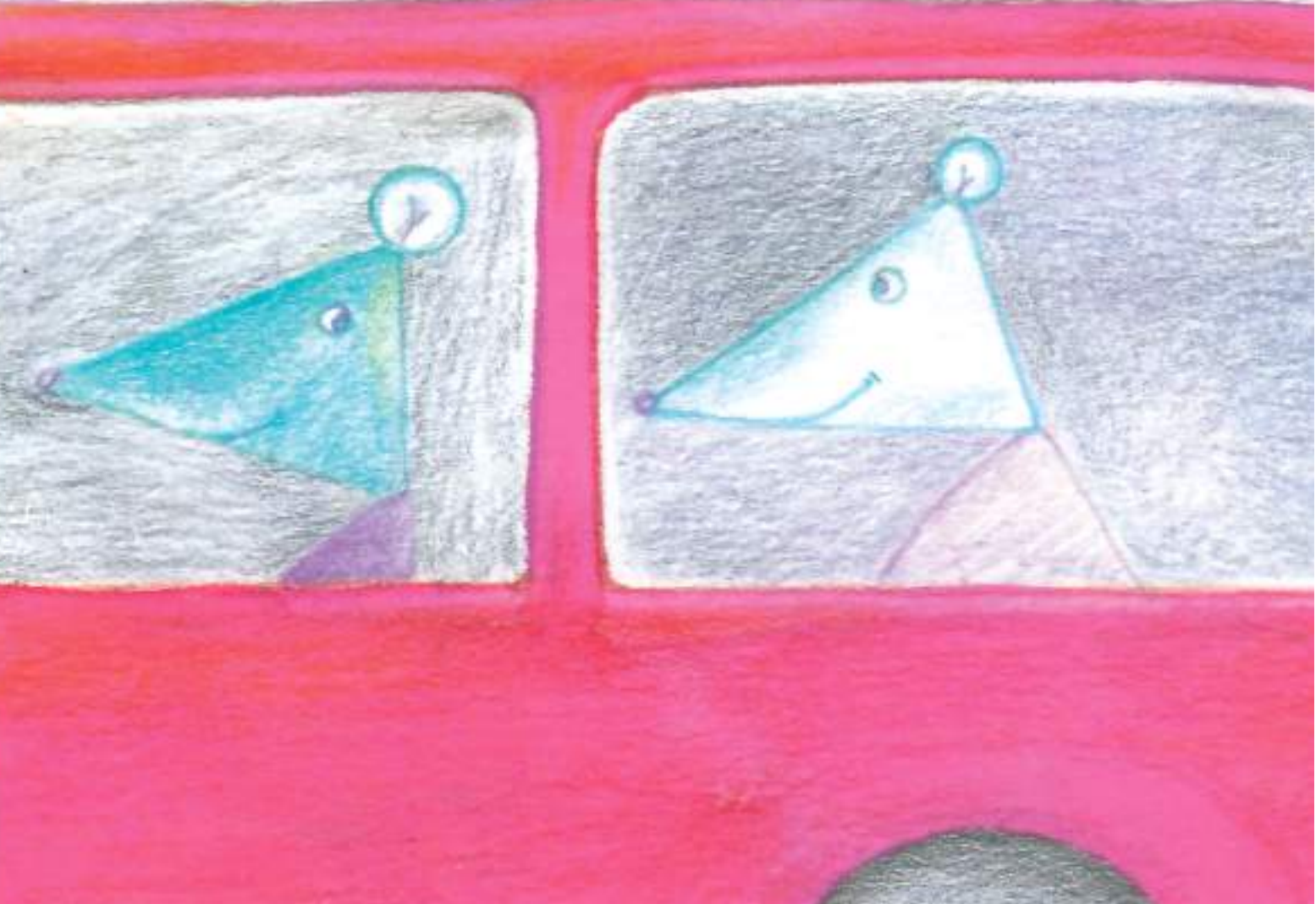
El emperador no fue el único en tener un sueño peculiar. ¿Qué soñó Wei Cheng?

¿Qué crees que sucedió para que aparezca la cabeza del dragón ensangrentada luego de que Wei Cheng se quedó dormido?

ENIGMA

El poema «Enigma» culmina con los siguientes versos: «Ahora lo sé. Conozco ya tu oficio: / lanzador de cuchillos. Has lanzado / contra mi corazón el más certero». ¿A qué situación crees que se refieren?

Rememora algún sueño que hayas tenido. Tal vez no lo recuerdes en todos sus detalles, puedes inventarlos. Imagina que ese sueño se convierte en realidad. ¿Qué podría suceder? Escríbelo.





DISCURSO DEL OSO

1962

JULIO CORTÁZAR

(argentino)



Soy el oso de los caños de la casa, subo por los caños en las horas de silencio, los tubos de agua caliente, de la calefacción, del aire fresco, voy por los tubos de departamento en departamento y soy el oso que va por los caños.

Creo que me estiman porque mi pelo mantiene limpios los conductos, incesantemente corro por los tubos y nada me gusta más que pasar de piso en piso resbalando por los caños. A veces saco una pata por la canilla y la muchacha del tercero grita que se ha quemado, o gruño a la altura del horno del segundo y la cocinera Guillermina se queja de que el aire tira mal. De noche ando callado y es cuando más ligero ando, me asomo al techo por la chimenea para ver si la luna baila arriba, y me dejo resbalar como el viento hasta las calderas del sótano. Y en verano nado de noche en la cisterna picoteada de estrellas, me lavo la cara primero con una mano después con la otra después con las dos juntas, y eso me produce una grandísima alegría.

Entonces resbalo por todos los caños de la casa, gruñendo contento, y los matrimonios se agitan en sus camas y deploran la instalación de las tuberías. Algunos encienden la luz y escriben un papelito para acordarse de protestar cuando vean al portero. Yo busco la canilla que siempre queda abierta en algún piso, por allí saco la nariz y miro la oscuridad de las habitaciones donde viven esos seres que no pueden andar por los caños, y les tengo algo de lástima al verlos tan torpes y grandes, al oír cómo roncan y sueñan en voz alta, y están tan solos. Cuando de mañana se lavan la cara, les acaricio las mejillas, les lamo la nariz y me voy, vagamente seguro de haber hecho bien.



LA PATA DE MONO

1902

WILLIAM WYMARK JACOBS

(inglés)

I

La noche era fría y húmeda, pero en la pequeña sala de Laburnum Villa, los postigos estaban cerrados y el fuego ardía vivamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez; el primero tenía ideas personales sobre el juego y ponía al rey en tan desesperados e inútiles peligros, que provocaba el comentario de la vieja señora que tejía plácidamente junto a la chimenea.

—Oigan el viento —dijo el señor White; había cometido un error fatal y trataba de que su hijo no lo advirtiera.

—Lo oigo —dijo este moviendo implacablemente la reina—. Jaque.

—No creo que venga esta noche —dijo el padre con la mano sobre el tablero.

—Mate —contestó el hijo.

—Esto es lo malo de vivir tan lejos —vociferó el señor White con imprevista y repentina violencia—. De todos los barriales, este es el peor. El camino es un pantano. No sé en qué piensa la gente. Como hay solo dos casas alquiladas, no les importa.

—No te aflijas, querido —dijo suavemente su mujer—, ganarás la próxima vez.

El señor White alzó la vista y sorprendió una mirada de complicidad entre madre e hijo. Las palabras murieron en sus labios y disimuló un gesto de fastidio.

—Ahí viene —dijo Herbert White al oír el golpe del portón y unos pasos que se acercaban. Su padre se levantó con apresurada hospitalidad y abrió la puerta; le oyeron condolerse con el recién venido.

Luego, entraron. El forastero era un hombre fornido, con los ojos salientes y la cara rojiza.

—El sargento mayor Morris —dijo el señor White, presentándolo. El sargento les dio la mano, aceptó la silla que le ofrecieron y observó con satisfacción que el dueño de casa traía whisky y unos vasos y ponía una pequeña pava de cobre sobre el fuego.

Al tercer vaso, le brillaron los ojos y empezó a hablar. La familia miraba con interés a ese forastero que hablaba de guerras, de epidemias y de pueblos extraños.

—Hace veintiún años —dijo el señor White sonriendo a su mujer y a su hijo—. Cuando se fue era apenas un muchacho. Mírenlo ahora.

—No parece haberle sentado tan mal —dijo la señora White amablemente.

—Me gustaría ir a la India —dijo el señor White—. Solo para dar un vistazo.

—Mejor quedarse aquí —replicó el sargento moviendo la cabeza. Dejó el vaso y, suspirando levemente, volvió a sacudir la cabeza.

—Me gustaría ver los viejos templos y faquires y malabaristas —dijo el señor White—. ¿Qué fue, Morris, lo que usted empezó a contarme los otros días, de una pata de mono o algo por el estilo?

—Nada —contestó el soldado apresuradamente—. Nada que valga la pena oír.

—¿Una pata de mono? —preguntó la señora White.

—Bueno, es lo que se llama magia, tal vez —dijo con desgano el sargento.

Sus tres interlocutores lo miraron con avidez. Distraídamente, el forastero llevó la copa vacía a los labios; volvió a dejarla. El dueño de casa la llenó.

—A primera vista, es una patita momificada que no tiene nada de particular —dijo el sargento mostrando algo que sacó del bolsillo.

La señora retrocedió, con una mueca. El hijo tomó la pata de mono y la examinó atentamente.

—¿Y qué tiene de extraordinario? —preguntó el señor White quitándose a su hijo, para mirarla.

—Un viejo faquir le dio poder mágico —dijo el sargento mayor—. Un hombre muy santo... Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres y que nadie puede oponérsele impunemente. Le dio este poder: Tres hombres pueden pedirle tres deseos.

Habló tan seriamente que los otros sintieron que sus risas desentonaban.

—Y usted, ¿por qué no pide las tres cosas? —preguntó Herbert White. El sargento lo miró con tolerancia.

—Las he pedido —dijo, y su rostro curtido palideció.

—¿Realmente se cumplieron los tres deseos? —preguntó la señora White.

—Se cumplieron —dijo el sargento.

—¿Y nadie más pidió? —insistió la señora.

—Sí, un hombre. No sé cuáles fueron las dos primeras cosas que pidió; la tercera fue la muerte. Por eso entré en posesión de la pata de mono.

Habló con tanta gravedad que produjo silencio.

—Morris, si obtuvo sus tres deseos, ya no le sirve el talismán —dijo, finalmente, el señor White—. ¿Para qué lo guarda?

El sargento sacudió la cabeza:

—Probablemente he tenido, alguna vez, la idea de venderlo; pero creo que no lo haré. Ya ha causado bastantes desgracias. Además, la gente no quiere comprarlo. Algunos sospechan que es un cuento de hadas; otros quieren probarlo primero y pagarme después.

—Y si a usted le concedieran tres deseos más —dijo el señor White—, ¿los pediría?

—No sé —contestó el otro—. No sé.

Tomó la pata de mono, la agitó entre el pulgar y el índice y la tiró al fuego. White la recogió.

—Mejor que se quemé —dijo con solemnidad el sargento.

—Si usted no la quiere, Morris, démela.

—No quiero —respondió terminantemente—. La tiré al fuego; si la guarda, no me eche las culpas de lo que pueda suceder. Sea razonable, tírela.

El otro sacudió la cabeza y examinó su nueva adquisición. Preguntó:

—¿Cómo se hace?

—Hay que tenerla en la mano derecha y pedir los deseos en voz alta. Pero le prevengo que debe temer las consecuencias.

—Parece de las *Mil y una noches* —dijo la señora White. Se levantó a preparar la mesa—. ¿No le parece que podrían pedir para mí otro par de manos?

El señor White sacó del bolsillo el talismán; los tres se rieron al ver la expresión de alarma del sargento.

—Si está resuelto a pedir algo —dijo agarrando el brazo de White— pida algo razonable.

El señor White guardó en el bolsillo la pata de mono. Invitó a Morris a sentarse a la mesa. Durante la comida el talismán fue, en cierto modo, olvidado. Atraídos, escucharon nuevos relatos de la vida del sargento en la India.

—Si en el cuento de la pata de mono hay tanta verdad como en los otros —dijo Herbert cuando el forastero cerró la puerta y se alejó con prisa, para alcanzar el último tren—, no conseguiremos gran cosa.

—¿Le diste algo? —preguntó la señora mirando atentamente a su marido.

—Una bagatela —contestó el señor White, ruborizándose levemente—. No quería aceptarlo, pero lo obligué. Insistió en que tirara el talismán.

—Sin duda —dijo Herbert, con fingido horror—, seremos felices, ricos y famosos. Para empezar tienes que pedir un imperio, así no estarás dominado por tu mujer.

El señor White sacó del bolsillo el talismán y lo examinó con perplejidad.

—No se me ocurre nada para pedirle —dijo con lentitud—. Me parece que tengo todo lo que deseo.

—Si pagaras la hipoteca de la casa serías feliz, ¿no es cierto? —dijo Herbert poniéndole la mano sobre el hombro—. Bastará con que pidas doscientas libras.

El padre sonrió avergonzado de su propia credulidad y levantó el talismán; Herbert puso una cara solemne, hizo un guiño a su madre y tocó en el piano unos acordes graves.

—Quiero doscientas libras —pronunció el señor White.

Un gran estrépito del piano contestó a sus palabras. El señor White dio un grito. Su mujer y su hijo corrieron hacia él.

—Se movió —dijo, mirando con desagrado el objeto, y lo dejó caer—. Se retorció en mi mano como una víbora.

—Pero yo no veo el dinero —observó el hijo, recogiendo el talismán y poniéndolo sobre la mesa—. Apostaría que nunca lo veré.

—Habrás sido tu imaginación, querido —dijo la mujer, mirándolo ansiosamente.

Sacudió la cabeza.

—No importa. No ha sido nada. Pero me dio un susto.

Se sentaron junto al fuego y los dos hombres acabaron de fumar sus pipas. El viento era más fuerte que nunca. El señor White se sobresaltó cuando golpeó una puerta en los pisos altos. Un silencio inusitado y deprimente los envolvió hasta que se levantaron para ir a acostarse.

—Se me ocurre que encontrarás el dinero en una gran bolsa, en medio de la cama —dijo Herbert al darles las buenas noches—. Una aparición horrible, agazapada encima del ropero, te acechará cuando estés guardando tus bienes ilegítimos.

Ya solo, el señor White se sentó en la oscuridad y miró las brasas, y vio caras en ellas. La última era tan simiesca, tan horrible, que la miró con asombro; se rio, molesto, y buscó en la mesa su vaso de agua para echárselo encima y apagar la brasa; sin querer, tocó la pata de mono; se estremeció, limpió la mano en el abrigo y subió a su cuarto.

II

A la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno en la claridad del sol invernal, se rio de sus temores. En el cuarto había un ambiente de prosaica salud que faltaba la noche anterior; y esa pata de mono; arrugada y sucia, tirada sobre el aparador, no parecía terrible.

—Todos los viejos militares son iguales —dijo la señora White—. ¡Qué idea, la nuestra, escuchar esas tonterías! ¿Cómo puede creerse en talismanes en esta época? Y si consiguieras las doscientas libras, ¿qué mal podrían hacerte?

—Pueden caer de arriba y lastimarte la cabeza —dijo Herbert.

—Según Morris, las cosas ocurrían con tanta naturalidad que parecían coincidencias —dijo el padre.

—Bueno, no vayas a encontrarte con el dinero antes de mi vuelta —dijo Herbert, levantándose de la mesa—. No sea que te conviertas en un avaro y tengamos que repudiarte.

La madre se rio, lo acompañó hasta afuera y lo vio alejarse por el camino; de vuelta a la mesa del comedor, se burló de la credulidad del marido. Sin embargo, cuando el cartero llamó a la puerta corrió a abrirla, y cuando vio que solo traía la cuenta del sastre se refirió con cierto malhumor a los militares de costumbres intemperantes.

—Me parece que Herbert tendrá tema para sus bromas —dijo al sentarse.

—Sin duda —dijo el señor White—. Pero, a pesar de todo, la pata se movió en mi mano. Puedo jurarlo.

—Habrás sido en tu imaginación —dijo la señora suavemente.

—Afirmo que se movió. Yo no estaba sugestionado. Era... ¿Qué sucede?

Su mujer no le contestó. Observaba los misteriosos movimientos de un hombre que rondaba la casa y no se decidía a entrar. Notó que el hombre estaba bien vestido y que tenía una galera nueva y reluciente; pensó en las doscientas libras. El hombre se detuvo tres veces en el portón; por fin se decidió a llamar. Apresuradamente, la señora White se quitó el delantal y lo escondió debajo del almohadón de la silla.

Hizo pasar al desconocido. Este parecía incómodo. La miraba furtivamente, mientras ella le pedía disculpas por el desorden que había en el cuarto y por el guardapolvo del marido. La señora esperó cortésmente que

les dijera el motivo de la visita; el desconocido estuvo un rato en silencio.

—Vengo de parte de *Maw y Meggins* —dijo por fin.

La señora White tuvo un sobresalto.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a Herbert?

Su marido se interpuso.

—Espera, querida. No te adelantes a los acontecimientos. Supongo que usted no trae malas noticias, señor. —Y lo miró patéticamente.

—Lo siento... —empezó el otro.

—¿Está herido? —preguntó, enloquecida, la madre.

El hombre asintió.

—Mal herido —dijo pausadamente—. Pero no sufre.

—Gracias a Dios —dijo la señora White, juntando las manos—. Gracias a Dios.

Bruscamente comprendió el sentido siniestro que había en la seguridad que le daban y vio la confirmación de sus temores en la cara significativa del hombre. Retuvo la respiración, miró a su marido que parecía tardar en comprender, y le tomó la mano temblorosamente. Hubo un largo silencio.

—Lo agarraron las máquinas —dijo en voz baja el visitante.

—Lo agarraron las máquinas —repitió el señor White, aturdido.

Se sentó, mirando fijamente por la ventana; tomó la mano de su mujer, la apretó en la suya, como en sus tiempos de enamorados.

—Era el único que nos quedaba —le dijo al visitante—. Es duro.

El otro se levantó y se acercó a la ventana.

—La compañía me ha encargado que le exprese sus condolencias por esta gran pérdida —dijo sin darse la vuelta—. Le ruego que comprenda que soy tan solo un empleado y que obedezco las órdenes que me dieron.

No hubo respuesta. La cara de la señora White estaba lívida.

—Se me ha comisionado para declararles que *Maw y Meggins* niega toda responsabilidad en el accidente —prosiguió el otro—. Pero en consideración a los servicios prestados por su hijo, le remiten una suma determinada.

El señor White soltó la mano de su mujer y, levantándose, miró con terror al visitante. Sus labios secos pronunciaron la palabra: «¿Cuánto?».

—Doscientas libras —fue la respuesta.

Sin oír el grito de su mujer, el señor White sonrió levemente, extendió los brazos, como un ciego, y se desplomó, desmayado.

III

En el cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, marido y mujer dieron sepultura a su muerto y volvieron a la casa transidos de sombra y de silencio.

Todo pasó tan pronto que al principio casi no lo entendieron y quedaron esperando alguna otra cosa que les aliviara el dolor. Pero los días pasaron y la expectativa se transformó en resignación, esa desesperada resignación de los viejos, que algunos llaman apatía. Pocas veces hablaban, porque no tenían nada que decirse; sus días eran interminables hasta el cansancio.

Una semana después, el señor White, despertándose bruscamente en la noche, estiró la mano y se encontró solo. El cuarto estaba a oscuras; oyó cerca de la ventana, un llanto contenido. Se incorporó en la cama para escuchar.

—Vuelve a acostarte —dijo tiernamente—. Vas a coger frío.

—Mi hijo tiene más frío —dijo la señora White y volvió a llorar.

Los sollozos se desvanecieron en los oídos del señor White. La cama estaba tibia, y sus ojos pesados de sueño. Un despavorido grito de su mujer lo despertó.

—La pata de mono —gritaba desatinadamente—, la pata de mono.

El señor White se incorporó alarmado.

—¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué sucede?

Ella se acercó:

—La quiero. ¿No la has destruido?

—Está en la sala, sobre la repisa —contestó asombrado—. ¿Por qué la quieres?

Llorando y riendo se inclinó para besarlo, y le dijo histéricamente:

—Solo ahora he pensado... ¿Por qué no he pensado antes? ¿Por qué tú no pensaste?

—¿Pensaste en qué? —preguntó.

—En los otros dos deseos —respondió en seguida—. Solo hemos pedido uno.

—¿No fue bastante?

—No —gritó ella triunfalmente—. Le pediremos otro más. Búscala pronto y pide que nuestro hijo vuelva a la vida.

El hombre se sentó en la cama, temblando.

—Dios mío, estás loca.

—Búscala pronto y pide —le balbuceó—; ¡mi hijo, mi hijo!
El hombre encendió la vela:
—Vuelve a acostarte. No sabes lo que estás diciendo.
—Nuestro primer deseo se cumplió. ¿Por qué no hemos de pedir el segundo?
—Fue una coincidencia.
—Búscala y desea —gritó con exaltación la mujer. El marido se volvió y la miró:
—Hace diez días que está muerto y además, no quiero decirte otra cosa, lo reconocí por el traje. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras...
—¡Tráemelo! —gritó la mujer arrastrándolo hacia la puerta—. ¿Crees que temo al niño que he criado?
El señor White bajó en la oscuridad, entró en la sala y se acercó a la repisa. El talismán estaba en su lugar. Tuvo miedo de que el deseo todavía no formulado trajera a su hijo hecho pedazos, antes de que él pudiera escaparse del cuarto. Perdió la orientación. No encontraba la puerta. Tanteó alrededor de la mesa y a lo largo de la pared y de pronto se encontró en el zaguán, con el maligno objeto en la mano.
Cuando entró en el dormitorio, hasta la cara de su mujer le pareció cambiada. Estaba ansiosa y blanca y tenía algo sobrenatural. Le tuvo miedo.
—¡Pídelo! —gritó con violencia.
—Es absurdo y perverso —balbuceó.
—Pídelo —repitió la mujer.
El hombre levantó la mano:
—Deseo que mi hijo viva de nuevo.
El talismán cayó al suelo. El señor White siguió mirándolo con terror. Luego, temblando, se dejó caer en una silla mientras la mujer se acercó a la ventana y levantó la cortina. El hombre no se movió de ahí, hasta que el frío del alba lo traspasó. A veces miraba a su mujer que estaba en la ventana. La vela se había consumido; hasta casi apagarse, proyectaba en las paredes y el techo sombras vacilantes.
Con un inexplicable alivio ante el fracaso del talismán, el hombre volvió a la cama; un minuto después, la mujer, apática y silenciosa, se acostó a su lado.
No hablaron; escuchaban el latido del reloj. Crujió un escalón. La oscuridad era opresiva; el señor White juntó coraje, encendió un fósforo y bajó a buscar una vela.
Al pie de la escalera el fósforo se apagó. El señor White se detuvo para encender otro; simultáneamente resonó un golpe furtivo, casi imperceptible, en la puerta de entrada.

Los fósforos cayeron. Permaneció inmóvil, sin respirar, hasta que se repitió el golpe. Huyó a su cuarto y cerró la puerta. Se oyó un tercer golpe.

—¿Qué es eso? —gritó la mujer.

—Una laucha¹ —dijo el hombre—. Una laucha. Se me cruzó en la escalera.

La mujer se incorporó. Un fuerte golpe retumbó en toda la casa.

—¡Es Herbert! ¡Es Herbert! —La señora White corrió hacia la puerta, pero su marido la alcanzó.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo ahogadamente.

—¡Es mi hijo; es Herbert! —gritó la mujer, luchando para que la soltaran—. Me había olvidado de que el cementerio está a dos millas. Suéltame; tengo que abrir la puerta.

—Por amor de Dios, no lo dejes entrar —dijo el hombre, temblando.

—¿Tienes miedo de tu propio hijo? —gritó—. Suéltame. Ya voy, Herbert; ya voy.

Hubo dos golpes más. La mujer se libró y huyó del cuarto. El hombre la siguió y la llamó, mientras bajaba la escalera. Oyó el ruido de la tranca de abajo; oyó el cerrojo; y luego, la voz de la mujer, anhelante:

—La tranca —dijo—. No puedo alcanzarla.

Pero el marido, arrodillado, tanteaba el piso, en busca de la pata de mono.

—Si pudiera encontrarla antes de que eso entrara...

Los golpes volvieron a resonar en toda la casa. El señor White oyó que su mujer acercaba una silla; oyó el ruido de la tranca al abrirse; en el mismo instante encontró la pata de mono y, frenéticamente, balbuceó el tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de pronto; aunque los ecos resonaban aún en la casa. Oyó retirar la silla y abrir la puerta. Un viento helado entró por la escalera, y un largo y desconsolado alarido de su mujer le dio valor para correr hacia ella y luego hasta el portón. El camino estaba desierto y tranquilo.



¹ Laucha: ratón.

EN LA CRIPTA

1925

HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT

(estadounidense)

No hay nada más absurdo, a mi juicio, que la convencional asociación de lo sencillo y lo saludable que parece impregnar la psicología de las multitudes. Mencione usted, por ejemplo, un bucólico escenario yanqui, un desmañado y corpulento empresario de una funeraria de pueblo y un lamentable percance relacionado con una tumba, y a ningún lector corriente se le ocurrirá esperar otra cosa que un sabroso, aunque grotesco, acto de comedia. Y, sin embargo, Dios sabe bien que la prosaica historia que la muerte de George Birch me autoriza a contar, tiene ciertos aspectos al lado de los cuales empalidecen nuestras más dramáticas tragedias.

Birch sufrió una crisis y traspasó su negocio en 1881, pero jamás, si podía evitarlo, hablaba de lo que le sucedió. Tampoco lo hizo su anciano médico, el doctor Davis, que murió hace años. Decíase que la postración y conmoción que padecía se debían a un desgraciado resbalón a consecuencia del cual Birch permaneció encerrado durante nueve horas en la cripta del cementerio de Peck Valley, de la que logró salir solo tras arduos y calamitosos procedimientos mecánicos. Pero si bien ello era indudablemente cierto, había otros aspectos más oscuros que Birch solía confiarme en los delirios que seguían a sus borracheras ya en los últimos años de su vida. Confiaba en mí porque era su médico, y porque probablemente sentía la necesidad de desahogarse con alguien tras la muerte de Davis. Birch era soltero y no tenía ningún familiar.

Hasta 1881 Birch, que pasaba por ser uno de los individuos más insensibles y primitivos que imaginarse cabe, estuvo al frente de la funeraria de Peck Valley. Los métodos que he oído atribuirle resultarían

increíbles hoy día, al menos en la ciudad. Y hasta el mismo Peck Valley se habría estremecido un tanto de haber conocido la permisiva ética de su artista de pompas fúnebres en materias tales como la propiedad de la valiosa «mortaja», oculta bajo la tapa del ataúd, y el desparpajo de que hacía gala al adaptar los miembros que no se veían de sus inertes clientes en cajas no siempre calculadas con la más sublime precisión. En una palabra, Birch era un tipo desmañado, insensible e indeseable desde el punto de vista profesional; pero, por mi parte, sigo creyendo que no era mala persona. Era, evidentemente, un hombre tosco de carácter y en su trabajo, sin consideración, descuidado y aficionado a la bebida, como demuestra su absurdo accidente, y carente de ese mínimo de imaginación que hace que el ciudadano medio se mantenga dentro de los límites que fija el decoro.

No sé por dónde empezar la historia de Birch, pues no tengo práctica en esto de la narración. Supongo que habría que comenzar en aquel frío mes de diciembre de 1880 en que la tierra se heló y los operarios que trabajaban en el cementerio se encontraron con que no podían cavar más fosas hasta la primavera. Por fortuna, el pueblo era pequeño y el índice de mortalidad bajo, de forma que no fue difícil dar a los inanimados clientes de Birch un refugio temporal en la única y ya algo anticuada cripta del cementerio. Con aquel tiempo tan crudo el dueño de la funeraria se volvió aún más letárgico, hasta el punto de sobrepasar su natural desidia. Jamás había construido ataúdes más endeble y destartados, ni se había preocupado menos de la oxidada cerradura de la puerta de la cripta, que él abría y cerraba de golpe con la mayor indiferencia.

Al fin llegó el deshielo de la primavera, y las tumbas fueron laboriosamente dispuestas para las nueve silenciosas presas de la Parca que aguardaban turno en la cripta. Birch, aunque temiendo las molestias propias del traslado y el enterramiento, se puso manos a la obra una desapacible mañana de abril, pero, tras depositar un único cadáver en su morada perpetua, tuvo que interrumpir su tarea antes del mediodía debido a que la intensa lluvia que caía parecía irritar a su caballo. Era aquel el cuerpo de Darius Peck, el nonagenario anciano, cuya sepultura no estaba lejos de la cripta. Birch interrumpió su tarea pensando continuar al día siguiente con el viejo Matthew Fenner, cuya sepultura se hallaba también cerca; pero lo cierto es que dejó todo empantanado por espacio de tres días, pues no volvió al trabajo hasta el quince, día de Viernes Santo. No siendo hombre supersticioso, no prestó la menor atención a la fecha... aunque a partir de aquel día se negó siempre a hacer nada importante en ese fatídico sexto

día de la semana. Sin duda alguna, la vida de George Birch cambió mucho a raíz de aquella noche.

Así pues, la tarde de aquel viernes 15 de abril Birch se dirigía a la cripta con el caballo y el carro para trasladar el cadáver de Matthew Fenner. Posteriormente admitiría que no estaba del todo sobrio, aunque todavía no se había entregado en serio a la bebida con la que luego trató de olvidar ciertas cosas. Se encontraba algo mareado y lo suficientemente despreocupado como para aburrir a su sensible caballo, el cual, tras sufrir un fuerte tirón de riendas al llegar a la cripta, se puso a relinchar, a piafar y a sacudir la cabeza, de manera similar a aquella otra ocasión en que se irritó, al parecer, por causa de la lluvia. Si bien el día era claro, se había levantado un fuerte viento, y Birch se alegró de hallarse a cubierto mientras abría la puerta metálica y entraba en la cripta construida en la ladera. A cualquiera otra persona no le habría gustado aquella húmeda y hedionda estancia en la que podía verse un total de ocho ataúdes colocados sin orden ni concierto; pero, en aquel entonces Birch carecía de la menor sensibilidad, y lo único que le preocupaba era colocar cada ataúd dentro de su respectiva sepultura. No había olvidado aún el escándalo que se armó cuando los familiares de Hannah Bixby, que deseaban trasladar su cadáver al cementerio de la ciudad en que ahora residían, encontraron el ataúd del juez Capwell debajo de su lápida.

Apenas había luz, pero Birch tenía buena vista y no cometió el error de coger el ataúd de Asaph Sawyer, aunque era muy similar. En realidad, había construido aquel ataúd para Matthew Fenner, pero finalmente lo desechó por demasiado tosco y endeble, en un raptó de extraño sentimentalismo suscitado por el recuerdo de la amabilidad y generosidad con que le había tratado el anciano cuando se había arruinado cinco años atrás. Para el anciano Matt hizo lo mejor que podía salir de sus manos, pero su espíritu ahorrativo le impulsó a guardar el ataúd desechado, que habría de utilizar posteriormente cuando murió Asaph Sawyer, de fiebres malignas. Sawyer no era un hombre que cayera bien a la gente y eran muchas las historias que circulaban sobre su casi inhumano espíritu de venganza y su extraordinaria memoria para recordar ofensas reales o imaginarias. Birch no sintió ningún escrúpulo al adjudicarle aquel ataúd hecho tan a la ligera y que ahora apartaba de su camino en su búsqueda del féretro de Fenner.

Nada más reconocer el ataúd de Matt una ráfaga de viento cerró la puerta de golpe dejándole sumido en una oscuridad aún más profunda que la hasta entonces reinante. A través del estrecho dintel solo pasa-

ban unos tenues rayos y por el conducto de ventilación que tenía encima, prácticamente ninguno, por lo que se vio obligado a andar irreverentemente a tientas para no tropezar con las alargadas cajas en su camino hacia el picaporte de la puerta. En medio de esta fúnebre iluminación tiró del oxidado picaporte, intentó forzar las planchas metálicas y se preguntó por qué aquella puerta se había vuelto de pronto tan recalcitrante. Rodeado de aquella luz crepuscular comenzó a percatarse de lo que le ocurría y se puso a gritar, como si su caballo, que había quedado fuera, pudiera hacer otra cosa que no fuera relinchar a modo de indiferente respuesta. El hecho es que el viejo picaporte estaba roto, con lo que el negligente dueño de la funeraria quedó encerrado en la cripta, víctima de su falta de previsión.

El suceso debió acaecer hacia las tres y media de la tarde. Birch, flemático por temperamento a la vez que eminentemente práctico, no siguió gritando mucho más; se puso a buscar a tientas unas herramientas que recordaba haber visto en un rincón de la cripta. No parece que le intimidara lo más mínimo el horror y lo increíblemente absurdo de la situación en que se encontraba; ahora bien, el simple hecho de estar encerrado allí tan lejos de los sitios por donde discurría la vida diaria, le resultaba de todo punto exasperante. Su trabajo de aquel día se había visto lamentablemente interrumpido, y a menos que la fortuna llevara hasta aquellos parajes a algún caminante sin rumbo fijo, se vería obligado a pasar allí la noche como mínimo. Tras dar pronto con el montón de herramientas y escoger un martillo y un cortafríos, Birch volvió a la puerta después de pasar por encima de los ataúdes. El aire comenzó a viciarse, pero no le dio importancia a este detalle mientras forcejeaba, medio a tientas, con el herrumbroso metal del picaporte. Habría dado cualquier cosa por tener una linterna o un cabo de vela, pero, a falta de ambos, hurgaba a oscuras con la mejor intención.

Cuando tras muchos esfuerzos vio que el picaporte no cedía, al menos ante aquellas escuálidas herramientas y en tan precarias condiciones, Birch miró a su alrededor en busca de otras posibles salidas. La cripta había sido excavada en una ladera de la colina, por lo que el estrecho conducto de la ventilación que había en la parte superior discurría a lo largo de varios pies de tierra, y en consecuencia no cabía pensar en encontrar una salida por allí. Ahora bien, encima de la puerta había un montante en forma de hendidura, empotrado en la fachada de ladrillo, que cualquier trabajador diligente que se lo propusiera podría agrandar; así que posó largo tiempo sus ojos en el montante mientras se devanaba

los sesos buscando la forma de llegar hasta él. En la cripta no había nada parecido a una escalera, y los nichos mortuorios que se encontraban a los lados y en la parte posterior, a los que rara vez se tomó la molestia de recurrir Birch, no facilitaban la subida al vano que había encima de la puerta. Los ataúdes eran los únicos escalones en potencia para llegar hasta el dintel, y mientras consideraba esta posibilidad daba vueltas a la cabeza sobre cuál sería el mejor modo de colocarlos. Bastaría con tres ataúdes superpuestos, se decía, para poder llegar hasta el montante; claro que con cuatro se las arreglaría mejor. Las cajas eran prácticamente iguales, y podían apilarse una encima de otra. Así que se puso a hacer cálculos sobre la forma más estable de disponer los ocho ataúdes para construir una plataforma escalable de cuatro. Mientras hacía sus cálculos, no pudo menos de desear que los elementos de su proyectada escalera hubieran sido contruidos más a conciencia. Si tenía la suficiente imaginación como para desear que estuvieran vacíos, es ya cosa que admite fundadas reservas.

Finalmente, decidió formar una base de tres cajas paralelas a la pared, sobre la que colocaría dos pisos de dos cada uno y en la cúspide una sola caja a modo de plataforma. Así dispuestas, la ascensión podría hacerse con un mínimo de dificultades, y alcanzaría la altura deseada. Aunque, bien pensado, sería preferible utilizar solo dos cajas en la base para sostener la superestructura, dejando una libre para colocarla en la cúspide en caso de que se requiriera una altura aún mayor para salir de allí. Así que el prisionero se puso manos a la obra en la oscuridad, levantando los indolentes restos mortales con muy escaso ceremonial mientras su Torre de Babel en miniatura crecía peldaño a peldaño. Algunos de los ataúdes empezaron a astillarse debido a la torpeza con que los manejaba, por lo que Birch resolvió dejar para el final el sólido féretro del anciano Matthew Fenner, para que sus pies pudieran descansar sobre una superficie lo más segura posible. Dada la semipenumbra que reinaba en el lugar tenía que confiar en el tacto para localizarlo, y acabó encontrándolo de forma casi accidental, pues, como si hubiese sucedido en virtud de una extraña volición, tropezó en él con las manos tras colocarlo inadvertidamente junto a otro en el tercer piso.

Terminada al fin la torre, y tras una pausa para dar descanso a los brazos durante la cual permaneció sentado en el peldaño inferior de su tétrico artilugio, Birch subió con precaución, armado de sus herramientas, hasta situarse a la altura del estrecho montante. Los bordes eran

de ladrillo y no parecía haber duda de que no le costaría mucho abrirlo lo suficiente como para permitir el paso de su cuerpo. Al descargar los primeros martillazos, el caballo se puso a relinchar en un tono tal que lo mismo podría tomarse como si le estuviera animando que como si se burlara de él. Ya fuese lo uno o lo otro, no dejaba de tener cierta lógica, pues la inesperada resistencia de la aparentemente ligera mampostería constituía sin duda una sardónica apostilla a la vanidad de las esperanzas mortales, y la fuente de una tarea cuya realización era merecedora de los mayores estímulos.

Cayó la noche y Birch seguía enfrascado en sus esfuerzos por salir de aquel lugar. En gran medida tenía que confiar en el tacto pues unas recién formadas nubes ocultaban la luna; y aunque los progresos eran aún lentos, se animaba a la vista de sus avances en las partes superior e inferior del orificio. Estaba convencido de que estaría fuera para la medianoche, aunque una característica suya era que sus pensamientos no se veían enturbiados por fantasmales apreciaciones. Libre de toda reflexión que pudiera inquietarle sobre la hora, el lugar y la compañía que tenía bajo sus pies, golpeaba con filosófico talante la resistente mampostería, maldiciendo cuando una esquirla le saltaba a la cara y riéndose cuando otra llegaba hasta el cada vez más alborotado caballo que no cesaba de piafar junto al ciprés. Al cabo de un rato el agujero se había agrandado tanto que de cuando en cuando se aventuraba a introducir el cuerpo por él, moviéndose de un lado a otro hasta el punto de hacer tambalear y crujir los ataúdes que tenía debajo. Comprobó que no necesitaba otro ataúd sobre la plataforma para alcanzar la altura requerida, pues el agujero se encontraba exactamente al nivel en que sería factible utilizarlo en cuanto lo permitieran sus dimensiones.

Debían ser al menos las doce de la noche cuando Birch estimó que podía salir ya por el dintel. Cansado y sudoroso a pesar de los frecuentes descansos, descendió de la plataforma y se sentó un rato en la caja inferior con vistas a reunir fuerzas para el esfuerzo final y dar el salto al exterior. El hambriento animal relinchaba repetida y casi estremece-doramente, y Birch hubiese preferido no oír sus relinchos. Curiosamente no sentía especial júbilo por su inminente liberación, y casi temía el esfuerzo que debía realizar, pues su cuerpo tenía ya esa indolente corpulencia propia del hombre maduro. Mientras volvía a encaramarse en los crujientes ataúdes experimentó en propia carne su voluminoso peso; sobre todo cuando, al llegar al que estaba en la cúspide, oyó aquel exas-

perante crujido que presagiaba el hundimiento total del entarimado. Al parecer, se había equivocado al creer escoger el ataúd más resistente para la plataforma de apoyo, ya que en cuanto volvió a descansar todo su peso en él, la putrefacta tapa cedió, haciéndole caer dos pies más abajo sobre una superficie que ni siquiera él se atrevió a imaginar. Alterado por el ruido, o quizá por el hedor que impregnaba incluso el aire libre, el caballo dio un chillido demasiado rabioso como para tratarse de un relincho y se adentró frenéticamente en la oscuridad de la noche mientras el carro traqueteaba salvajemente tras él.

Birch, en la espantosa situación en que se encontraba, estaba ahora demasiado bajo para intentar deslizarse por el orificio abierto en el montante, pero acumuló energías para hacer una tentativa a la desesperada. Agarrándose a los bordes de la abertura, trató de izarse hasta ella, cuando notó que algo extraño se aferraba con fuerza a sus tobillos impidiéndoselo. Al cabo de un momento supo por vez primera aquella noche lo que era el miedo, pues a pesar de todos sus esfuerzos no conseguía librarse de la misteriosa fuerza que tiraba de sus pies. Sentía espantosos dolores, como si de brutales heridas se tratara, en las pantorrillas; y de su mente se había apoderado un torbellino de terror mezclado con una implacable sensación que sugería astillas, clavos sueltos o algún otro atributo de una caja de madera que se rompe. Es posible que gritara. Lo que es seguro es que se puso a patalear y a retorcerse frenética y maquinalmente, mientras que su conciencia quedaba prácticamente eclipsada a causa de un leve desfallecimiento.

El instinto le guio mientras se deslizaba a través del montante, y luego en la operación de arrastrarse que siguió a su sordo batacazo sobre el húmedo suelo. Al parecer, no podía marchar sobre sus pies y la luna, que empezaba a dejarse ver de nuevo, debió presenciar un horrible espectáculo mientras Birch arrastraba sus ensangrentados tobillos hacia la casita del cementerio, con los dedos hundidos en el negro lodo y lanzados a un ritmo frenético, a lo que su cuerpo respondía con aquella exasperante lentitud que se experimenta al verse uno perseguido por los fantasmas en el curso de una pesadilla. Claro que en este caso nadie perseguía a Birch, pues estaba solo y con vida cuando Armington, el guardián del cementerio, respondió a sus débiles arañazos en la puerta.

Armington llevó a Birch hasta el borde de una cama vacía y envió a su hijo Edwin en busca del doctor Davis. El afligido Birch no había perdido el conocimiento, aunque sí la lucidez, pues no hacía sino murmurar

cosas como «¡Oh, mis tobillos!», «¡Suelta!» o «... encerrado en la cripta». Al poco, llegó el doctor con su maletín y le hizo unas cuantas preguntas muy concretas, al tiempo que le desembarazaba de ropa, zapatos y calcetines. Las heridas —ambos tobillos estaban espantosamente lacerados a la altura del tendón de Aquiles— intrigaron sobremanera al anciano doctor, hasta el punto de casi asustarle. Sus preguntas adquirieron un tono más tenso que el propiamente médico y sus manos temblaron mientras curaba los despedazados miembros de Birch, vendándolos rápidamente como si deseara quitarse de encima lo antes posible aquellas heridas.

Para ser Davis un médico de trato impersonal, resultaba muy extraño el tremendo y exhaustivo interrogatorio a que sometió a Birch, pues parecía como si quisiera conocer de labios del extenuado agente de pompas fúnebres hasta el menor detalle de su horrible experiencia. Mostraba un interés harto desmesurado por saber si Birch estaba seguro —lo que se dice absolutamente seguro— de la identidad del ataúd que coronaba la plataforma, cómo lo había escogido, cómo pudo saber en medio de la oscuridad reinante que se trataba del ataúd de Fenner, y cómo se las arregló para distinguirlo del modelo idéntico, aunque de inferior calidad, del malvado Asaph Sawyer. ¿Cómo era posible que cediera con tanta facilidad el resistente ataúd de Fenner? Davis, médico de Peck Valley desde hacía años, había visto a ambos en sus respectivos funerales, e igualmente les había asistido en la enfermedad que les llevó a la tumba. Incluso había llegado a preguntarse, con ocasión del funeral de Sawyer, cómo se las habían arreglado para que el vengativo granjero cupiera todo estirado en una caja tan similar a la del diminuto Fenner.

Tras dos largas horas, el doctor Davis se marchó, después de recomendar a Birch que insistiera en todo momento en que sus heridas habían sido causadas única y exclusivamente por clavos sueltos y trozos de madera astillada.

—¿Qué otra cosa iba a demostrarse o creerse si no?— añadió.

Pero lo mejor sería hablar lo menos posible al respecto, y no consentir que ningún otro médico le viera las heridas. Birch se atuvo a aquella recomendación durante el resto de su vida hasta que un día me lo contó todo, y cuando vi las cicatrices que tenía —por entonces ya antiguas y descoloridas— convine que, desde luego, fue lo más prudente que pudo hacer. Hasta el final de sus días anduvo cojo, pues tenía seccionados los grandes tendones; pero, en mi opinión, la mayor invalidez residía en su alma. Sus

procesos mentales, en otro tiempo tan flemáticos y lógicos, habían quedado marcados con una indeleble cicatriz, y era digno de compasión observar su reacción a ciertas alusiones casuales como «viernes», «cripta», «ataúd», y otras palabras de encadenamiento menos lógico. Su espantado caballo enfiló el camino de casa, pero su aterrado juicio nunca llegó a hacer lo mismo. Birch traspasó el negocio, pero en lo sucesivo no hubo momento en que no se viera asediado por algo. Tal vez no fuera sino miedo, tal vez un miedo aliñado con una extraña y tardía especie de remordimiento por su tosquedad de antaño. Su afición a la bebida, evidentemente, no hizo sino agravar su situación, en lugar de aliviarla.

Cuando el doctor Davis dejó a Birch la noche de autos, cogió una linterna y se fue a la vieja cripta del cementerio. La luz de la luna brillaba en los desperdigados trozos de ladrillo y en la decrepita fachada y el pica-porte de la enorme puerta cedió fácilmente a un golpe desde el exterior. Inmunizado tras multitud de desagradables y ya antiguas experiencias en las salas de disección, el doctor entró en la cripta y echó una mirada alrededor, reprimiendo la náusea mental y corporal que le invadió frente al espectáculo que se ofrecía ante sí y el insoportable hedor reinante en la estancia. Lanzó un grito agudo, y al poco emitió un resuello mucho más terrible que cualquier grito imaginable. Luego, salió corriendo en dirección a la casita y quebró todas las reglas de la profesión médica al levantar y sacudir a su paciente, al tiempo que le imprecaba con una serie de estremecedores susurros que restallaron en los aturdidos oídos de Birch, como un siseo cargado de vitriolo:

—¡Era el ataúd de Asaph, Birch, tal como suponía! Reconocí su dentadura, a la que le faltaban los incisivos del maxilar superior. ¡Por el amor de Dios, no se le ocurra jamás enseñar a nadie esas heridas! El cuerpo estaba en estado de avanzada descomposición, pero jamás he visto tal expresión de venganza en un rostro... o difunto rostro... Ya sabe lo implacable que era Asaph a la hora de vengarse: consiguió arruinar al viejo Raymond treinta años después del pleito que tuvieron por una cuestión de límites, aplastó bajo sus pies a un perrito que le mordisqueó hará un año en agosto... Era el diablo en persona, Birch, y en mi opinión su estricta observancia del ojo por ojo se ha impuesto al tiempo y a la muerte. ¡Dios mío, qué ira la suya! ¡No me habría gustado nada que la hubiera pagado conmigo!

¿Por qué lo hizo usted, Birch? Asaph era un verdadero rufián, y no le reprocho por darle un ataúd de desecho, pero una vez más se pasó de

la raya. Habría bastado con escatimar algo al hacer el ataúd, pero usted sabía perfectamente que el viejo Fenner era un hombre pequeño.

Jamás se me borrará de la memoria aquel cuadro mientras viva. Birch, usted debió patalear a rabiar, pues el ataúd de Asaph se encontraba en el suelo. Su cabeza estaba aplastada, y todo se hallaba revuelto en su interior. He visto cosas impresionantes, pero nada semejante. ¡Ojo por ojo! ¡Cielos, Birch, usted se lo buscó! Aquel cráneo me revolvió el estómago, pero lo otro fue mucho peor: *¡esos tobillos seccionados con toda limpieza para que pudieran encajar en el desechado ataúd de Matt Fenner!*



LA RATONERA

2004

FERNANDO IWASAKI

(peruano)



Perdí el último autobús y tuve que caminar hasta la Plaza de las Ánimas para tomar el ómnibus de medianoche. No había nadie en el paradero y el frío condensaba fantasmas que brotaban siniestros mientras respiraba. A través de la niebla surgió de pronto el autobús.

Cuando pagué al conductor me sobrecogió su mirada de peluche triste, como de oso venido a menos o de rata que quiere ir a más. Pensé en que así sería la cara desconsolada del gato de Cheshire y me senté ensimismada en el primer asiento que encontré. El ruido que hacía una señora frente a mí me arrancó de mis ensoñaciones.

Aquella señora aspiraba el aire a través de los incisivos, arrugando la nariz y levantando el labio superior. Su expresión era desagradable, como de ardilla enferma de obesidad. A su lado un niño de enormes paletas tragaba voraz un tarro de palomitas. ¿Cómo podía zamparse tanta comida por el hocico? Parecía un hámster con el pescuezo inflado de guisantes.

Poco a poco advertí con inquietud el insólito aire de familia de los pasajeros del autobús: todos tenían la nariz húmeda de sudor, los pómulos hinchados, la cabeza más bien redonda y unos dientes preparados para roer y destrozar. Uno recordaba a un gorila aconejado, el otro miraba ratonil con sus pequeños ojos de vidrio y una marmota llena de collares se hurgaba entre las uñas hasta ponerse en carne viva sus dedillos como lombrices. Pensé en la mirada afelpada del conductor, oí la respiración dental que retumbaba en el autobús y decidí bajarme de aquella ratonera en la siguiente parada.

El niño de las palomitas quiere ser el primero en morder. La puerta no se abre.



LA PRINCESA Y EL DRAGÓN

1996

LUIS ALBERTO DE CUENCA

(español)



Ataban a unos postes de madera
a las chicas más guapas del país
para aplacar la cólera del monstruo.
El pueblo andaba muy soliviantado,
y el rey, que era bastante más demócrata
de lo corriente, dijo a la princesa,
que era rubia y hermosa como un ángel:
«Te toca, niña mía. No te oculto
que es duro para mí, pero la patria
te llama y no hay remedio. Así que ponte
el traje blanco de los cumpleaños
y ¡a la estaca!». Eso dijo, y la verdad
es que el dragón andaba últimamente
de lo más desalmado: una princesa
tal vez podría sosegarlo un poco.
Dicho y hecho. La niña, en plan Angélica,
pero sin la esperanza de Ruggiero,
subió al cadalso que su patriotismo
le imponía. La gente de la calle
dejó de protestar. Y desde entonces
el dragón no salió de su caverna.

Veinte años después, el rey moría
sin descendencia, y el dragón, ya viejo,
se presentó en la corte con su esposa,
dos hijas (rubias como el trigo rubio,
con la piel escamosa y negras alas)
y un grupo de vistosas treintañeras.

Alegaba derechos sucesorios
al trono del país y prometía
cosas como el sufragio universal,
la igualdad ante la ley, el libre examen
de los libros sagrados, las reformas
fiscal y agraria, la enseñanza pública...
El pueblo le entregó inmediatamente
las riendas del Estado.
Y la princesa,
más hermosa que nunca, se miraba
en los ojos saltones de su esposo
y se sentía la mujer de Dios.



EL ENCUENTRO CON EL DIABLO

Tradición de la región Lima



Se cuenta que en este pueblo de Mala (al sur de Lima), en tiempos pasados, vivía un hombre llamado Juan Arias, quien solo se preocupaba de la crianza de gallos de pelea. Y como se decía que todos los hombres que se dedicaban al cuidado de estos animales dedicados para peleas, tenían pacto con el diablo o, si no, utilizaban calavera o huesos de los muertos —a los cuales los velaban pidiéndole que les hicieron ganar la pelea de gallos— también la gente hablaba que Juan Arias estaba en pacto con el diablo.

Pues, un buen día, don Juan se encaminaba hacia su casa en horas muy avanzadas de la noche cuando, de pronto, en una huerta de plátanos por donde él de todas maneras tenía que atravesar, se encontró con un hombre que no conocía. Este lo saludó y le dijo que recibiera una piedra que el desconocido acababa de recogerla, y que se la tirara a uno de los perros que seguro le saldrían al encuentro y podrían hacerle daño. Así fue como don Juan tomó la piedra, se la colocó bajo el brazo y, cuando se iba a despedir del desconocido y al darle la mano, no recibió una mano, sino una pata de burro.

Entonces él quiso tirarle la piedra, pero esta estaba adherida al brazo, por más esfuerzo que hizo, no pudo sacarla.

Volvió a su casa. Su esposa quiso sacarla y tampoco pudo. Al ver esto, don Juan se fue a la iglesia. Habló con el párroco y este, en una ceremonia religiosa, pudo sacarle la piedra, pero esta tomó la forma de un libro de misa de color negro y tenía inscritos unos signos.

Después de la experiencia, don Juan abandonó la ocupación que tenía y no hacía otra cosa que hacer penitencias. Caminaba descalzo, con el hábito de la Virgen del Carmen. Y es por eso que la gente dice que todos los galleros —como se les llama a los hombres que se dedican a criar los gallos de pelea—, tienen pacto con el diablo porque, después que Juan Arias abandonó este oficio, nunca más le pasó nada malo.



EL PÁJARO DORADO O LA MUJER QUE VIVÍA BAJO UN ÁRBOL DE PAN

1977

CARLOTA CARVALLO DE NÚÑEZ

(peruana)

La joven levantó el rostro y vio frente a ella a un extraño hombrecillo. Vestía una parda túnica y llevaba en la mano una jaula llena de pájaros de los más variados y hermosos colores. Parecían muy asustados y golpeaban violentamente contra los barrotes de su prisión pretendiendo de esta manera recobrar su libertad. A los lejos se escuchaban el rumor del río y gritos entrecortados de los moradores de la selva.

Ella contempló sorprendida al extraño personaje y pensó:

—¿De dónde vendrá? ¿Cómo no lo he visto acercarse?... ¿No será acaso un duende?

Mas el hombre interrumpió su pensamiento.

—Quiero que guardes esta jaula por unos días.

—¿Por qué has aprisionado a esas pobres avecillas? ¿Qué vas a hacer con ellas?

—Las venderé en el pueblo cercano. Pero antes debo internarme otra vez en la selva, para ir en busca del pájaro dorado, que es el más hermoso de todos.

—He oído hablar de él, pero nunca lo he visto. Creo que solo existe en la leyenda.

—Yo sabré encontrarlo. Cuida mientras tanto de mis pájaros y te daré buena recompensa. Pero recuerda que si los dejas escapar te ocurrirá una desgracia.

La mujer iba a negarse. Quería decirle que ella no tenía tiempo para buscarles el sustento, atareada como estaba en su choza, o cultivando la pequeña chacra. Además debía de llevar la comida a su marido que trabajaba en el aserradero. Pero cuando intentó excusarse notó con sorpresa que el hombrecillo había desaparecido.

El esposo volvió esa tarde muy cansado, y al escuchar el bullicio de las aves enfureció.

—¿De dónde has sacado estos pájaros? ¿Cómo puedo entregarme al sueño con esta algarabía?

Ella le explicó que un hombrecillo se los había dejado a guardar, pero el marido no quiso escucharla y abriendo la puerta de la jaula puso a todas las aves en libertad. Luego se echó a dormir como si nada hubiese sucedido.

Al día siguiente volvió el cazador y cuando preguntó por los pájaros, la mujer no tuvo más remedio que confesarle la verdad: habían huido hacia la selva.

El hombrecillo al escuchar se transfiguró. Empezó a gritar, mientras golpeaba la tierra lleno de ira. La mujer asustada corrió a refugiarse dentro de su choza.

Aquella tarde lo encontró otra vez a la orilla del río. Estaba más tranquilo y parecía haber olvidado lo ocurrido. Luego se despidió de ella con estas palabras:

—Ya no importa que se hayan perdido todos los pájaros, porque al fin encontré al ave dorada...

Y antes de que la mujer pudiera responder, el cazador desapareció entre la espesura.

Esa noche esperó a su marido inútilmente. Este no volvió. Ella permaneció con el oído atento a todos los ruidos que venían del bosque. Hacia el amanecer le pareció escuchar una voz lastimera que decía:

—¡Aquí estoy, María!... ¡Aquí estoy!

Buscó por todas partes y no halló ánima viviente en las cercanías. Fue hasta el aserradero y preguntó por su esposo, pero nadie lo había visto. Recorrió los tambos y cafetales que él solía frecuentar, mas no halló rastro ninguno.

Cuando volvía a su choza encontró sobre el tejado al pájaro dorado y escuchó su voz lastimera que decía:

—¡Aquí estoy, María!... ¡Aquí estoy!

Una terrible sospecha se apoderó de ella... ¿No se habría convertido su esposo en ese pájaro dorado?

Muy temprano se levantó al día siguiente y buscó en los alrededores. Encontró un inmenso árbol del pan y apoyada en el tronco vio a una mujer muy anciana a quien faltaba una mano y solo tenía el ojo derecho. Le preguntó si no había visto a su esposo y ella respondió:

—Te diré dónde lo puedes encontrar, si me das tus hermosas trenzas.

Sin vacilar la joven se cortó el cabello y se lo dio a la anciana, quien lo puso sobre su cabeza. Y entonces le dijo:

—El cazador ha convertido a tu esposo en ese extraño pájaro. Para que recobre su apariencia tienes que buscar entre la selva el arroyo verde y rociar con esa agua su cabeza. Pero recuerda que esto solo ocurrirá durante la luna llena. No te debes extrañar si por un tiempo conserva el rostro de un pájaro.

—¿Y así quedará para siempre?
—Cuida que no lo vean ojos humanos hasta la siguiente luna. Entonces volverás a rociarlo con agua del arroyo verde...

—¿Y en dónde encontraré ese arroyo?
—Sigue por la trocha que se va frente a tu choza hasta que llegues al río. Allí, cerca de la orilla verás a un hombre que derriba grandes troncos. Ruégale que te construya con ellos una canoa. Si te pide algo en cambio, ofrécele el pájaro dorado.

—¿Y cómo haré para recobrarlo?
—Aguarda a que llegue la noche para navegar. Apenas te hayas alejado de la orilla empieza a cantar. Enseguida vendrá el pájaro dorado y se posará sobre tu hombro. Continúa navegando hasta el amanecer. Entonces verás descender una cascada verde desde la cumbre de una montaña. Este es el arroyo maravilloso...

La joven hizo todo lo que la anciana le indicaba. Encerró en una jaula al ave dorada y fue hasta el río. Allí encontró al hombre que derribaba con el hacha un árbol gigantesco. Le pidió que le hiciera una canoa y este le respondió que la complacería si le daba en cambio el pájaro dorado. Ella aceptó y en cuanto la canoa estuvo terminada la mujer se alejó para ocultarse hasta que llegara la noche. Entonces empezó a navegar mientras entonaba una hermosa canción. Unos momentos después acudía el ave nuevamente a posarse sobre su hombro. Era la noche de plenilunio. Llegó la mañana y ella preguntó en voz alta:

—¿Dónde está el arroyo maravilloso?
Y un niño que se hallaba mirándola desde la orilla le gritó:
—Es aquel que baja de la montaña.
La joven desembarcó y guardó un poco de agua en un recipiente. Se disponía a rociar esa noche la cabeza del pájaro dorado, cuando oyó un rumor que venía de la selva. Pronto descubrió con angustia que frente a ella se hallaba el cazador de pájaros mirándola fijamente.

—Dame ese pájaro dorado— le ordenó.
La joven respondió en tono suplicante:
—Yo sé que ese es mi esposo que tú convertiste en ave...
—No es verdad. Tu esposo te aguarda en la antigua choza. Volvamos y te convencerás.

—¡Aquí estoy, María! ¡Aquí estoy!
Se embarcaron otra vez y remontaron el río. Después de unas horas llegaron al lugar en donde se hallaba el hombre derribando los troncos.

Al ver a la joven le dijo:
—¿Por qué te llevaste el pájaro dorado?
—Te lo di a cambio de mi canoa.

Mas el cazador que ya estaba impaciente tomó su arco y le disparó una flecha hiriéndolo en un hombro. Un chiguaco de brillantes alas, pasó volando sobre el río.

—Volverá luego por él —dijo el hombrecillo—. Y continuamos navegando.

Al llegar a la choza, la joven vio a su esposo delante de la puerta, afilando un cuchillo.

—Ya ves que no te engañé —dijo el cazador. Y llevándose el pájaro dorado, echó a andar por entre los árboles hasta que se perdió de vista. La joven corrió al encuentro de su esposo, pero, grande fue su sorpresa al notar que había desaparecido.

Se echó a llorar y buscó el árbol del pan, esperando encontrar nuevamente a la anciana. Allí estaba como siempre tejiendo una hermosa túnica.

—¿Dónde está mi esposo? —le preguntó.

—¿Qué me das si te ayudo a encontrarlo?

—Lo que quieras...

—Córtate la mano derecha y dámela...

Entonces la joven tomó un hacha y se cortó la mano para dársela a la vieja, y esta se la puso sobre el muñón en que terminaba la suya.

—El cazador te engañó —le dijo—. El hombre que creíste ver no era tu esposo. Se lo ha llevado nuevamente. Pero yo lo pondré en libertad esta noche y antes de la madrugada escucharás su canto en el tejado.

Y así fue. Muy temprano una voz lastimera decía:

—¡Aquí estoy, María! ¡Aquí estoy!

Aquella noche salió otra vez la luna llena. La joven tomó el recipiente en donde guardaba el agua maravillosa y echó unas gotas sobre la cabeza del pájaro. Poco después su esposo recobraba la apariencia humana hasta los hombros. La cabeza era siempre la de una ave.

—Esposa mía —le dijo—. Tendremos que esperar hasta la próxima luna, para que mi rostro vuelva a ser el de antes.

—¡No importa! —respondió ella—. Yo te querré siempre igual...

Él la miró conmovido.

—¿En donde están tus largas trenzas? ¿Qué has hecho de tu linda mano?

—Las di para que me ayudaran a encontrarte —respondió ella.

Y el esposo suspiró con tristeza.

Pronto cayeron en la cuenta de que él no podía acudir a su trabajo. Nadie debía de contemplarlo así, y tampoco se atrevía a presentarse con aquel rostro de pájaro. Por otra parte temían mucho encontrar otra vez al hombrecillo. Entonces resolvieron huir.

Marcharon por un largo sendero durante muchos días hasta que llegaron a la orilla del río.

—Quedémonos aquí —dijo la mujer—. Hay pesca y caza en abundancia.
—Sí —díjole él—. Aguardaremos la próxima luna llena. Mientras tanto edificaré otra choza con hojas de palmera.

Transcurrieron algunos días. Una mañana temprano la esposa escuchó nuevamente el canto del pájaro dorado:

—¡Aquí estoy, María! ¡Aquí estoy!

El corazón le latió con violencia, porque ya sospechaba lo que había ocurrido. El esposo no se hallaba a su lado. Salió a la puerta de la choza y vio al cazador que se alejaba.

Ya muy lejano se escuchaba todavía el triste canto.

—¡Aquí estoy, María! ¡Aquí estoy!

Entonces decidió ir en busca de la mujer que vivía junto al árbol del pan. Muchos días tardó en encontrarla. Cuando llegó le suplicó:

—¡Ayúdame a encontrar a mi esposo!

Y la vieja le dijo:

—Dame uno de tus ojos y te diré lo que debes hacer.

Y la joven se arrancó un ojo y se lo dio a la anciana. Esta lo puso en su rostro, dentro de la cuenca vacía.

—Esta noche pondré en libertad al pájaro dorado y este vendrá hasta tu choza. Arrójale unas gotas del agua maravillosa y recobrará su apariencia humana, como la primera vez.

Cuando aquella noche la joven vio al pájaro dorado sobre el tejado y se disponía a seguir con el consejo de la anciana, apareció el cazador y tomando su arco apuntó al ave, hiriéndola mortalmente en el pecho.

La esposa corrió desolada junto al árbol del pan y llamó a la anciana:

—¿Qué me das si te ayudo esta vez?

—¡Todo lo que quieras! —respondió la muchacha.

—Te volverás vieja y yo seré joven en tu lugar —exclamó con disimulada alegría...

Y como la joven respondiera que ella daría cualquier cosa por devolver la vida al pájaro dorado, la vieja le sopló el rostro y la sumió en un profundo sueño.

Cuando despertó una voz le dijo:

—¡Anda mírate en el arroyo!

Y la desdichada mujer se contempló en el arroyo y vio que se había convertido en una anciana, mientras que detrás de ella se hallaba una linda joven... Era la mujer que vivía junto al árbol del pan...

Esta le dijo:

—Anda en busca del arroyo maravilloso y sumérgelo en él...

María tomó al pájaro muerto, a quien había untado con misteriosas hierbas para que no se corrompiera y se lo guardó en el pecho. Anduvo a

la aventura remontando ríos atravesando intrincados bosques, sin encontrar el arroyo maravilloso. Hasta que después de mucho tiempo, cuando ya no podía dar un paso más, cayó a tierra sin poderse levantar...

—¡Voy a morir! —se dijo...

Y en ese momento sintió que algo húmedo y frío se deslizaba por su rostro. Era el arroyo verde. El arroyo que buscaba afanosamente estaba allí a su lado... Introdujo su única mano dentro del pecho para extraer el pequeño envoltorio que contenía al pájaro dorado. Lo arrojó dentro del agua, y apareció ante ella el esposo joven y fuerte como en otros tiempos. Se acercó a la anciana y la contempló lleno de tristeza:

—¡Lo que se ha vuelto! —exclamó cubriéndose el rostro con las manos.

Pero en ese momento oyó una voz fresca detrás de él que lo llamaba alegremente. Era una linda joven. Parecía su esposa de siempre con sus hermosos ojos negros, sus largas trenzas, las manos finas y delicadas. La tomó de la mano y fueron en busca de su antigua choza.

La anciana que yacía junto al arroyo, se levantó trabajosamente y echó a andar por entre la selva hasta que halló un grueso tronco de árbol del pan y se apoyó en él. Allí se puso a tejer con su única mano, mirándolo todo con su único ojo.



DISCURSO DEL OSO

«Discurso del oso» es un cuento corto que nos sumerge en un mundo fantástico: un oso que vive en las cañerías. Piensa en un animal de ese tipo. Ahora trata de explicar qué características del protagonista hacen que este relato sea sorprendente y fantástico.

¿Quién nos cuenta la historia? Copia una frase en la que identifiques al narrador. Puede ser la frase que te ha gustado más.

Según el oso, ¿por qué lo estiman?

Al final del cuento, el oso afirma que él es quien nos mantiene aseados. Copia la oración del cuento que señala esto.

LA PATA DE MONO

En el cuento «La pata de mono», se narra la historia de un amuleto mágico. Si concede deseos, ¿por qué crees que el militar quiso deshacerse del amuleto?

¿Cuál fue el primer deseo del señor White?

El amigo militar sostiene que los deseos se cumplen con naturalidad, como si fueran coincidencias. ¿Qué coincide con la obtención de ese primer deseo?

La esposa obliga a su esposo a pedir un segundo deseo. ¿Por qué el esposo no lo quiere hacer?

Aparentemente se cumplió el segundo deseo. ¿Qué crees que siente entonces el señor White?, ¿cuál es su tercer deseo?

En la historia, el hijo muere al quedar enredado en una máquina industrial. Redacta una descripción de cómo crees que se sintió su madre.

 EN LA CRIPTA

En el cuento «En la cripta», el protagonista es un sepulturero, el señor Birch. El narrador hace una descripción del tipo de persona que era Birch. Descríbelo con tus propias palabras.



¿Qué día escogió Birch para trasladar los ataúdes a sus tumbas? ¿Qué conmemoran los cristianos en ese día?

¿Por qué dice el narrador que el propio descuido de Birch ocasionó que quedara encerrado en el mausoleo?

En el mausoleo hay varios ataúdes, entre ellos el de Asaph Sawyer y el de Matthew Fenner. ¿Por qué sentía Birch antipatía por Asaph Sawyer y simpatía por Matthew Fenner?

Hay varios hechos que el narrador relata y que parecen coincidencias, pero que pueden ser manifestación de algo sobrenatural. Por ejemplo, la forma como se cierra la puerta del mausoleo o que el pestillo se estropee. ¿Consideras una extraña coincidencia o una manifestación de lo sobrenatural que el ataúd que pone encima de todos los demás sea el de Asaph Sawyer?

¿Por qué se espanta el médico al ver las heridas en los tobillos de Birch?

El doctor que trata a Birch de sus heridas en el tobillo le dice que han sido causadas por el cadáver de Asaph Sawyer para vengarse. ¿De qué se quería vengar?

LA RATONERA

En el breve cuento «La ratonera», la narradora nos relata cómo se va transformando la realidad que percibe en otra totalmente distinta. ¿Por qué el cuento se titula así? Explica.

¿Qué crees que sucede al final? Escribe un par de líneas para complementar el final del cuento.

LA PRINCESA Y EL DRAGÓN

En el poema «La princesa y el dragón», el rey entrega a su hija, ya que el dragón exige una cuota de bellas damas para aplacar su ira. ¿Qué razón le da el rey a su hija para que se sacrifique?

La voz poética sugiere que el dragón se sintió satisfecho con el sacrificio de la princesa, pues ya no salió de su cueva. Cuando muere el rey, ¿por qué se presenta el dragón a la corte?

El dragón promete muchas reformas al país. ¿Qué te parecen estas reformas? Explica tus razones.

¿Por qué la princesa se siente la mujer de Dios?

ENCUESTRO CON EL DIABLO

La historia «Encuentro con el diablo» cuenta lo que le pasó a un gallero cuando se encontró con el diablo. ¿Qué caracteriza al diablo de este relato?

¿Qué le sucede al protagonista como consecuencia del encuentro con el diablo?


Imagina que tú te encuentras con el diablo. ¿Qué te imaginas que pasaría? Escribe una pequeña historia donde nos lo cuentes.

 EL PÁJARO DORADO O LA MUJER QUE VIVÍA BAJO EL ÁRBOL DE PAN

En «El pájaro dorado o la mujer que vivía bajo el árbol de pan», un cazador le da unas aves a guardar a una mujer y su esposo las libera. ¿Qué castigo recibe por eso?

La joven esposa llevó a cabo una serie de sacrificios para recuperar a su esposo. ¿Cuál te impresionó más? ¿Harías algo semejante por un ser querido?

El final del cuento nos deja como imagen a una mujer que vive bajo el árbol de pan. ¿Qué crees que pasaría si el cuento continuara? Explica tu respuesta.

 Imagina que tienes un amuleto mágico al que solo le puedes pedir un deseo. Explica qué solicitarías y da tus razones.





LA CASA DE ASTERIÓN

1949

JORGE LUIS BORGES

(argentino)

Y la reina dio a luz un hijo que se llamó Asterión.

Apolodoro: Biblioteca, III, I

Sé que me acusan de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura. Tales acusaciones (que yo castigaré a su debido tiempo) son irrisorias. Es verdad que no salgo de mi casa, pero también es verdad que sus puertas (cuyo número es infinito)¹ están abiertas día y noche a los hombres y también a los animales. Que entre el que quiera. No hallará pompas femeninas aquí ni el bizarro aparato de los palacios, pero sí la quietud y la soledad. Asimismo hallará una casa como no hay otra en la faz de la tierra. (Mienten los que declaran que en Egipto hay una parecida.) Hasta mis detractores admiten que no hay *un solo mueble* en la casa. Otra especie ridícula es que yo, Asterión, soy un prisionero. ¿Repetiré que no hay una puerta cerrada, añadiré que no hay una cerradura? Por lo demás, algún atardecer he pisado la calle; si antes de la noche volví, lo hice por el temor que me infundieron las caras de la plebe, caras descoloridas y aplanadas, como la mano abierta. Ya se había puesto el sol, pero el desvalido llanto de un niño y las toscas plegarias de la grey dijeron que me habían reconocido. La gente oraba, huía, se prosternaba; unos se encaramaban al estilóbato del templo de las Hachas, otros juntaban piedras. Alguno, creo, se ocultó bajo el mar. No en vano fue una reina mi madre; no puedo confundirme con el vulgo, aunque mi modestia lo quiera.

¹ El original dice catorce, pero sobran motivos para inferir que, en boca de Asterión, ese adjetivo numeral vale por infinitos. (Nota del original).

El hecho es que soy único. No me interesa lo que un hombre pueda transmitir a otros hombres; como el filósofo, pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura. Las enojosas y triviales minucias no tienen cabida en mi espíritu, que está capacitado para lo grande; jamás he retenido la diferencia entre una letra y otra. Cierta impaciencia generosa no ha consentido que yo aprendiera a leer. A veces lo deploro, porque las noches y los días son largos.

Claro que no me faltan distracciones. Semejante al carnero que va a embestir, corro por las galerías de piedra hasta rodar al suelo, mareado. Me agazapo a la sombra de un aljibe o a la vuelta de un corredor y juego a que me buscan. Hay azoteas desde las que me dejó caer, hasta ensangrentarme. A cualquier hora puedo jugar a estar dormido, con los ojos cerrados y la respiración poderosa. (A veces me duermo realmente, a veces ha cambiado el color del día cuando he abierto los ojos.) Pero de tantos juegos el que prefiero es el de otro Asterión. Finjo que viene a visitarme y que yo le muestro la casa. Con grandes reverencias le digo: «Ahora volvemos a la encrucijada anterior o Ahora desembocamos en otro patio o Bien decía yo que te gustaría la canaleta o Ahora verás una cisterna que se llenó de arena o Ya verás cómo el sótano se bifurca». A veces me equivoco y nos reímos buenamente los dos.

No solo he imaginado esos juegos, también he meditado sobre la casa. Todas las partes de la casa están muchas veces, cualquier lugar es otro lugar. No hay un aljibe, un patio, un abrevadero, un pesebre; son catorce [son infinitos] los pesebres, abrevaderos, patios, aljibes. La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo. Sin embargo, a fuerza de fatigar patios con un aljibe y polvorientas galerías de piedra gris he alcanzado la calle y he visto el templo de las Hachas y el mar. Eso no lo entendí hasta que una visión de la noche me reveló que también son catorce [son infinitos] los mares y los templos. Todo está muchas veces, catorce veces, pero dos cosas hay en el mundo que parecen estar una sola vez: arriba, el intrincado sol; abajo, Asterión. Quizá yo he creado las estrellas y el sol y la enorme casa, pero ya no me acuerdo.

Cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que yo los libere de todo mal. Oigo sus pasos o su voz en el fondo de las galerías de piedra y corro alegremente a buscarlos. La ceremonia dura pocos minutos. Uno tras otro caen sin que yo me ensangrienté las manos. Donde cayeron, quedan, y los cadáveres ayudan a distinguir una galería de las otras. Ignoro quiénes son, pero sé que uno de ellos profetizó, en la hora de su muerte, que alguna vez llegaría mi redentor. Desde entonces no me duele la soledad, porque sé que vive mi redentor y al fin se levantará sobre el polvo. Si mi oído alcanzara los rumores del mundo, yo percibiría sus pasos. Ojalá

me lleve a un lugar con menos galerías y menos puertas. ¿Cómo será mi redentor?, me pregunto. ¿Será un toro o un hombre? ¿Será tal vez un toro con cara de hombre? ¿O será como yo?

El sol de la mañana reverberó en la espada de bronce. Ya no quedaba ni un vestigio de sangre.

—¿Lo creerás, Ariadna? —dijo Teseo—. El minotauro apenas se defendió.

A Marta Mosquera Eastman.



EL HÉROE

1955

LUIS LOAYZA

(peruano)



He conservado el secreto, no por vanidad sino por sentido del deber. Quizá lo sepan sin decirlo, pues la sombra de mis hombros hace desaparecer sus cabezas. Pero envejezco, toso, los alimentos me repiten en la boca su materia agria. Todavía soy «feroz como un jabalí, invulnerable como un árbol portentoso» pero sé que ahora mismo hablo como un charlatán. No puedo evitarlo y creo resignadamente que es la edad.

Sépanlo, yo no maté al monstruo en su caverna. Al verlo cerré los ojos aterrorizado y me eché a temblar. No pude evitarlo; reconocamos que era un animal verdaderamente horrible: echaba fuego por la boca, sus zarpas eran grandísimas. No hace falta que yo lo diga porque lo han descrito tantas veces que ya es clásico. Pero sucedió que él también me tuvo miedo y al retroceder violentamente se dio tal testarazo contra las piedras que se mató. Yo me pregunto: ¿por qué huyó el monstruo? Parece que había escuchado aquella profecía que le anunciaba la muerte en su encuentro conmigo: no hay que prestar oído a estos oráculos que roban la fuerza.

Este fue el comienzo de mi fama. De la serpiente marina no puedo decir nada porque ni siquiera llegué a verla. Pero no desmentí a aquellos buenos pescadores que me estaban tan agradecidos que creían haber visto la lucha. La historia, por lo demás (como las otras, algunas de las cuales ni siquiera conozco), no hace daño a nadie. Aunque es verdad que acabé con unos cuantos héroes: los pobres combatían tan abatidos que casi siempre empezaban por rogarme que no ultrajara sus cadáveres.

En cuanto a mis otras hazañas, la verdad es que no fueron tantas ni tan extraordinarias: ya se sabe que las mujeres exageran mucho. Pero mi difunta esposa solía decirme que yo era nada más que un hombre normal, y aun inferior a su primer marido.



PETER PAN

2004

FERNANDO IWASAKI

(peruano)



Cada vez que hay luna llena yo cierro las ventanas de casa, porque el padre de Mendoza es el hombre lobo y no quiero que se meta en mi cuarto. En verdad no debería asustarme porque el papá de Salazar es Batman y a esas horas debería estar vigilando las calles, pero mejor cierro la ventana porque Merino dice que su padre es Joker, y Joker se la tiene jurada al papá de Salazar.

Todos los papás de mis amigos son superhéroes o villanos famosos, menos mi padre que insiste en que él solo vende seguros y que no me crea esas tonterías. Aunque no son tonterías porque el otro día Gómez me dijo que su papá era Tarzán y me enseñó su cuchillo, todo manchado con sangre de leopardo.

A mí me gustaría que mi padre fuese alguien, pero no hay ningún héroe que use corbata y chaqueta de cuadritos. Si yo fuera hijo de Conan, Skywalker o Spiderman, entonces nadie volvería a pegarme en el recreo. Por eso me puse a pensar quién podría ser mi padre.

Un día se quedó frito leyendo el periódico y lo vi todo flaco y largo sobre el sofá, con sus bigotes de mosquetero y sus manos pálidas, blancas blancas como el mármol de la mesa. Entonces corrí a la cocina y saqué el hacha de cortar la carne. Por la ventana entraban la luz de la luna y los aullidos del papá de Mendoza, pero mi padre ya grita más fuerte y parece un pirata de verdad. Que se cuiden Merino, Salazar y Gómez, porque ahora soy el hijo del Capitán Garfio.



LA MUJER CANARIO Y EL ORIGEN DEL MAÍZ

Tradición shibipa

narrada por Agustina Valera Rojas

Al principio de la creación existía la Mujer Canario, era muy buena, de nobles sentimientos. En ese tiempo, la gente no tenía ningún alimento: no había maíz, yuca, palo de yuca, máchiqui de plátano, absolutamente nada. Tan solo se alimentaban con el huito maduro. Con el tiempo la población aumentó. Así como a veces escuchamos la historia de los incas, así también existían los canarios. Una vez, la gente se fue al monte a buscar huito maduro. En eso, apareció la Mujer Canario y viniendo hacia donde se habían quedado los niños les preguntó: «¿Dónde están sus madres?». Entonces un niño contestó: «Mi mamá no está, se fue a buscar huito maduro para alimentarnos».

Entonces la Mujer Canario le dijo al niño: «¿Por qué tiene que buscar huito? El huito no es para la alimentación». La Mujer Canario tenía piernas largas, pantorrillas grandes. Luego ordenó: «¡Niños, traigan una cañabrava larga!». Los niños la trajeron. Después la Canario les pidió: «¡Golpéenme en la canilla!». Cuando los niños la golpearon en la canilla, la Canario arrojó maíz en gran cantidad. Con ese maíz prepararon bebida muy rápido, allí habían grandes ollas de barro. Antes, las abuelas eran muy trabajadoras, hacían ollas de barro grandes.

Los niños la ayudaron a moler el maíz rapidito, luego la ayudaron a preparar la bebida. Luego, la Mujer Canario preguntó: «¿Tu mamá tiene chacra sembrada?». El niño contestó: «Mi mamá tiene chacra, pero no tiene nada que sembrar». Tras preparar todo, la Mujer Canario los llevó a los cuatro o seis niños a la chacra y allí les dijo: «Siembren esto lo más rápido posible, antes de que regresen sus madres, yo ya tengo que irme. Después de sembrar esto no deben mirar hacia atrás».

La Mujer Canario vigilaba a los niños para que no miraran hacia atrás. El maíz debía de crecer en un corto tiempo, más o menos en tres días.

Pero nunca falta un niño travieso; a pesar de la vigilancia de la Canario, este niño miró hacia atrás. Entonces la Mujer Canario le dijo: «Varoncito, ¿por qué miraste hacia atrás? Así nomás vivirán ahora, cuando siembren maíz ya no crecerá rápidamente, tendrán que esperar tres meses para poder alimentarse».

Al regresar a la casa la Canario les advirtió nuevamente: «Escuchen, niños, lo que les voy a decir. Ya dañaron este maíz, pero aunque lo hayan dañado, yo lo limpiaré con mi poder mental porque ustedes me inspiran mucha compasión. No vayan a ir a ver el maizal, mañana recién podrán verlo. A los dos años regresaré, porque debo visitar varios lugares». Tras decirles esto, la Mujer Canario desapareció.

Tras la partida de la Canario, volvieron las madres cargadas de huito maduro. Al llegar vieron la chicha y el choclo bien cocido que la Canario y los niños habían preparado. Entonces la gente se admiró: «¿Quién les regaló, hijos?», preguntaron a los niños. Pero ellos no dijeron nada, a pesar de que había sembrado el maíz. Así fue, no contaron nada. Recién a los dos días llevaron a su mamá a la chacra diciéndole: «Mamá, vamos a cosechar el maíz, recién te cuento, me dijo la Canario que recién hoy día te cuente». Al llegar vieron que las plantas de maíz ya estaban amarillando, que ya estaba dando el choclo, ya estaba listo para ser cocinado. Entonces cosecharon y trajeron el maíz, lo cocinaron y se lo comieron. Así se originó el maíz.

La Mujer Canario era una mujer como nosotras. En los tiempos de los orígenes, las Mujeres Canario aparecían en este mundo como seres humanos. El canario es un pajarito, hasta hoy en día existe el canario. Este pajarito mayormente vive en los barrizales, en los arrozales. Es un pajarito pequeño, su pluma es de color un poco oscuro. En estos tiempos ya no se convierten en seres humanos, el mundo ya es muy viejo.



EL DEMONIO DE LA MÚSICA

Testimonio de Máximo Damián Huamaní

Cuando yo estaba doce años aprendí a tocar violín en la sierra. Mi papá no quería enseñarme tocar violín a mí, porque ese oficio de borachería es. Mi papá me decía: «Tú tenes que estudiar para abugau para doctur». Pero yo no podía estudiar pes. Y violín no me quería enseñarme. Es que ese violín es oficio de borachería. Ese no aprendes. Pero como mi papá tenía discípulos, varios discípulos, cuando mi papá han salido tocar pa medio año un pueblo de cinco días camino, y como vinían sus discípulos a mi casa tocar todas las tardes, ensayar, aprendía, poquito. Solo nomás, con sus discípulos. Cuando llegó mi papá ya tocaba poquito bien. Entonces, como me ha visto tocar regular mi papá, y le ha venido dos contratos para ese mismo día: «Entonces tú vas a ir tocar Lurín y yo me voy a ir tocar Chipao», me dijo mi papá. Lurín es un pueblo, para Navidad era. Y Chipao es un pueblo también. De Chipao vinieron primerito recoger. Mandan los comisión para que lo llevan los maestros. Chipao lo recogió a mi papá, lo llevaron pa Chipao. Después de ahí llegó Lurín, otro comisión. Entonces, a mí me dijo uno: «¿Cómo iste quí cosa va hacer, acaso sabe tocar? No van a recibir». El que vino a recogerme a mí decía eso. No quería llevarme. Hasta ese pueblo se demora casi un día caminando. Así qui caliente se ha llevao. «Voy a quejar», dijo todavía. A mi papá iban a quejar. Fui. Luegué siempre atrás. Otros maestros van con sus hijos, con sus mujeres, ¿no? Yo iba atrás de comisión. Ellos llevaban el violín. Ellos tenían costumbre alcanzar medio camino con porongo de chicha, trago, comida, gallinas, cuyes, ya, medio camino, los maestros. Así qui, como comisión iba caliente, como no ha llevado mi papá, y más bien al chicu, a mí estaba llevando. No había dicho nada ya. Al qui mi istaba esperándome no había dicho nada. Cuando llegué me dijo: «Oiga, ¿no viene Justiniano Damián?» «No, no viene» le dije, nada

más. Yo no he contao estoy yendo tocar, yo no dije nada. Enseguida vinieron otras cuadrillas, otros violinistas, arpistas, bailarines, todo eso. Me decía: «Ese chiquillo onde va ese, estará siguiendo su papá», y me miraba nomás a mí. Las mujeres que iba me dio en mi mano cancha, su gallina, su chichita, pero sigue esperando a mi papá, yo no he avisao que yo estoy yendo tocar para ellos. Como comisión ya había adelantado, ya había contao, el que pasaba cargo me estaba esperando en la puerta. «Oiga, chiquillo, yo no te quiero nada a ti. Ahora tu papá, mañana mismo voy al puesto de Aucará y voy a mandar preso, porque él lo que me ha recibido adelantado, todo. ¿Qué cosas sabes, vas a tocar tú, qué vas a saber tú?», me dijo. En quechua, pe. «Sí, este, no sé señor», comencé llorar nomás. Casi por la fuerza, yo entré. Entonces ya, como las diez de la noche, juntaron todos los bailarines, todos huaylías, arpistas, violinistas. La gente también. Ahí había como diez cuadrillas de machoj. Para nacimiento del niño Jesús. Eran como diez cuadrillas de ese conjunto de machoj. ¡Ya comienza! La gente estaba hablando ya. Entonces mi arpista comienza afinar arpa. Fui yo y un arpista, nada más. El otro era mayor, tenía como 50 años de edad, ducho pes también. Comenzó a afinar, así que yo senté en su lao. La gente mi miraba nomás, y los bailarines, todos huaylías, me miraban nomás. Comenzamos tocar. Toqué con arpa. Salió bien pe. ¡Asu! Todos los cargos, otras fiestas, otrus cargos, todos habían venido a verme. Todititos se han juntao en esa casa. ¡Gente así! Yo estaba tocando violín con arpa, y los bailarines ahí. Toda la gente me córralo a mí nomás. Así salimos en la plaza, noche. Pasu, día siguiente el que me trajo, Maisu se llama, Maisu, que es el que saca los conjuntos de machoj, el que pasa el cargo. Entonces la gente, estaba cargando él. «Qué bueno, ¿onde has traído ese chico oye? Pasu qué bueno», estaba alabando él. Yo le hice pasar todavía bien, ¡tanto que me ha dispriado! La gente me decía: «No, con mi hija va casar». Otro dice: «Con hermana va casar». «No con ella va casar», me decían las mujeres. Un montón de mujeres, me miraban la gente para que me haga casar. Yo estaba chiquillo, «yo no quiero casar», decía.

Vinieron otro pueblo contratarme. Pero me regresé a mi pueblo con el arpista. Ahí me pagaron 18 soles. A mi papá le había dado 5 soles. La fiesta era 25 de diciembre, para adoración de niño Jesús. Para machoj. Ese baile con ala de cóndor, con zapato de madera, con sonaja, con bastón. Mujeres también disfrazao bien bonito con su vistido, traje de huales, chaquitas, rebosas, azucenas, bien bonito. Y canta y baila contrapunto. Todo contrapunto. Todos los bailes agarra otros cuadrillas. Ese que me sacó han salido bien alabao, todavía. Vinieron a contratar, pero ya no acepté. De ahí me vine a Lima, cuando tenía 14 años.

Acá en la casa del médico tocaba. Yo le dije que me compraran violín, con adelanto, mi sueldo, y me han compraó. Así con violín chiquito estaba tocando. Me regalaba una libra mi patrón. Estaba contento, una libra ¡pasu!, era como 1000 soles para mí. Ahí me ha buscau José María Arguedas. No sé quien había dicho.

Después estaba viviendo avenida Sucre, en corralón, por el 1962. Como yo he visto otros tocaban más, por ensayar no iba a trabajar. A mí me requintaban mis patrones, mis patronas. Como otros tocaban y trabajaban fábrica, no le requintaban estaban tranquilos. Entonces yo me salí. Ahí vinieron José María Arguedas. Ha venido buscarme, a Sucre, corralón. De frente me ha hablao en quechua él. Yo me quedé contento. Me dijo: «Yaw Qantaq suma-sumaq muy bien tocaqsi kanki kunan ñoqapaqmi tocapamuwanki. Ñoqam pagasqayki. Nispan kechuamanta niwan». Eso significa: «Usted dicens que tocas muy bien bonito violín, tocas bonito, ahora para mí vas a tocar. Y ahora yo te voy pagar. Ahora vamos conmigo», me ha dicho, en quechua. Yo le dije: «Sí, papai eh...». Comenzó hablar quechua, yo también contento habla quechua. «Asu, ese señor cómo habla». Yo estaba más alegre cuando habló quechua. Me llevó pa tocar violín, una casa de artesanal. Ahí me hicieron tocar. Toqué, salió bien. Y me hablaba quechua nomás. Nunca me hablaba castellano. Después con el señor comencé juntar, él también. Él supo que yo tocaba violín porque le había avisado un paisano... No sé, onde me habrá visto pé, yo estaba tocando más antes. Iba coliseo con violín chiquito. Después iba también pampa de Amancáis. Yo iba con un conjunto de costumbre de allá, se llama machoj. Con mis paisanos me he juntao. Machoj baila cuatro hombres, cuatro mujeres y dos músicos. Disfrazao con el sombrero de ala de cóndor, con la sonaja, con el bastón, zapato de madera pero más alto. Bailan con ese disfrazao con suecos. Se mueven al compás de la música. Y después la mujer se disfraza con su estilo de allá, con su chaquita, con hualy, el reboso, sombrero, pañuelo y una azucina con papel multicolores. Con eso y con cascabel. Ese baila mujeres cuatro, así igualito. Cantan y bailan también. Bailan contrapunto. Mujeres también bailan contrapunto. Y un arpa, un violín. Comencé. No... he estao mintiendo. Ahora me recuerdo, yo comencé tocar en radio «El Sol». José María Arguedas ahí había escuchao. Yo chiquitito iba con violín, y Pizarro Cerrón me hicieron actuar. Entonces yo tocaba bien ya, y juntamos con una guitarra, con un paisano que sabía tocar guitarra. Me gustaba pes. Cinco de la mañana ya esta yendo, todos los días al radio «El Sol» pa tocar. Me ha gustao, todos los días iba. Entonces de ahí Pizarro Cerrón me avisó, quiere que yo vaya tocar pampa de Amancáis. Por eso yo he llevao ese machoj. Machoj baila con compás de la música, mujer canta sí. Huaylía se llama mujer. Ella canta y

el machoj baila. Pampa de Amancáis ahí me dio una diploma, ese que era alcalde de Rímac. Ese tiempo no me daba cuenta siquiera ¿no?, pero sí me dio una diploma.

Dispués ya con José María sacamos danzante de tijera en Teatro Municipal. Cuando tenía él reunión con los extranjeros o entre escritores (siempre tenía reunión él) yo siempre iba tocar, sin fallar. Él también iba cuando mis paisanos reunían en Lima. Todos los domingos íbamos ahí. No solo mis paisanos, hay varios pueblos, varios pueblitos y hacen sus costumbres aquí en Lima. En local, para juntar plata y ayudar su pueblo. A mí me contrataron para tocar violín. Entonces yo avisaba José María Arguedas y él iba conmigo junto. Todos los domingos íbamos ahí y ha visto varias costumbres también y le ha gustao más. Y la gente me hablaba quechua. Para mí era una familia.

Dispués de trabajar en el médico, yo ya no trabajé, porque como me gustaba tocar violín, no me daba permiso tanto. En la mañanita radio, para tocar domingos. Yo trabajaba tocando nomás. Ahí pagaban poquito. Doce soles. En radio no me pagaban nada, yo iba para anunciar para mi pueblo nomás. En radio no me pagaban ni medio, al contrario yo gastaba. Me pagaban las visitas que iban los domingos a ver las costumbres de los pueblos. Ellos me pagaban. Me contrataban para cumpleaños, para bautizo, matrimonio. Entonces yo iba a tocar. Con eso vivía. Dispués, mi tía vendía verdura, yo ayudaba vender verdura. Vendía en Pueblo Libre, en Mercao Primero de Mayo. Vendía verduras. Yo iba todos los días Parada con mi tía. Yo iba, cuatro y media, cinco de la mañana, comprar verdura, para llegar seis de la mañana mercao.



LA CASA DE ASTERIÓN

En «La casa de Asterión», el narrador es un monstruo. Sin embargo, lo que cuenta parecen ser los juegos de un niño. Describe uno de los juegos preferidos de Asterión.

El monstruo dice no estar encerrado, pues puede salir con libertad. Y dice también que es único en el mundo. ¿Qué podríamos decir de su soledad?

Al final, Teseo se sorprende de que Asterión no se haya defendido. ¿Por qué crees que no lo hace?

EL HÉROE

Este relato nos presenta a un anciano que es considerado un héroe. ¿Quién narra la historia? ¿A quién crees que se la está contando?

Todos creen que el héroe mató al monstruo de la caverna. ¿Qué sucedió realmente con ese monstruo?

¿Qué piensa el protagonista de sí mismo? ¿Qué piensas tú de este héroe?

PETER PAN

En «Peter Pan», un niño dice que todos los papás de sus amigos son héroes. Completa qué personaje corresponde a cada padre:

Papá de Mendoza: _____

Papá de Gómez: _____

Papá de Merino: _____

Papá de Salazar: _____

¿Conoces al Capitán Garfio? Si no lo conoces, haz una pequeña indagación.
¿Por qué el narrador ha convertido a su papá en el Capitán Garfio? Responde.

LA MUJER CANARIO Y EL ORIGEN DEL MAÍZ

«La Mujer Canario y el origen del maíz» es un mito que explica el origen del maíz. ¿De qué parte de la Mujer Canario sale el maíz?

Según el mito, ¿por qué demora el maíz tres meses en crecer antes de que pueda ser cosechado?

¿Por qué los canarios ya no se convierten en seres humanos?



¿Has visto alguna vez un canario? Si no, busca una imagen en un libro o en Internet. Imagínate cómo podría ser la Mujer Canario. Haz un dibujo de ella.



EL DEMONIO DE LA MÚSICA

¿De qué trata la historia de «El demonio de la música»?

En este relato, no encontramos a un espíritu diabólico, entonces, ¿cuál es el «demonio» al que hace referencia el título? ¿Por qué se le dice «demonio»? Explica.

El relato es una transcripción de un testimonio de Máximo Damián Huamaní. Él utiliza el castellano andino, un castellano influido por el quechua. A continuación, hay un fragmento del testimonio de Máximo. Reescribe el fragmento procurando adaptarlo al modo de hablar del lugar donde vives.

«Cuando yo estaba doce años aprendía a tocar violín en la sierra. Mi papá no quería enseñarme tocar violín a mí, porque ese oficio de borachería es. Mi papá me decía: «Tú tenes que estudiar para abugau para doctur». Pero yo no podía estudiar pes. Y violín no me quería enseñarme. Es que ese violín es oficio de borachería. Ese no aprendes. Pero como mi papá tenía discípulos, varios discípulos, cuando mi papá ha salido tocar pa medio año un pueblo de cinco días camino, y como vinían sus discípulos a mi casa tocar todas las tardes, ensayar, aprendía, poquito.»







POLEMISTAS

1911

LUIS ANTUÑANO

(argentino)



Varios gauchos en la pulpería conversan sobre temas de escritura y de fonética. El santiagueño Albarracín no sabe leer ni escribir, pero supone que la palabra *trara*¹ no puede escribirse. Crisanto Cabrera, también analfabeto, sostiene que todo lo que se habla puede ser escrito.

—Pago la copa para todos —le dice el santiagueño— si escribe trara.

—Se la juego —contesta Cabrera; saca el cuchillo y con la punta traza unos garabatos en el piso de tierra.

De atrás se asoma el viejo Álvarez, mira el suelo y sentencia:

—Clarito, trara.



1 Trara: trípode de hierro para la pava del mate.

EL HARAGÁN AFORTUNADO

Tradición quechua de La Jalca
narrada por Eusebio Huamán

Dicen que había un haragán. No trabajaba en la chacra. Como no quería hacer nada, pasaba su tiempo andando por las jalcas y allá se recostaba en el pasto, cubriéndose con un cuero de vaca. Era su costumbre, todos los días, de quedarse echado así. [Una vez]¹, mientras estuvo echado así, llegó un cóndor. Este, como creía que [el haragán] ya había muerto, quedó acechándolo. En ese entonces llegó un gallinazo. Iban a picotearlo con la intención de comerse la presa. Y se agacharon para mirarlo. Debajo del cuero el haragán estaba pestañeando. Entonces, el cóndor dijo:

—Parece que la presa aún no ha muerto. Esperemos que muera. Cuando muera, la comeremos. Mientras está agonizando, vamos a contar-nos unos *ejemplos*.

Cuando el gallinazo le dijo:

—A ver, cuéntame. ¿Qué es lo que sabes? —el cóndor empezó su relato.

«Hay un pueblo donde no hay agua. Allá muchos animales mueren y se pudren. El ganado, los caballos, los burros, todo tipo de animales, se mueren por falta de agua. Si, de cualquier manera, alguien fuera [a ese pueblo] e hiciera emanar el agua, todos los animales sobrevivirían, pero no hay nadie capaz de hacer brotar el agua. En el centro de la plaza misma crece una planta, encontrarían agua pero no hay nadie en el pueblo que sepa eso. Traen su agua de muy lejos. Gastan un día en ir y volver. Si en ese pueblo alguien pide agua, no le convidan. Más bien dicen: “¡Págame primero!” Si alguien hiciera emanar esa agua, los habitantes del pueblo le darían mucha plata».

¹ Las secciones entre corchetes de este relato son agregadas por Gerald Taylor, compilador de la publicación original de la cual extraemos esta tradición.

Cuando el cóndor acabó de contar ese *ejemplo*, el gallinazo le dijo:

«Yo conozco otro ejemplo. En el pueblo lejano hay un rey enfermo. No sería difícil sanarlo. Debajo de su cama hay una enorme y temible serpiente que le está chupando [sus fuerzas]. Para matarla, es necesario quemar leña, ají, tabaco, poleo y toda clase de hierbas picantes. Si cierran la puerta, el humo llenará la casa y enloquecerá a la serpiente que se quemará por completo y morirá. De esa manera, el rey sanará».

Después de haber escuchado esos [*ejemplos*], el haragán se levantó y tiró al suelo el cuero [que lo cubría]. Asustó al gallinazo y al cóndor que, echando vuelo, se fueron a otro lugar.

Cuando el haragán llegó al pueblo donde no había agua, se encontró con una señora. Le pidió agua pero no quiso dársela. «Aquí no convidamos nuestra agua. Tienes que comprarla».

Como el haragán seguía pidiéndole agua, finalmente la señora le ofreció un poco. Pero, en vez de beber el agua, la tiró. Entonces, la mujer se puso furiosa. «¿Por qué pides agua si no tienes sed?».

El haragán se rio. Al encontrar a otra mujer, de nuevo pidió agua. Cuando recibió el agua, otra vez la tiró. Esas mujeres se pusieron a gritar muy fuerte y reunieron a toda la gente del pueblo. Muy molestos, quisieron golpear al haragán pero este les dijo: «¿Por qué se enojan por un poco de agua? Mañana yo haré brotar agua del centro de su plaza misma».

Al día siguiente hizo llamar a todos los hombres y mujeres y comenzaron a cavar en la plaza. Trabajaron excavando durante un buen rato hasta que brotó el agua. Entonces, muy contentos, cargaron al haragán y lo llevaron en procesión [por el pueblo]. Prepararon una gran fiesta. Le dieron ropa y plata. Al dejar esta comunidad con agua, se fue a su pueblo llevando su riqueza.

Poco tiempo después, nuevamente salió del pueblo en busca del rey enfermo. Caminó lejos y, después de haber preguntado a uno y a otro: «¿Dónde vive un rey que está enfermo?», llegó por fin al país de ese rey. Sanó al rey y se casó con su hija. Cuando el rey murió, recibió la corona y se convirtió en rey. Fue así que el haragán pasó su vida.



EL PASTOR Y LA PERDIZ

Tradición aimara de Potosí, Bolivia
narrada por Teófilo Fabrica Chambi

Hace mucho tiempo un joven vivía con su madre en uno de los ayllus, no tenía padre ni hermana. Él pastoreaba por los campos sus ovejas y sus llamas, era tan dedicado a su tarea como si fuera una hija mujer. En las tardes retornaba puntualmente a su casa arreando a sus animales.

Sucede que un día conoció una joven por esas pampas desoladas. El joven, acompañado siempre de su carnero más grande y blanco, le habló muy amablemente. Cuando llegaba el atardecer él le proponía ir a su casa; luego ocurrió que la joven se convirtió en perdiz, y es así como él se la llevaba a casa.

El joven tenía una ch'uspa grande, pues servía para llevársela la perdiz. También llevaba una ración de tostado para la joven; pastoreaban juntos sus animales en forma diaria. De esto no estaba enterada la madre, pues no le dijo absolutamente nada.

Otro día cualquiera al estar llevando los animales a otra de sus casas había olvidado su ch'uspa y se fue nomás. Ya a media mañana y mientras caminaba el joven se acordó y exclamó:

—¡Ah, qué olvido, por qué me habría olvidado! —Ese día lo pasó muy apenado.

Casualmente la madre fue a esa misma casa que era como un depósito; al llegar se había sorprendido al tropezarse con la ch'uspa:

—¡Ay, mi hijo había cazado una perdiz!

Tras haber encontrado la perdiz, pensando y pensando resolvió:

—Bueno, se lo cocinaré esta perdiz para cuando mi hijo llegue del pastoreo.

El joven llegó por la tarde a su casa totalmente apenado; pues luego de haber encerrado a los animales en su corral buscó rápidamente su ch'uspa

encontrándola vacía en el suelo. Todavía no había preguntado nada su madre, en eso fue llamado:

—Entra a la casa, hijo, y ven a comer, he preparado la perdiz que habías cazado.

—¡Para qué pues has cocinado la perdiz, mamá! —Y le seguía reclamando:

—No debías cocinar, era mi enamorada.

Así comió la cena entre llanto y llanto, no le había contado a su madre cómo caminaban y pastoreaban con la perdiz. Una vez cocinada tuvo que comer nomás; pero guardó sus huesos como si fueran de oro. Después se animó a contarle:

—A mí me apareció una joven... Y esto has hecho, mamá. No debías hacer por ningún motivo...

—Debías hacerme conocer pues, hijo.

El joven no pudiendo hacer nada se sentía impotente. Esa noche durmió triste y apenado. Pero así triste y apenado seguía llevando sus ovejas y llamas hacia la pampa. De los huesos guardados fabricó un pinquillo y con ese instrumento tocaba hermosas canciones; así pasaba sus días de pastoreo.

Un día al estar cuidando sus animales un gran ventarrón se lo llevó dando vueltas y vueltas. Desde ese día nunca más apareció el joven, no se supo ni a dónde podría haber llegado. Solo se difundió la noticia de que ese gran ventarrón lo hizo desaparecer.



POLEMISTAS

Un polemista es quien discute con otro que tiene opiniones distintas. ¿Quiénes son los personajes del cuento y sobre qué discuten?

¿Ha escrito Cabrera la palabra «trara»? Da una razón.

Álvarez dice que «trara» ha sido escrito claramente. ¿Lo que Álvarez afirma es cierto?, ¿por qué?

¿Albarracín ganó o perdió la apuesta? Explica.

EL HARAGÁN AFORTUNADO

En el cuento «El haragán afortunado», el protagonista tiene la suerte de escuchar las historias que se cuentan el cóndor y el gallinazo. Se entera de un pueblo que no sabe que tiene una fuente de agua en medio de la plaza. ¿Por qué antes de cavar la fuente, pide agua a dos mujeres? ¿Por qué la arroja?

El haragán es realmente muy afortunado, ¿cuál crees que ha sido su mayor suerte?

¿Qué sentimientos te inspira el personaje protagonista? Si tuvieras que hablar de él a sus súbditos, ya que es rey, ¿qué les dirías?

EL PASTOR Y LA PERDIZ

En el relato «El pastor y la perdiz», encontramos a un pastor que se enamora de una joven. ¿Qué características personales tiene el pastor?

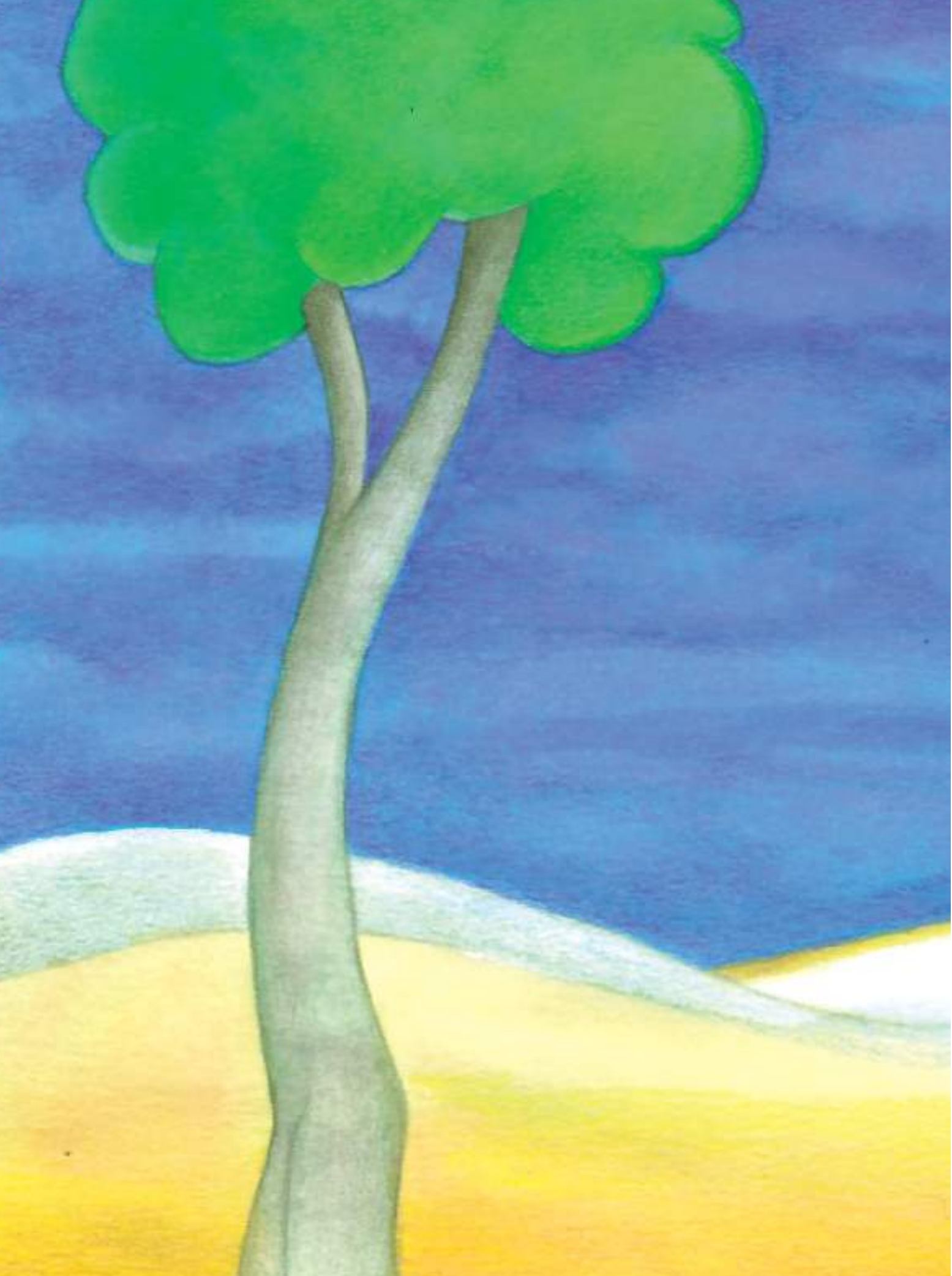
La joven de la que está enamorado se transforma en perdiz. ¿Cómo la lleva a su casa todos los días?

¿Por qué crees que el joven no le dijo a su madre acerca de la perdiz?

¿A dónde crees que se va el joven cuando se lo lleva el ventarrón?

En estos relatos, vemos algunos defectos de los seres humanos: en «Polemistas» es la mentira y el engaño; en «El haragán afortunado» es la pereza y cierta maldad; en «El pastor y la perdiz» es cierta crueldad y el engaño. Inventa un breve cuento en el que se vean los efectos negativos del egoísmo. El cuento debe incluir un hermano rico y una hermana pobre. Cada uno vive en su casa. Además, debe haber un policía, un juez y un sacerdote al que uno de los hermanos va a pedir consejo. Escribe tu historia a continuación. No olvides usar diálogos.







FRAGMENTOS DE UNA ALABANZA INCONCLUSA

1983

EDUARDO CHIRINOS

(peruano)



Debe haber un poema que hable de ti,
un poema que habite algún espacio donde pueda hablarte sin cerrar los ojos,
sin llegar necesariamente a la tristeza.

Debe haber un poema que hable de ti y de mí.
Un poema intenso, como el mar,
azul y reposado en las mañanas, oscuro y erizado por las noches,
irrespetuoso en el orden de las cosas, como el mar
que cobija a los peces y cobija también a las estrellas.
Deseo para ti el sencillo equilibrio del mar, su profundidad y su silencio,
su inmensidad y su belleza.

Para ti un poema transparente, sin palabras difíciles que no puedas entender,
un poema silencioso que recuerdes sin esfuerzo
y sea tierno y frágil como la flor que no me atreví a enredar alguna vez en
tu cabello.

Pero qué difícil es la flor si apenas la separamos del tallo dura apenas unas horas,
qué difícil es el mar si apenas le tocamos se marcha lentamente y vuelve al
rato con inesperada furia.

No, no quiero eso para ti.

Quiero un poema que golpee tu almohada en horas de la noche,
un poema donde pueda hallarte dormida, sin memoria,
sin pasado posible que te altere.

Desde que te conozco voy en busca de ese poema,
ya es de noche. Los relojes se detienen cansados en su marcha,
la música se suspende en un hilo donde cuelga tristemente tu recuerdo.

Ahora pienso en ti y pienso
que después de todo conocerte no ha sido tan difícil como escribir este poema.



DESPEDIDA

1927

FEDERICO GARCÍA LORCA

(español)



Si muero,
dejad el balcón abierto.

El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo.)

El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento.)

¡Si muero,
dejad el balcón abierto!



CANCIÓN DEL PIRATA

1835

JOSÉ DE ESPRONCEDA

(español)



Con diez cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín.
Bajel pirata, que llaman,
por su bravura, el *Temido*
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riel,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra;
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

A la voz de "¡barco viene!"
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo a escapar.
Que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

En las presas
yo divido
lo cogido
por igual.
Solo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena
colgaré de alguna entena
quizá en su propio navío.

Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

Son mi música mejor
aquilones,
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar».*



EL DÍA DE TU SANTO

1999

JAIRO ANÍBAL NIÑO

(colombiano)



El día de tu santo

TE HICIERON REGALOS MUY VALIOSOS:
un perfume extranjero, una sortija,
un lapicero de oro, unos patines,
unos tenis Nike y una bicicleta.
Yo solamente te pude traer,
en una caja antigua de color rapé,
un montón de semillas de naranjo,
de pino, de cedro, de araucaria,
de bellísima, de caobo y de amarillo.
Estas semillas son pacientes
y esperan su lugar y su tiempo.
Yo no tenía dinero para comprarte algo lujoso.
Yo simplemente quise regalarte un bosque.



FRAGMENTOS DE UNA ALABANZA INCONCLUSA

Este es un poema sobre la escritura poética. ¿A quién quiere dirigir sus palabras la voz poética? ¿Por qué esta persona es tan especial como para merecer un poema?

La voz poética desea que el poema que hable sobre él y su amada sea intenso como el mar. ¿A qué crees que se refiere?

La voz quiere, también, que su poema sea tierno como una flor, pero dice que la flor se marchita rápido cuando se la arranca del tallo y no quiere eso. ¿Qué nos dice de la duración del amor con esta imagen?

Este poema, según dice su título, es una alabanza. Escribe tu propio poema de alabanza, puedes apoyarte en la segunda estrofa y cambiar algunas palabras:

Debe haber un poema que hable de ti y de mí.

Un poema intenso, como _____.

_____ y _____ en las mañanas, _____ y _____ por las noches

_____ en el orden de las cosas, como _____

que cobija a _____ y cobija también _____

Deseo para ti _____ del _____, su _____ y _____,

su _____ y su belleza.

DESPEDIDA

En «Despedida», la voz poética pide que dejen el balcón abierto cuando muera. ¿Por qué es tan importante que ese balcón quede abierto?

Observa que los primeros dos versos y los dos últimos son iguales, pero los últimos tienen signos de exclamación. ¿Por qué crees que les pusieron esos signos? ¿Les dan otra emoción a esos versos?

¿Por qué crees que menciona a un niño y a un segador?

CANCIÓN DEL PIRATA

En el poema «Canción del pirata», la voz poética nos relata la vida de un barco y su capitán. ¿Cómo es el velero del pirata, de acuerdo con los primeros ocho versos?

El pirata le canta a su barco como si fuera una persona. Le dice a su velero que no tenga temor. ¿A qué no le debe temer?



El pirata expresa cierto desprecio a los reyes que hacen la guerra por tener más tierras. ¿Qué tiene él que no tienen los reyes?

¿Qué hacen los otros barcos cuando ven al velero del pirata aproximarse?

Observa que hay unos versos en letras cursivas y que aparecen cinco veces. Son palabras que canta el pirata. Basándote en ellas describe al pirata.

EL DÍA DE TU SANTO

En el poema «El día de tu santo», la voz poética hace una lista de los regalos recibidos. ¿Qué tipo de regalos son?

La voz poética dice que solamente ha podido regalar una caja llena de semillas porque no tenía dinero para comprarle algo lujoso. ¿Te parece que un bosque es menos valioso que una bicicleta, por ejemplo? Explica.

Si quisieras dedicarle este poema a alguien, ¿a quién escogerías? ¿Qué le regalarías?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

I. Tradiciones orales, relatos, testimonios

- «El demonio de la música». Testimonio de Máximo Damián Huamaní. En *El violín de Isua. Biografía de un intérprete de música folklórica*. José Gushiken (editor). Lima: UNMSM, 1979.
- «El encuentro con el diablo». Anónimo. Tradición oral de la región Lima. En *Voces nuestras. Cuentos, mitos y leyendas del Perú. Relatos recopilados por docentes (1945-1950)*. Leo Casas Ballón, Mauricio Cerna y Claudia Curiel (compiladores). Lima: Ministerio de Educación del Perú y Casa de la Literatura Peruana, 2012.
- «El haragán afortunado». Narrada por Eusebio Huamán. Tradición oral quechua de La Jalca. En *Relatos quechuas de La Jalca*. Gerald Taylor (compilador). Lima: IFEA y Lluvia Editores, 2003.
- «El pastor y la perdiz». Narrada por Teófilo Fabrica Chambi. Tradición aimara de Potosí, Bolivia. En *Cuentos de la tradición oral aymara*. Taller de Historia Oral Andina THOA. Encuentro Andino Amazónico de Narradores Orales (editores). La Paz: Ediciones Aruwiwiri, 1994.
- «La mina de sal de Sonomoro». Anónimo. Tradición asháninka y nomatsiguenga. En *Opempe. Oshintsinka noñane. El poder de mi lengua. Relatos orales asháninka y nomatsiguenga*. Asociación de Maestros Bilingües Interculturales de la Selva Central (editores). Lima: Andes Books, 2009.
- «La Mujer Canario y el origen del maíz». Narrada por Agustina Valera Rojas. Tradición oral shipibo. En *Koshi shinanya ainbo: el testimonio de una mujer shipiba*. Agustina Valera Rojas y Pilar Valenzuela Bismarck (compiladores). Lima: UNMSM, 2004.
- «Vinieron todos juntos en un barco». Testimonio de Juan Yara y Margarita Higa. En *Oía mentar la hacienda San Agustín*. Elizabeth Lino, Kristel Best, María Gonzales y Alejandro Hernández (editores). Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2007.

II. Cuentos y poemas

- ANTUÑANO, Luis. [1911]. «Polemistas». En *Cuentos breves y extraordinarios*, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (compiladores). Buenos Aires: Losada, 1957.
- ARREOLA, Juan José. «El guardagujas». En *Confabulario y Varia invención*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1952.
- BAUTISTA, Amalia. [1990]. «Enigma» En *Raíz de amor. Antología poética*. Ana Pelegrín (compiladora). Madrid: Alfaguara, 1999.
- BORGES, Jorge Luis. «La casa de Asterión». En *El Aleph*. Buenos Aires: Losada, 1949.
- BRADBURY, Ray. [1955]. «El dragón». En *Remedio para melancólicos*. Buenos Aires: Minotauro, 1967.

- CARVALLO DE NÚÑEZ, Carlota. [1977]. «El pájaro dorado o la mujer que vivía bajo un árbol de pan». En *Antología de la literatura fantástica peruana*. Harry Belevan (editor) Lima: UNMSM, 1977.
- CHÉJOV, Antón. [1888]. «El zapatero y el Diablo». En *Obras completas*, tomo II. Madrid: RBA, 2005.
- CHIRINOS, Eduardo. [1983]. «Fragmentos de una alabanza inconclusa». En *Infame turba. Poesía en la Universidad Católica*. Lima: PUCP, 1997.
- CORTÁZAR, Julio. «Discurso del oso». En *Historias de cronopios y de famas*. Buenos Aires: Minotauro, 1962.
- CUENCA, Luis Alberto de. [1996]. «La princesa y el dragón». En *Raíz de amor. Antología poética*. Ana Pelegrín (compiladora). Madrid: Alfaguara, 1999.
- DARÍO, Rubén. [1914]. «Los motivos del lobo». En *Poesías completas*. Madrid: Aguilar, 1961.
- ESPRONCEDA, José de. [1835]. «Canción del pirata». En *Poesías líricas y fragmentos épicos*. Madrid: Castalia, 1970.
- GARCÍA LORCA, Federico. [1927]. «Despedida». En *Obras completas*, 3 volúmenes. Madrid: Aguilar, 1986.
- IWASAKI, Fernando. «La ratonera». En *Ajuar funerario*. Madrid: Páginas de Espuma, 2004.
- . «Peter Pan». En *Ajuar funerario*. Madrid: Páginas de Espuma, 2004.
- JACOBS, Willyam Wymark. [1902]. «La pata de mono». En *Antología de la literatura fantástica*. Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares (compiladores). Barcelona: Edhasa, 1977.
- LILLO, Baldomero. [1904]. «La compuerta número 12». En *Sub Terra*. La Habana: Casa de las Américas, 1972.
- LOAYZA, Luis. «El héroe». En *El avaro*. Lima: Cuadernos de composición, 1955.
- LOVECRAFT, Howard Phillips. [1925]. «En la cripta». En *En la cripta*. Madrid: Alianza, 1980.
- MAUPASSANT, Guy de. [1884]. «El collar». En *Los mejores cuentos*. Madrid: Alianza, 2012.
- NIÑO, Jairo Aníbal. «El día de tu santo». En *Raíz de amor. Antología poética*. Ana Pelegrín (compiladora). Madrid: Alfaguara, 1999.
- QUIROGA, Horacio. [1928]. «El hijo». En *Todos los cuentos*. Madrid: Colección Archivos, 1996.
- RULFO, Juan. [1953]. «Es que somos muy pobres». En *Toda la obra*. Madrid: Colección Archivos, 1996.
- VALDELOMAR, Abraham. [1914]. «Los ojos de Judas». En *Obras completas*. Lima: Copé, 2000.
- WU Ch'eng-en. [siglo XVI]. «La sentencia». En *Cuentos breves y extraordinarios*. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (compiladores). Buenos Aires: Lozada, 1957.

SÍMBOLOS DE LA PATRIA



Bandera Nacional



Himno Nacional



Escudo Nacional

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

Artículo 1

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2

Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

Artículo 3

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Artículo 4

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Artículo 5

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

Artículo 6

Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Artículo 7

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

Artículo 8

Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

Artículo 9

Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10

Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

Artículo 11

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).
2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

Artículo 12

Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

Artículo 13

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.
2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso el propio, y a regresar a su país.

Artículo 14

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.
2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 15

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.
2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

Artículo 16

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).
2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.
3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

Artículo 17

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.
2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Artículo 18

Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

Artículo 19

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

Artículo 20

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.
2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

Artículo 21

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.
2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.
3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Artículo 22

Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

Artículo 23

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.
2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.
3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.
4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

Artículo 24

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 25

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez y otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.
2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

Artículo 26

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.
2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.
3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

Artículo 27

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.
2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

Artículo 28

Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

Artículo 29

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).
2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.
3. Estos derechos y libertades no podrán en ningún caso ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 30

Nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.